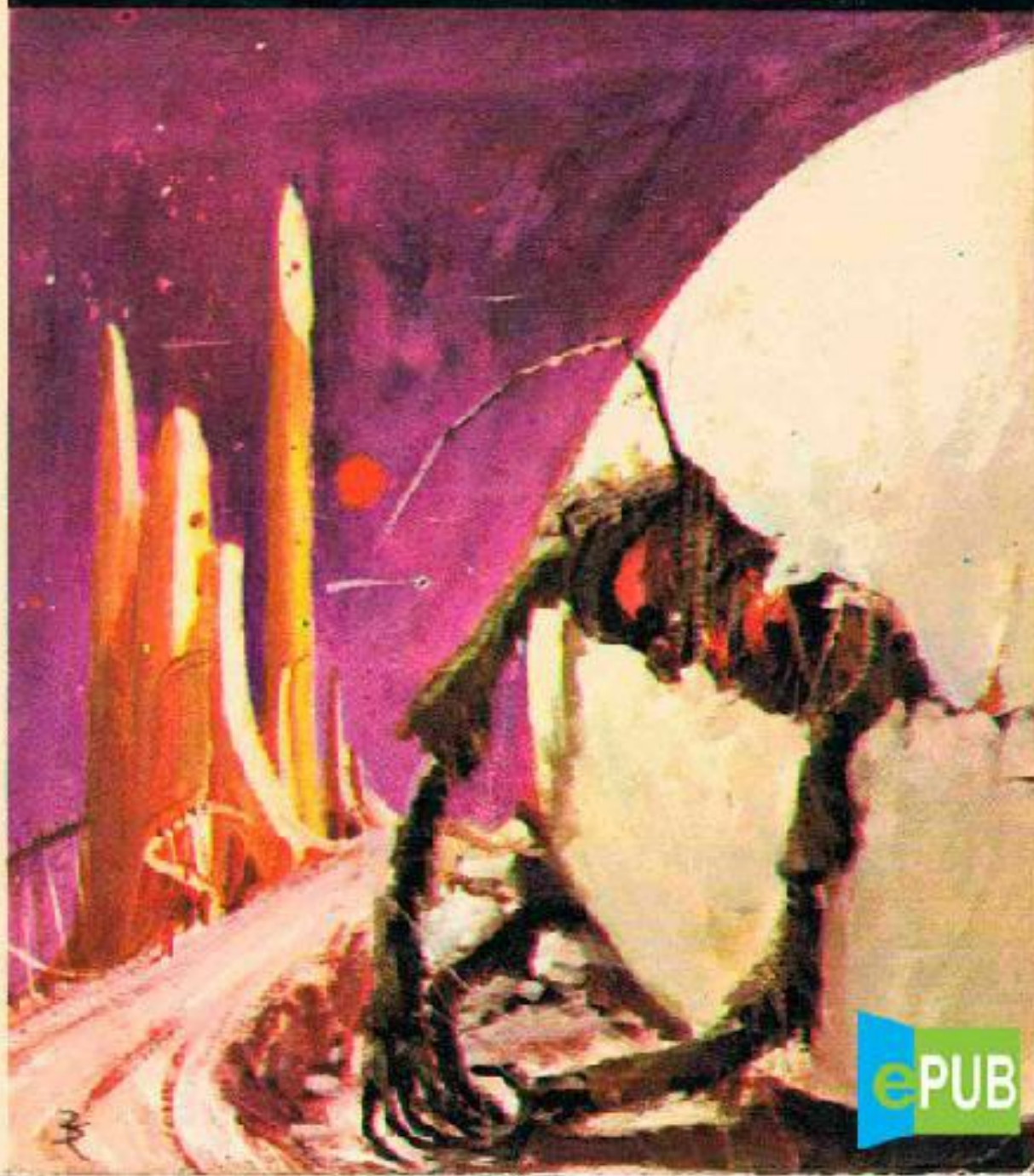


CIENCIA FICCIÓN

SELECCION **13**



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



AA. VV.

Ciencia ficción. Selección 13

ePub r1.1

viejo_oso 06.12.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 13*

AA. VV., 1974

Traducción: M. D. García-Borrón & M. T. Segur Giralt & I. Roger

Portada: Badía Camps

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *La SF y el tema de la incomunicación*, Carlo Frabetti.

Cinosura (Cynosure), Kit Reed, 1964.

Joven ante una puerta a medio abrir (Young Girl at an Open Half-Door), Fred Saberhagen, 1968.

Descongélate y cumple tu condena (Thaw and Serve), Allen Kim Lang, 1963.

Veo a un hombre sentado en una silla y la silla le está mordiendo una pierna (I See a Man Sitting in a Chair and the Chair is Biting his Leg), Robert Sheckley & Harlan Ellison, 1967.

La tercera mano (A Third Hand), Dean R. Koontz, 1969.

El objeto del espacio exterior y los perritos de las praderas (The Thing from Outer Space and the Prairie Dogs), Gahan Wilson, 1964.

Cantabile (Cantabile), John Decles, 1964.

Huevos fatídicos (The Fatal Eggs), Mikhail Bulgakov, 1964.

PRESENTACIÓN

La SF y el tema de la incomunicación

Es evidente que vivimos en un mundo que condena al hombre a la soledad. En un sistema en el que la competencia a todos los niveles parece ser la motivación más poderosa, el individuo se acostumbra a ver a los demás como rivales más que como semejantes: el espíritu de solidaridad queda ahogado por la agresividad, impuesta por las circunstancias.

Nada más lógico, entonces, que en una época en que los sociólogos empiezan a hablar de la «muchedumbre solitaria», los escritores de fantasía especulativa se pregunten por el futuro de las relaciones humanas, cuya progresiva neurotización es probablemente el síntoma más alarmante de una sociedad cada vez más enferma.

Partiendo de tan poco halagüeñas premisas, los autores de SF^[1] han concebido visiones realmente terroríficas (que por cierto no suelen ser simples expresiones de pesimismo, como interpretan algunos críticos poco sutiles, sino llamadas de atención destinadas a actuar como revulsivos); tal es el caso de la despiadada sociedad futura descrita en Descongélate y cumple tu condena, que, bien mirado, no es demasiado distinta de la nuestra. Aunque a menudo una historia humorística, incluso aparentemente anecdótica, puede ser tanto o más terrible que el relato más desgarrador: es el caso de Cinosura, donde el «apacible» mundo de las amas de casa aparece en toda su reveladora sordidez.

En su tradicional vertiente poética, el tema de la soledad también tiene

cabida en la SF actual, como lo demuestra Joven ante una puerta a medio abrir, con su patética conclusión de que «no hay ningún lugar seguro para los que aman», o esa canción de extrañas resonancias que se titula precisamente Cantabile.

Un apartado muy específico de la SF, dentro de esta temática, es el de la soledad de los «diferentes», como ese melancólico superhombre sin piernas ni brazos que, en La tercera mano, se enfrenta con una organización criminal por el poder de su mente, o el solitario cosechero de plancton, protagonista del relato de Sheckley-Ellison, cuya soledad se convierte en algo irónicamente trágico al verse envuelto en la más increíble aventura amorosa.

Y tal vez hubiera que acabar esta presentación hablando de la soledad del lector de SF. Pero, sobre eso, ¿qué podría decirle que usted ya no sepa?

CARLO FRABETTI

CINOSURA

Kit Reed

El lector asiduo (¡ha de haber al menos uno!) de estas antologías ya conoce a la señora Kit Reed (La parra, El tigre automático) y su certero, y a menudo escalofriante, sentido crítico. Si le parece exagerada la siguiente parábola sobre un ama de casa de un futuro inmediato... es que no tiene usted televisor.

—Puede que a la señora Brainerd le molesten los niños, Polly Ann; así que es mejor que te vayas a tu cuarto con «Puff» y «Ambrosio» hasta que lo sepamos.

Polly Ann se estiró el jersey sobre su torso de niña de diez años y recogió al gato, sacudiendo los rizos al andar.

—Sí, mamá. —Cerró la puerta de su habitación y volvió a abrirla con una sonrisa pícara y preadolescente—. «Ambrosio» acaba de hacer un charco en la alfombra.

La campanilla de tres notas sonó en la puerta: Ding, dang, dong. Norma hizo un gesto frenético.

—No importa.

—Va-le.

La puerta se cerró tras Polly Ann.

Luego, dando unos golpecitos a sus almohadones de tejido de seda, y pasando la mano sobre el roble pulido del televisor, Norma Thayer, el ama de casa, fue a abrir la puerta.

Había sido ama de casa durante años. Fregaba y cocinaba e iba al mercado y compraba todos los nuevos aparatos que anunciaban. Precisamente ahora estaba un poco susceptible a propósito de eso porque, a pesar de lo limpia que era, su marido acababa de dejarla, y ni siquiera había otra a quien culpar. En adelante, tendría que ser extremadamente cuidadosa con ella misma, divorciada como estaba, especialmente ahora que ella y Polly Ann vivían en un nuevo vecindario. Realmente habían tenido un buen comienzo, porque su nueva casa en el nuevo polígono, era casi exactamente como todas las demás de la manzana, sólo que pintada de rosa, y su

mobiliario tenía la misma forma y estilo que los que había en las otras salas de estar, abierta al visible comedorcito de formica; ella lo sabía porque había ido a dar una vuelta en una noche oscura y se había fijado.

Pero, a la vez, ella y Polly Ann no tenían un papá que llegase a casa a las cinco, como ocurría en las otras casas; y aun cuando ella y Polly Ann habían marcado su casa con números de hierro dulce y sacaban la basura en bolsas de plástico de color claro, aun cuando habían centrado su mejor lámpara detrás de la ventana y la cocina era palmo a palmo tan bonita como el folleto decía, la falta de un papi que sacara la basura y cultivara el jardín los sábados y domingos, como todo el mundo, ponía a Norma en desventaja.

Norma sabía, mejor que nadie en la manzana, que una casa seguía siendo una casa aunque no hubiera un padre, y las cosas podían ir incluso mejor, a la larga sin todas esas colillas y esos pijamas sucios que recoger. Pero ella era, en cierto modo, un pionero, porque, por el momento, era la primera en el bloque para demostrarlo.

En aquel instante su vecina estaba presentándose para su primera visita, y el hacendoso corazón de Norma se encogía. Si todo salía bien, la señora Brainerd miraría el sofá seccional y la alfombra moteada de algodón y lana —con el reverso de gomaespuma— y vería que con papá o sin él, Norma era tan buena como cualquier ama de casa de las revistas, y que sus trapos de cocina estaban tan limpios como cualesquiera de los del vecindario. Entonces, la señora Brainerd le daría una receta y la invitaría al próximo almuerzo, el cual, si su memoria no la engañaba, sería en casa de la señora Dowdy, la encalada de la manzana contigua. Arreglándose la parte delantera de su bata Remolino, la señora Thayer abrió la puerta.

—Hola, señora Brainerd.

—Hola —dijo la señora Brainerd—. Llámame Clarice. —Pasó su mano por el montante—. Maderaje realmente agradable.

—Xerox —repuso Norma con una pequeña sonrisa de orgullo al dejarla pasar.

—El pomo de la puerta revestido de metal —siguió la señora Brainerd.

—Va maravillosamente. He preparado algo de café —dijo Norma—. Y un pastel...

—No pruebo el pastel —añadió la señora Brainerd.

—Es sin grasa...

—Galletas Metro —continuó la señora Brainerd, y su mandíbula se había puesto blanca y firme—. Y nada de azúcar. Sacarina.

—Si te sientas aquí...

Norma empujó la silla más cómoda.

—Gracias, no.

La señora Brainerd alisó su bata Remolino y siguió a Norma a la cocina. Era pequeña, cotilla, llevaba los labios pintados y estaba hecha de acero. Norma advirtió con un estremecimiento culpable que la señora Brainerd sujetaba el cuello de su bata con un alfiler «Sweetheart».

—Algo especial —dijo la señora Brainerd, dándose cuenta que ella lo había visto—. Lo conseguí con etiquetas de «La Verdadera Margarina». —Rozó a Norma al pasar, pero ni miró hacia el querido rincón para la cena—. Manchas que no se van ni blanqueando —prosiguió, fijando la vista en el fregadero.

Norma se sonrojó.

—Lo sé. He restregado y restregado. Incluso usé directamente el líquido blanqueador.

Bajó la cabeza.

—Bueno —Clarice Brainerd buscó en el bolsillo de su falda floreada y sacó un recipiente de espolvorear—. Aquí está —repuso con una bellísima sonrisa.

Norma reconoció la marca.

—¡Oh! —exclamó, casi llorando de gratitud.

Clarice Brainerd ya se había dado la vuelta para marcharse.

—Y el bote está decorado; así que estarás orgullosa de tenerlo en tu sala de estar.

—Lo sé —afirmó Norma, profundamente conmovida—. Me haré con dos.

Su vecina estaba ahora junto a la puerta de atrás. Norma salió, suplicante:

—No te vas a ir, sin siquiera probar mi pastel, ¿verdad?

—Simplemente, prueba ese limpiador —dijo Clarice—. Ya volveré.

—El café de media mañana; supongo que deseas que vaya al...

—Quizá la próxima vez —manifestó su vecina, intentando ser amable—. Ya sabes; tendrás que invitarlas aquí un día y... —Miró significativamente al fregadero—. Simplemente usa esto —añadió tranquilizadora—. Y volveré.

—Lo haré. —Norma se mordió el labio, desgarrada entre la esperanza y la desesperación—. ¡Oh, lo haré!

—Pastel —dijo Polly Ann justo cuando la puerta se cerraba tras la sonrisa, mecánicamente articulada, de la señora Brainerd.

Había entrado en la cocina con «Puff», el gatito, y «Ambrosio», el sabueso, dejando un rastro de polvo y pelos.

—Creo que «Ambrosio» está enfermo.

Se sirvió un zumo de uvas salpicando gotas al hacerlo. Una mancha púrpura empezó a extenderse por el fregadero.

Norma buscó el limpiador, intentando desesperadamente detener la mancha.

—Acaba de repetirlo en la sala de estar —repuso Polly Ann.

El aliento de Norma se quebró en un sollozo. Dejando el limpiador en el pequeño recipiente que guardaba para ese propósito, se encaminó a la sala con esponja y «Glamorene».

La vez siguiente, la señora Brainerd sólo estuvo escaso medio minuto. Permaneció cerca de la puerta, olfateando el aire. «Ambrosio» lo había hecho otra vez. Dos veces.

—Realmente, esto elimina las manchas que ni el blanqueador arranca —dijo Norma blandiendo el recipiente de limpiador.

—Todo el mundo lo sabe —dijo Clarice Brainerd sin darle importancia. Entonces se puso a oler—. Esto hará maravillas en sus mohosas habitaciones —prosiguió, dándole a Norma un frasco de desodorante aerosol, y se dio la vuelta sin siquiera entrar; cerró la puerta.

Norma se preparó durante cuatro días para el momento en que invitó a la señora Brainerd a echar una mirada a su hornillo de gas.

—Tengo algunos problemas con la parte superior de los estantes del horno —le confió por teléfono. Justamente había empleado días en asegurarse que éstos estuvieran immaculados—. Me preguntaba si tú sabrías

decirme qué debería usar —concluyó para halagarla, pensando que, cuando Clarice Brainerd viera que Norma se preocupaba por la suciedad de un horno que estaba más limpio que cualquier otro del barrio, le entraría un asombro reverencial y, consternada, tendría que invitarla a la hora del café del próximo día.

En el último momento, Norma tuvo que echar a Polly Ann de la sala.

—¡Sólo estaba haciéndole un vestido a «Ambrosio»! —exclamó Polly Ann poniéndose sus pantuflas y recogiendo el trozo de tela y las agujas.

Fuera de sí, Norma la hizo huir por el *hall* hasta su cuarto.

La señora Brainerd, olfateando el aire sin siquiera pararse a decir «hola», manifestó:

—«Arient» cumplió a la perfección su cometido. Nosotras lo hemos usado durante años.

—Lo sé... —se lamentó Norma, excusándose.

En la cocina, la señora Brainerd permaneció un buen rato con la cabeza dentro del horno.

—Yo no creo que tengas tanto problema —sugirió de mala gana—. De hecho, está muy bien. Pero yo cogería un alfiler y limpiaría esos surtidores de gas.

Su voz quedaba amortiguada a causa del horno y por un momento, Norma tuvo que luchar contra la salvaje tentación de empujarla dentro y abrir la llave del gas.

Luego Clarice continuó:

—Desde luego, está bien. Y gracias, tomaré un poco de tu pastel.

—Sin grasa —añadió Norma, debilitada por la gratitud—. ¿De verdad te sentarás un momento? ¿De verdad tomarás un café aquí sentada?

—Sólo unos minutos.

Norma sacó su mejor servicio de California —el juego del dibujo con gallos— y durante cinco minutos, ella y la señora Brainerd estuvieron relamidamente sentadas en el *living*. Las cortinas de organdí se ondularon, las ventanas y marquetería brillaron; por un momento, Norma casi se imaginó que ella y la señora Brainerd estaban siendo fotografiadas para el anuncio de algún producto en su *living-room*, y que la foto, a todo color, aparecería en el

próximo número de su revista preferida.

—Me gustaría mucho hacer arreglos de flores —aventuró Norma, envalentonada por su éxito.

La señora Brainerd no estaba escuchando.

—¿Quizá va a entrar en el Club de Jardinería?

La señora Brainerd estaba mirando hacia el suelo. A la alfombra.

—O quizá la Liga Musical...

Norma miró hacia abajo, hacia donde miraba la señora Brainerd, y su voz se fue apagando.

—Pelos de gato —le replicó la señora Brainerd—. Hilos sueltos.

—¡Oh! Traté de...

Norma se llevó la mano a la boca con un gemido ahogado.

—Y marcas de arañazos en el suelo del *hall*... —La señora Brainerd estaba ya moviendo la cabeza—. Bueno, no es por nada, pero si tuviera que recibir aquí a un grupo a tomar café, con la casa en este estado...

—Es que mi hija ha estado cosiendo —exclamó Norma débilmente—. Ella *sabía* que iba a tener visita, pero entró de todos modos. Es bastante difícil —prosiguió, intentando sonreír con simpatía—. Cuando se tienen niños...

La señora Brainerd ya estaba en pie.

—El resto de nosotras se las arregla.

Norma hizo esfuerzos para mantener firme su voz.

—Y animales en casa...

—La hora del café —aventuró Norma andando como atontada—. El Club de Jardinería...

Pero la señora Brainerd ya se había ido.

Norma se lamentó:

—Ni siquiera nombró un *producto* que probar.

—Le he hecho a «Ambrosio» un coche de niño —añadió Polly Ann, arrastrando a «Ambrosio» en una caja—. ¿Ya se ha ido esa señora?

—Ya se ha ido —dijo Norma, mirando las señales con que la caja había dejado adornado su parquet—. Quizá para siempre —exclamó, y empezó a llorar—. ¡Oh! Polly Ann, ¿qué podemos hacer? Tendremos que cambiarnos a

otro vecindario.

—«Ambrosio» ha volcado el cajón de serrín de «Puff» y ha llenado de ya sabes qué el suelo.

Polly Ann salió de la habitación.

Migas, pelos, hilos, polvo, todo parecía converger sobre Norma, sumiéndola en un remolino y haciéndola girar, acorralándola, hundiéndola en la más negra desesperación. Se arrellanó en el sofá, demasiado anonadada para poder llorar; y entonces, al mirar al suelo, vio una revista que resaltaba sobre la alfombra y las cosas comenzaron a cambiar.

«Acabe con las penalidades domésticas —decía el anuncio—. Su casa puede convertirse en la cinosura del vecindario.»

Norma no estaba segura sobre el significado de cinosura, pero estaba la foto de una señora inmaculada y resplandeciente, sentada en medio de una sala de impecable limpieza, con una inmaculada cocina avistándose por la puerta del frente. Temblando de esperanza, cortó el cupón adjunto, advirtiendo sin inquietud que conseguir el producto o aparato, o lo que fuese, le costaría el resto de sus ahorros. Pero la satisfacción estaba garantizada y, si resultaba satisfecha, valía la pena el gasto de cada céntimo.

Resultaba poco atrayente cuando lo llevaron. Se trataba de una caja pequeña y acanalada; protegida dentro con virutas, había una máquina pequeña y cubierta de esmalte color lavanda. Juntos venían un cubo y una manguera, también color lavanda. Curiosa, Norma empezó a hojear el libro de instrucciones. Cuando lo leyó, empezó a sonreír, porque ahora todo parecía poder arreglarse.

—«Los efectos no son necesariamente permanentes —leyó en voz alta para aliviar su conciencia—. Pueden ser invertidos usando el manómetro verde de la parte superior.» ¡Oh, «Puff»! —llamó, pensando en los blancos pelos de angora que habían manchado tantas veces sus alfombras—. Ven aquí, «Puff».

El gato entró con una mirada de insolencia.

—Ven aquí —repitió Norma apuntándole con la manguera—. Ven, gatito.

Cuando «Puff» se acercó, puso en marcha la máquina.

Un penetrante zumbido llenó la habitación, débil pero inequívoco.

Caro o no, aquello valía la pena. Tenía que admitir que ninguno de sus limpiadores caseros cumplía tan rápidamente su cometido. En menos de un segundo, «Puff» estaba inmóvil, con los ojos desviados y el lomo recto, pero inmóvil; con un aspecto especialmente esponjoso y tan natural como la misma vida. Norma lo compuso artísticamente junto al aparato de televisión y luego se puso a buscar al perro de Polly Ann. Hizo a «Ambrosio» sentarse y pedirle la galleta que ella le presentaba; justo cuando la asía, ella encendió la máquina y lo paralizó en una décima de segundo. Cuando hubo acabado, lo apuntaló al otro lado del televisor y guardó cuidadosamente la máquina.

Polly Ann lloró un poco al principio.

—Cielo, si nos cansamos de tenerlos así, no tenemos más que hacer trabajar la máquina y ya estarán corriendo otra vez. Pero ahora, la casa está tan *limpia*; ¿ves qué bonitos están? Pueden ver y oír todo lo que quieras — concedió, enjugando las pegajosas lágrimas de la niña—. Y mira, puedes vestir a «Ambrosio» con todo lo que desees sin que él se mueva siquiera.

—Eso creo —contestó Polly Ann estirándose su vestido de terciopelo. Le dio a «Ambrosio» un pequeño empujón—. Y mira qué poquita suciedad hacen.

Polly Ann hizo saludar a «Ambrosio» doblándole la pata. Siguió en pie.

—Mamá, creo que tienes razón.

La señora Brainerd pensó que el perro y el gato eran muy bonitos.

—¿Cómo hace para tenerlos tan quietos?

—Un producto nuevo —repuso Norma con una farisaica sonrisa, sin decirle a la señora Brainerd de qué producto se trataba—. Voy a buscar el pastel —prosiguió—. Sin grasa.

—Sin grasa —contestó automáticamente la señora Brainerd haciéndole eco y sonriendo casi con anticipación.

Moviéndose con el donaire de una reina, Norma sacó al *living* la bandeja del café.

—Ahora, a propósito de la hora del café —dijo dándole por sentado, ya

que la señora Brainerd había cogido su taza y cuchara con una mirada casi admirativa, e introducido el tenedor en el pastel—. Con puntos. Ya sabes la marca.

—Las horas del café —dijo la señora Brainerd casi en estado de hipnosis. Luego, mirando el suelo, profirió—: ¡Oh! ¿Qué es eso que hay en el suelo?

Aterrorizada, Norma siguió la mirada de la señora Brainerd. Allí vio un charco, un verdadero charco que se formaba a partir de la puerta del cuarto de baño; y que, como ambas vieron, se agrandaba y empezaba a dejar una húmeda mancha sobre el muy pulido linóleo del *hall*.

—Mejor me... —empezó a decir la señora Brainerd levantándose.

—Ya sé —la interrumpió Norma con resignación—. Mejor se va. —Mas al levantarse y ver a su vecina en la puerta, se iluminó con una nueva resolución—. Pero vuelva mañana. Puedo prometerle que todo estará tan pulcro como un pastel. —Luego, sin poderse contener—: Sin grasa, claro.

—Pero ya sabe —dijo ominosamente la señora Brainerd— que esta clase de cosas no pueden durar mucho tiempo. Mi tiempo es valioso, están las horas del café, el grupo de canasta...

—Le prometo una cosa —concedió Norma—. Usted envidiará mi modo de tener las cosas. Se lo dirá a todas sus amigas. Simplemente haga el favor de volver mañana. Estaré preparada, se lo prometo.

Clarice se puso a reflexionar, jugando inconscientemente con su Medalla del Amor, con su mano minuciosamente arreglada.

—¡Oh! —exclamó finalmente tras una pausa que dejó a Norma desmayada después del rato de ansiedad—. Está bien.

—Verá —repuso Norma, al mismo tiempo que se cerraba la puerta—. Espere y verá la próxima vez.

Luego caminó sobre el creciente charco de agua y llamó a la puerta del baño.

—Estaba haciendo loción de afeitar para vendérselo a todos los papás —contestó Polly Ann al tiempo que recogía todas las tazas y tarros flotantes.

—Ven conmigo, cielo —le pidió Norma—. Quiero que te laves bien y que te pongas tu ropa de los domingos.

Todos quedaron muy artísticamente dispuestos en la sala de estar, el perro y el gato arrollados junto al sofá, y Polly Ann tan bonita con su vestido marrón de terciopelo con delantal de organdí. Sus ojos estaban algo vidriosos y sus piernas se proyectaban en un ángulo un poco forzado, pero Norma había extendido una manta sobre el borde del sofá, donde la tenía sentada, y pensó que el efecto, a simple vista, era tan bueno como el de cualquier anuncio que ella hubiera visto en televisión, y casi tan bonito como muchas de las fotos de las revistas. Advirtió, con un pequeño escalofrío, que había cierta humedad en la mirada que le estaba dirigiendo Polly Ann, así que fue hacia la niña y acarició su cerúlea mano.

—No te preocupes, corazón. Cuando seas lo suficientemente mayor como para ayudar a mamá en la limpieza de la casa, mamá te dejará correr un par de horas cada día. Tu mamá te lo promete.

Luego, estirándose su bata Remolino y asegurándose su alfiler «Sweetheart», fue a abrir la puerta a la señora Brainerd.

—Bueno —aprobó la señora Brainerd con voz bonachona—. Qué agradable está todo.

—Nada de olores domésticos, nada de manchas, pastel sin grasa —dijo Norma ansiosamente—. Ésta es mi hija.

—¡Qué niña más buena! —exclamó la señora Brainerd, sin fijarse en las piernas de Polly Ann, que asomaban fuera del canapé.

—Y nuestros perrito y minino —prosiguió Norma cada vez más confiada, apuntalando a «Ambrosio» contra uno de los pies de Polly Ann porque había empezado a escurrirse.

La señora Brainerd incluso sonrió.

—¡Qué monos! ¡Qué simpáticos!

—Venga a ver la querida cocina. —Norma se había puesto de forma tal que la otra pudiera ver el desagüe de rápida absorción en el blanco y prístino fregadero.

—Simplemente encantadora —concedió Clarice.

—Déjeme alcanzar el pastel y el café. —Norma llevó de nuevo a Clarice a la sala.

—Sus ventanas están sencillamente chispeantes.

—Lo sé —contestó Norma, radiante y segura de sí.

—Y la alfombra.

—«Glamorene».

—Fantástico.

Clarice era suya.

—Aquí está —dijo Norma, acosándola con el café y el pastel.

—Fantástico café —aprobó Clarice—. Llámame Clarice. Ahora, a propósito del Club de Jardinería y las horas del café, vamos a casa de Marge los jueves, y a casa de Edna los lunes, y a la de Thelma los martes por la tarde, y... —Probó un poquito del ofrendado trozo de pastel—. Y... —añadió, dándole vueltas y vueltas en la boca.

—¿Y? —repitió Norma llena de esperanza.

—Y... —reiteró la señora Brainerd mirando algo bizca la punta de su nariz, como si estuviera intentando averiguar qué tenía en la boca—. Este pastel, este pastel...

—Mix Maravilla —saltó Norma con ímpetu—. Sin grasa...

—Lo siento —se lamentó la señora Brainerd, levantándose.

—¿Cómo ha dicho?

—Que lo siento —repitió la señora Brainerd con auténtico pesar—. Se trata de su pastel.

—¿Qué le pasa a mi pastel?

—Bueno, pues que tiene ese sabor a grasa.

—Usted... Yo... El pastel... El anuncio aseguraba... —Norma se había levantado y se movía mecánicamente—. El pastel es tan bueno, y mi casa es tan preciosa...

Ahora estaba entre la señora Brainerd y la puerta, interceptándole a aquélla el paso al *hall*.

—Lo siento —se excusó la señora Brainerd—. Me marchó. Y, ahora, si cierra la puerta de ese armario para que pueda pasar...

—¿Cerrar la puerta? —Los ojos de Norma estaban vidriosos—. No puedo. Tengo que sacar una cosa del estante.

—No importa —dijo la señora Brainerd—. Y no podré volver más.

Nosotras, las señoras, estamos tan ocupadas, no tenemos tiempo...

—Tiempo —remedó Norma, sacando lo que quería del armario.

—Tiempo —repitió la señora Brainerd condescendiente—. ¡Ah!, quizá es mejor que no me llame Clarice.

—Bien, Clarice —dijo Norma; y entonces fue cuando le hizo recibir lo de la máquina lavanda.

Primero apoyó a la señora Brainerd contra un rincón, donde pudiera estar incómoda. Luego movió la manivela en sentido contrario y devolvió a Polly Ann, «Puff» y «Ambrosio» a la movilidad. Acto seguido, trajo su caja de costura y la basura de la cocina, y empezó a desparramar la porquería a los pies de la señora Brainerd; dejó a «Puff» llenar de pelos la tapicería, y envió a Polly Ann al patio de atrás en busca de un poco de barro. «Ambrosio», aliviado, lo hizo a los pies de la señora Brainerd.

—Contentísima porque pudieras venir, Clarice —concluyó Norma, satisfecha por la mirada de horror que mostraba la cara atrapada y helada de la señora Brainerd. Luego, volviéndose hacia el recargado delantal de Polly Ann, echó mano de un puñado de lodo.

JOVEN ANTE UNA PUERTA A MEDIO ABRIR

Fred Saberhagen

Como exponentes de un género eminentemente especulativo, los relatos de SF suelen llevar más o menos implícita alguna clase de conclusión. La de esta patética historia de amor es más bien explícita y contundente. Y, es de temer, acertada (a no ser que los alienígenas nos demuestren lo contrario): no hay ningún mundo seguro para los que aman.

Aquella primera noche había un vehículo de la policía, uno de los que creo llaman unidad K-9, en el pequeño estacionamiento para los empleados, detrás del Instituto. Estacioné mi coche al lado y salí. La luna de verano era opaca en el aire de la ciudad, pero algunos rayos iluminaban la pequeña puerta del ala de granito del enorme edificio. Llevé la caja de herramientas hasta allí, pulsé un botón y esperé.

Al cabo de medio minuto, apareció un guarda uniformado al otro lado de la puerta de cristal reforzado. Antes de que acabara de abrirla, dos policías también uniformados se colocaron a su lado y, junto a ellos, un perro de aspecto fiero, sujetado por una correa y cuyas orejas apuntaban en mi dirección.

La puerta se abrió.

—Reloj electrónico —dije, enseñando mi documentación.

El perro me inspeccionó, mientras los tres hombres uniformados examinaban mis credenciales y se daban finalmente por satisfechos.

Bastaron pocas palabras y asentimientos para que los policías me admitieran como un camarada. Al cabo de un momento se despidieron del guarda.

—Esto ya está limpio, Dan; nos vamos.

El guarda asintió. Los despidió jovialmente, cerró la puerta tras ellos, y entonces se volvió hacia mí, todavía sonriendo, como un hombre viejo y macizo que ahora adoptaba una actitud paternal. Bizqueó, en un esfuerzo por recordar lo que había leído en mi tarjeta de identificación.

—¿Su nombre es Joe?

—Joe Ricci.

—Bien, Joe, nuestro sistema se ha estropeado —señaló—. La habitación de control está por aquí.

—Ya lo sé; ayudé a montarla.

Caminé junto al guarda, que se llamaba Dan, por silenciosos pasillos e igualmente silenciosas galerías de mármol, iluminadas en una tercera parte, dejando las dos restantes en sombras. Atravesamos nuevas puertas de cristal, que se abrieron por medio de células fotoeléctricas. Hombres del equipo de mantenimiento, uniformados de verde, limpiaban los cristales; otros de blanco se hablaban en polaco.

Dan silbaba alegremente mientras subíamos la ancha escalinata central, y pasábamos bajo una gran claraboya, a través de la cual se veían las estrellas. En el rellano superior, una sencilla puerta, que apenas se nota de día, da paso, entre clásico mármol, a una habitación de ciencia ficción llena de luces fluorescentes y consolas electrónicas. En ella hay tres grandes paneles de pared, con los rótulos de «Seguridad», «Fuego» y «Clima» interior. Cuando entramos, vimos a un guardia que estaba solo en la habitación, sentado ante el enorme panel de seguridad.

—La galería doscientos quince otra vez en pantalla —dijo el guarda con voz triunfante, volviéndose hacia nosotros y señalando una de las luces indicadoras del panel, las cuales formaban la silueta del plano de pisos del edificio—. Hubiera jurado que allí había alguien.

Dejé la caja de herramientas y miré el panel, examinando mentalmente el equipo general del circuito de seguridad. Hace tiempo que «Reloj electrónico» no se ha servido de algo tan primitivo como las fotocélulas, relegadas al prosaico uso de abrir puertas. Desde la hora de cerrar el Instituto, cuando se conecta el sistema de seguridad, campos eléctricos invisibles llenan las habitaciones donde hay algo de valor. Un gato no puede merodear por el edificio sin causar un gran revuelo en el panel de seguridad.

Ahora todos los indicadores estaban apagados y silenciosos. Abrí mi caja de herramientas, saqué un multímetro y un juego de cánulas, y empecé un examen preliminar del panel.

—Uno juraría que hay alguien en la doscientos quince cuando esto ocurre —dijo el guarda llamado Dan, que se hallaba junto a mí, mirándome. Soltó

una risita—. Entonces un hombre sale a investigar, y antes de que llegue, se apaga.

Naturalmente, no había nada estropeado en el panel. Ni yo lo había esperado; es demasiado pedir encontrar sencillos problemas en las complejidades de un mecanismo electrónico moderno. Golpeé el indicador con el número doscientos quince, pero su luz continuó apagada.

—¿La señal viene sólo de la galería? —pregunté.

—Sí —contestó el guarda de la silla—. Se enciende un par de veces muy de prisa; se enciende y se apaga. Después vuelve a encenderse durante un rato, como si hubiera alguien en el centro de la habitación. Luego, como él ha dicho, se apaga cuando un hombre intenta llegar allí. Llamamos a los policías y ahora le hemos llamado a usted.

Metí las herramientas en la caja, la cerré y la levanté.

—Me llegaré hasta allí y daré un vistazo.

—¿Sabe dónde está la doscientos quince? —Dan acababa de desenvolver un bocadillo—. Puedo ir con usted.

—No hace falta. Ya la encontraré.

Pero me quedé un momento más y sonreí a los guardas, diciendo: «He estado aquí durante el día, mirando los cuadros.»

—¡Oh! Vino usted con su novia, ¿verdad?

Los guardas rieron, aliviados porque yo hubiera abandonado mi aire de ceñuda concentración. Sé que a veces impresiono a la gente de este modo.

Mientras caminaba solo a través de los vestíbulos medio iluminados, me agradó pensar en mí como en un hombre que había venido bajo dos capacidades distintas: electrónica y artística. Había tenido un buen comienzo, gracias a mis conocimientos sobre todo lo importante. «Un hombre renacentista —pensé— del Nuevo Renacimiento de la Era Espacial.»

No me costó encontrar la galería que buscaba, pues todas ellas estaban numeradas, más o menos correlativamente. Pasé por los siglos XIII, XIV y XV. Una multitud de Cristos y vírgenes, santos y nobles, me contemplaba desde las paredes entre luces y sombras.

Vi a la chica desde varias habitaciones de distancia, a través de un dintel auténtico que enmarcaba el dintel pintado donde ella se hallaba. Aminoré el

paso al entrar en la galería doscientos quince. Hay unos veinte cuadros, pero para mí la única presencia visible era ella.

Aquella noche no había pensado en ella hasta que la vi, lo cual me extrañó, porque en mis ocasionales visitas diurnas siempre me había parado ante su puerta. Yo no conocía a ninguna chica de las que se llevan a una galería de arte, por más que los guardas lo pensaran.

La luz le da de lleno en la cara y en la mano izquierda, que reposa en el batiente inferior de una puerta cortada en dos. Se asoma muy ligeramente por la puerta a medio abrir, con la cabeza de rizos pelirrojos ladeada unos centímetros hacia la izquierda, pero mirando hacia la otra dirección. Parece que observa y escucha. Siempre me ha parecido que está esperando a alguien. Va vestida de oscuro. Al considerar su actitud y su rostro, me pregunto por qué se da tanta importancia a la sonrisa de Mona Lisa.

La tarjeta que hay en la pared, junto al cuadro, dice:

Rembrandt Van Rijn

Holandés 1606-1669, fechada en 1645

JOVEN ANTE UNA PUERTA A MEDIO ABRIR

Debía tener diecisiete años cuando Rembrandt la vio, y continúa teniendo diecisiete años, mientras los rostros que pasan frente a su umbral han madurado y envejecido, y desaparecido, uno tras otro.

Ella espera.

Por fin, con un esfuerzo, dejé de soñar. Centré mi atención en el siguiente cuadro, *El sabbath de las brujas* de Saftleven, que una vez, a la luz del día, encontré divertido. Después paseé la mirada por las galerías adyacentes, en un intento por reprimir la súbita impresión de ser observado. Miré hacia la claraboya del techo de la galería doscientos quince, donde brillaba un solo foco.

Limitándome firmemente a pensar en la electrónica, examiné todos los rincones y debajo de todos los asientos, pues alguien podía haber olvidado un aparato de radio que interfiriera con el sistema eléctrico de alarma. Pero no

había ninguno.

Saqué del maletín un pequeño medidor de campo eléctrico, y, como un sacerdote que balancea un incensario, lo moví despacio a mi alrededor. La aguja osciló, tal como debía hacerlo con la invisible presencia del campo.

Hubo un pequeño jadeo, como de sorpresa. Un movimiento en el aire que duró sólo un instante, algo que llega y se va en seguida y, entonces, la aguja del medidor subió violentamente y se estancó arriba, hasta que mis reflejos de técnico me hicieron levantar la mano y conectarlo a una escala menos sensible.

Esperé otros diez minutos, pero no pasó nada más.

—Ahora funciona; pude seguirle por todos los lugares donde pasó —dijo con seguridad el guarda de la silla, volviéndose hacia mí, en el momento que entré en la habitación de ciencia ficción. Dan y su bocadillo ya no estaban.

—Hay alguna interferencia —dije, con la falsa autoridad de un experto ante un problema—. Eso es lo que ocurre. No han tenido ninguna dificultad con otra galería, ¿verdad?

—No; por lo menos yo no he visto ninguna... bueno, mírelo usted mismo. Quizá me haya equivocado. —El guarda chasqueó la lengua—. Ahora hay algo en la doscientos veintisiete. Es la de arte moderno.

Media hora después, me arrastraba por un pasillo que había sobre la galería doscientos veintisiete, siguiendo un sistema de microondas muy preciso. El brillo de las bombillas de abajo se filtraba en el pasillo, a través de un sinfín de agujeros de los paneles acústicos del techo.

El reflejo de algo rojizo, casi debajo de mí, me llamó la atención. Me arrodillé, acerqué los ojos a los agujeros de un delgado panel y vislumbré casi la totalidad de la enorme habitación que había bajo el falso techo.

El color rojizo provenía del cabello de una joven. Casi igualaba el cabello de la joven del cuadro, pero aquello no podía ser más que una coincidencia, si tales cosas existen. La chica que había debajo de mí estaba viva, del mismo modo que yo lo estoy, era sólida, de carne y hueso y tridimensional. Llevaba un traje ceñido de color verde que hacía resaltar su cabello y sostenía un

objeto reluciente entre las manos, parecido a una cámara.

Desde mi puesto, casi encima de ella, yo no podía verle la cara, sino sólo la gracia de su cuerpo al caminar, mientras mantenía levantado el objeto brillante. Entonces dio otro paso, pero a la mitad desapareció, se evaporó en un instante, en el centro de un suelo abierto.

Tardé mucho rato en levantarme. Todo en el mundo estaba silencioso y normal, así que la alarma y el asombro hubieran estado fuera de lugar. Volví sobre mis pasos hacia la escalera que me habían dejado, bajé, caminé por el pasillo, doblé una esquina y penetré en la vasta galería doscientos veintisiete, llena de sombras y luces.

En el mismo lugar iluminado donde había visto a la joven, me di cuenta que ésta había levantado su cámara hacia una escultura, una enorme masa de ampollas de bronce y curvados agujeros, en cuya ampolla superior había una cara que parecía haber sido esculpida por un niño. Me acerqué a ella, golpeé la ampolla de bronce más cercana con los nudillos, y se oyó un sonido hueco. Miré la tarjeta que había en su base de mármol y empecé a leer: *FIGURA RECLINADA, 1957...* cuando un ruido exactamente detrás de mí, me hizo dar la vuelta.

Dan preguntó con benevolencia:

—¿Era usted quien causó un estruendo aquí, hace cinco minutos? Parecía como si un montón de gente hubiera empezado a correr.

Yo asentí y me invadió una extraña satisfacción.

Al día siguiente, me desperté a la hora acostumbrada, vi la luz de la tarde que se filtraba en mi apartamento amueblado y oí los ruidos de la calle. Había dormido bien, me sentía muy despierto, y me puse a pensar en la joven.

Incluso aunque no la hubiera visto desvanecerse, resultaba evidente que sus idas y venidas por el Instituto no eran cosa de vagabundos o ladrones. Ni siquiera se hallaba allí con un propósito corriente: si hubiera robado o destrozado, con toda seguridad me habrían despertado antes.

Tomé un desayuno corriente, sin fijarme en nada y sin que se fijaran en mí, sentado en la barra del restaurante de la planta baja del edificio donde

había alquilado mi apartamento. La camarera vestía de verde, aunque su pelo era negro. Una vez, yo había intentado hablar con ella y conocerla, pero continuó trabajando y yendo de mesa en mesa, hablando conmigo y con todos los demás.

Al atardecer, como solía, me puse en camino hacia mi trabajo. Compré el periódico de costumbre para leerlo en el trayecto, pero no pasé de leer el titular: «Fallan las conversaciones de paz.» Aquella noche me sentí como supongo debe sentirse un amante que va al encuentro de su amada.

Dan y otros dos guardas me saludaron con el tipo de sonrisa que la gente adopta cuando las cosas que no son culpa suya van mal para su jefe. Me dijeron que el pseudovagabundo había visitado, una vez más, la galería quince; se había evaporado, como de costumbre, cuando el guarda se acercaba a la habitación, y había aparecido varias veces en los indicadores de la galería doscientos veintisiete. Me dirigí hacia esta galería, arrastrando todas las herramientas y el equipo, me instalé en un banco que había en un rincón oscuro y esperé.

La satisfacción que había sentido durante veinticuatro horas se transformó en impaciencia y, a medida que pasaba el tiempo, la tensión se hizo incontrolable. Yo sentía que ella, de algún modo, me observaba; debía saber que estaba esperándola; debía ver que yo no representaba ningún peligro para ella. No había forjado ningún plan, excepto encontrarla.

Ni un solo guarda vino a molestarme. A mi alrededor, en pintura y bronce, en piedra y acero soldado, se amontonaban las torturadas visiones del siglo XX. Al final, me levanté impulsado por la desesperación y vi que no todo era tortura. Allí, en la pared, estaban los lirios de agua de Monet; al principio no eran más que vagas e imprecisas manchas de pintura, que se convirtieron en la superficie de un estanque y una profunda curva del cielo, que se reflejaba en él. Me invadió un vértigo mientras miraba el agua, un vértigo de alivio que me hizo reír. Cuando, por fin, desvié la vista, las paredes y el techo temblaban, como si el brillo de las bombillas se reflejara en el estanque de Monet.

Entonces me di cuenta que pasaba algo anormal; me estaban haciendo algo, pero no me importaba. Riéndome del mundo, me quedé allí, respirando un aire que parecía vibrar en mis pulmones. La joven del cabello rojizo se acercó a mí, me cogió del brazo y me llevó hasta el banco donde se hallaba mi equipo sin usar.

Su voz era tan bella como yo había esperado, a pesar de un marcado acento muy extraño.

—Lamento hacerle sentir débil y enfermo. Pero usted insistió en quedarse aquí y permanecer mucho rato, justo cuando yo debo hacer mi trabajo. —De momento no pude decir nada. Ella me hizo sentar en el banco y se inclinó sobre mí con interés, ladeando la cabeza con la misma mirada interrogante de la joven del cuadro de Rembrandt. Después repitió—: Oh, lo siento.

—No es nada.

Mi lengua pesaba y todavía tenía ganas de reír.

Ella sonrió y se alejó, como disolviéndose. Llevaba el mismo traje ceñido verde, que hacía resaltar el color de sus cabellos. Esta vez se desvaneció de mi vista del modo normal, yéndose tras uno de los tabiques bajos de la galería, del que partían los rayos de luz.

Me puse en pie con inseguridad y fui tras ella. Al doblar la esquina, vi tres aparatos colocados sobre trípodes, estos últimos espaciados a intervalos regulares frente a la *Figura reclinada*. De los tres aparatos, que yo no lograba identificar, pequeños haces de luz saltaban hacia la escultura. Rodeándola como bailarines, sobre pies ágiles y silenciosos, se movía otro par de aparatos, entregados a una misión que estaba totalmente fuera de mi alcance.

La joven me sostuvo en el momento en que yo me tambaleaba. Sus manos eran fuertes, sus ojos de un azul oscuro, y ella era alta y esbelta. Con una sonrisa dijo:

—No pasa nada; no le causaré ningún daño.

—Eso no me preocupa —contesté—. Lo único que quiero es... es no enredar las cosas con usted.

—¿Cómo?

Ella sonrió como si yo estuviera delirando. Me había drogado con penetrantes gases que habían invadido mis pulmones. Yo lo sabía, pero no

me importaba.

—Yo siempre me las arreglo —dije— para enredar las cosas con la gente. Esta vez no. Quiero amarla sin que eso ocurra. Es un milagro sencillo y quiero que continúe siéndolo. Ahora, dígame su nombre.

Estaba tan callada y solemne, mirándome, que temí que se hubiera enfadado. Pero entonces meneó la cabeza y sonrió de nuevo.

—Mi nombre es Day-ell. ¡Ahora no te caigas! —y retiró el brazo sobre el que me apoyaba.

Por el momento estaba contento porque ella no me tocara. Me apoyé en el tabique y miré sus máquinas en movimiento.

—¿Piensas robar nuestra *Figura reclinada*? —pregunté, riendo de nuevo al pensar quién podía quererla.

—¿Robarla? —repitió pensativamente—. Debo salvar las dos mejores obras de esta casa. Las reemplazaré por copias tan bien hechas, que nadie lo sabrá nunca antes de que... —se interrumpió. Al cabo de un momento añadió —: Sólo tú lo sabrás.

Entonces se volvió, para prestar mayor atención a sus silenciosas y ocupadas máquinas. Cuando hizo un pequeño ajuste en un objeto diminuto que tenía en la mano, surgieron de improviso dos *Figuras reclinadas*; una de ellas, más pequeña y transparente, pero que se hacía más grande y se movía hacia nosotros desde un espacio oscuro y distante, que estaba temporalmente dentro de la galería.

Yo daba vueltas y más vueltas a lo que Day-ell había dicho. Vano y alegre, elaboré lo que me parecía un sutil cumplido, y dije:

—Sé cuáles son las dos mejores obras de esta casa.

—¿Sí?

La palabra sonaba en su voz como una dulce campana. Pero continuaba ocupada.

—Una es la joven de Rembrandt.

—¡Así es! —Day-ell, complacida, se volvió hacia mí—. Anoche la puse a salvo. En el lugar adonde llevo los originales, estarán seguros para siempre.

—Pero la mejor... eres tú. —Me aparté del tabique—. Te nombro mi novia. Mi amor. Para siempre, si es posible. Pero no importa lo que dure.

Su rostro cambió y sus ojos brillaron, como si realmente entendiera lo maravillosas que eran tales palabras en boca de cualquiera, del ceñudo Joe Ricci en particular. Dio un paso hacia mí.

—Si realmente lo quisieras —susurró—, permanecería contigo, a pesar de todo.

Mis brazos la rodearon y sentí que era un momento eterno.

—Quédate; claro que lo quiero, quédate conmigo.

—Ven, Day-ell, ven —entonaba una voz, suave, pero con timbre metálico.

Mirando por encima de su hombro, vi las sombras de las máquinas que esperaban, balanceándose sin moverse, sobre sus patas silenciosas. De nuevo sólo había una *Figura reclinada*.

Mis pensamientos se aclaraban y le dije:

—Has dicho que dejarías copias y que nadie notaría la diferencia antes. ¿Antes de qué? ¿Qué pasará?

Como mi novia no contestaba, me aparté un poco para mirarla. Movía lentamente la cabeza y tenía lágrimas en los ojos. Repuso:

—No importa lo que suceda, porque aquí he encontrado a un hombre vivo que quiere amarme. En mi mundo no hay nadie como tú. Si puedes retenerme, me quedaré.

Las manos que la sostenían empezaron a temblar. Dije:

—No quiero retenerte aquí, para que mueras en algún desastre. Será mejor que yo vaya contigo.

—Ven, Day-ell, ven.

Era un terrible susurro de acero.

Y ella dio un paso hacia atrás, ahora que yo la había soltado, atraída por la voz de la máquina. Me dijo:

—No debes venir. Mi mundo es seguro para la pintura, para el bronce, pero no para los hombres que saben amar. ¿Por qué crees que debemos robar...?

Ella desapareció y las máquinas y las luces se fueron con ella.

La *Figura reclinada* continúa maciza e inmóvil como siempre, con ampollas de bronce y agujeros curvados, y un rostro como esculpido por un niño. Si se golpea con un nudillo, suena a hueco. Tal vez sea necesaria la perspectiva de trescientos años para considerarla una de las dos obras más grandes de esta casa. Tal vez se necesiten unos ojos acostumbrados a más dimensiones que los nuestros; los ojos de aquellos que enviaron a Day-ell a través del tiempo, para salvar fragmentos elegidos de la herencia del Nuevo Renacimiento, sumidos en el barro del ignorante y arrogante siglo XX.

No es que el mundo de ella sea mejor. *Es seguro para la pintura, seguro para el bronce, pero no para los hombres que saben amar.* Yo no podría vivir allí ahora.

El cuadro no parece haber cambiado. Una chica de diecisiete años sigue esperando, cálidamente acariciada por la luz de Rembrandt, a punto de sonreír durante más de trescientos años y libre durante todos ellos de la edad, de la muerte y del desengaño. Pero, ¿la quemará una guerra dentro de una semana, o se la tragará un terremoto el mes próximo? ¿O morirá nuestra ciudad en una convulsión de masas, en un auténtico *sabbath* de brujas? ¿Qué aviso puedo dar yo? Cuando aquella noche me encontraron, solo y llorando, en la silenciosa galería, hablaron de una crisis nerviosa. Ahora los indicadores del panel de seguridad están siempre quietos, y yo he simulado creer que no es cierta la visión que les di.

No hay ningún mundo seguro para los que aman.

DESCONGÉLATE Y CUMPLE TU CONDENA

Allen Kim Lang

No es difícil ver en este relato, aparentemente desenfadado, una terrible caricatura de nuestra sociedad pseudorracional, donde las clases privilegiadas basan su bienestar en el sufrimiento y la miseria de una mayoría de la humanidad, y donde el ciudadano medio se ha acostumbrado a convivir con la brutalidad y el abuso, y a convertir la violencia en un espectáculo.

La sangre del doctor Warner mojaba las esposas que rodeaban mis muñecas. Un sargento de policía me envolvió en una sábana transpirada para sacarme del dormitorio donde Mildred Warner gritaba, acurrucada en un rincón.

—McWha —dijo su excelencia—, ha tenido usted una vida muy agitada.

Así era.

Los años que mis contemporáneos emplearon en jugar al baloncesto, los pasé en Bosky Knoll, un asilo donde las uñas de los lobeznos se cortan con tijeras freudianas. Mis uñas resultaron más duras que las tijeras de mis guardianes. A los quince años, harto de hipocresía y miel, me escapé atravesando la verja de hierro forjado y llegué a la ciudad en el Citrus Express.

Armado con una media llena de arena, entré en el campo farmacéutico. Al contrario de cierto infeliz que, a la pregunta de por qué asaltaba bancos, contestó: «Porque allí es donde se encuentra el dinero», yo decidí que la riqueza es más fácil de arrancar de los puños de los pobres, cuya resistencia es débil. Si ofreces una cura para el cáncer, patentada, todo el comercio arruga la nariz. Pero das en el clavo.

Conseguí mi entrada en las cámaras acorazadas del banco de servicios completos que me gustaba con el *qat*, una hierba cosechada en los dominios de los jeques de Yemen y desconocida hasta que yo la introduje en nuestro saludable clima. Mientras rollizos hombres de leyes se abalanzaban sobre las hojas de marihuana, una hierba tan benigna como el vino, en los parques públicos, el hombre lobo McWha instaló en las máquinas de refrescos de las escuelas una marca de té a la que uno se habituaba tanto como a los pecados

contra la castidad; y gané para mi industria de importación el precio de un harén, el único otro producto de Yemen digno de importarse, que sería vendido a un consorcio de tratantes en carne usada de otro hemisferio.

La competencia fue un fastidio hasta que descubrí, en el Caribe, una imitación de los aviones prusianos. Como desconfiaba de los peligrosos instrumentos eléctricos escogí, entre todas las demás herramientas, una barra de acero larga como el brazo de un hombre y con el diámetro de su menos externo orificio; un mecanismo que servía para todos los fines comerciales, desde un aparato sin importancia hasta la fabricación de un cadáver, cuya muerte resultaba un enigma para el más hábil médico forense.

Como un carnívoro en un mundo donde las gachas se han convertido en el plato nacional, yo era demasiado orgulloso para ocultar mis cerdas bajo una piel de cordero. Si Slick McWha se hubiera dignado dar unos centavos a los hambrientos (el mendrugo de los malvados), nunca hubiera sido exilado al paraíso. Lo que me condenó fue mi falta de hipocresía.

La única venganza que tomé contra el doctor Warner fue la de seducir a su mujer; sin embargo, rápido como su cirugía, nos sorprendió en la consumación de su vergüenza. Agarré el objeto más cercano, suficiente para detener el violento bastón del doctor (un sujetalibros; los Warner eran una pareja muy intelectual) y lo lancé. Cayó muerto y ella se levantó gritando.

En la cárcel, Slick McWha se convirtió en candidato para los extraños fines de Telstar. La fotografía mostraba al asesino en el banquillo, donde un gordo y negro murciélago informaba a los que querían negarle su cena de sangre: «La nuestra es una civilización que ya no mata, sino que congela.» Así, entonces, la sentencia (un primer plano de mi cara de asesino, otro de mis puños cerrados) fue:

«Kevin McWha, los servidores del Estado tienen orden de secuestrarle durante

»*doscientos años,*

»al cabo de los cuales, por la gracia de Dios y la evolución de la ciencia, se despertará en un mundo preparado para curar a los monstruos.»

En el aparato Stevie, sobre la caja registradora de la taberna de su barrio, deben haber visto, después del penúltimo anuncio, el próximo paso del

desdichado camino de McWha: la cámara de helio de las criptas criminales.

¡El insidioso Fu Manchú debería haber vivido esta hora! *A saber*: correas de silicona que sujetan al delincuente mientras los tanques de gas líquido se vierten sobre sus miembros. El sombrero en forma de medusa presta un toque clásico, como también las ligeras descargas que se producen en los pechos de acero. La víctima recuerda todos los detalles de su anterior infamia, mientras se le introduce en el tubo del tiempo...

Esto es lo que se dice. Pero lo cierto es:

Una cama. Una enfermera con una cómoda blusa a rayas azules y un almidonado delantal blanco (¡y el ninfatófago hombre lobo entiende de comodidad!), que se apoya sobre el triángulo derecho con una jeringa de dos centímetros cúbicos y una aguja de acero inoxidable. Un «no le dolerá nada, señor Hijo de la Desgracia».

Un pinchazo y ya han pasado doscientos años.

No siento sueño ni frío, después de dos siglos de estar sumergido en el Primero Absoluto. Sólo una picada de avispa que todavía escuece, doce décadas después de que la avispa haya muerto.

La máquina del futuro me despierta y me moldea para darme mi forma primitiva. Un ciudadano desnudo, Tarzán, se acerca a mí en el parque. Sobre su bíceps izquierdo lleva sujeto un disco de plata. Plan antiMcWha, me imagino.

—Sabemos por qué está con nosotros, Kevin. —Tuerce la boca—. Su expediente está un poco descolorido, pero hemos podido leerlo.

Estos apuestos seres practican el nudismo; han suavizado el clima para hacerlo soportable. Los negreros del hombre lobo, soltero durante dos siglos, se presentan en forma de unas jóvenes que hacen gimnasia, detrás de los campos de tenis.

—No hay ciudades; no las necesitamos.

Más dulce que la leche, lo cual presupone activas glándulas, mi cicerone sonrío.

El hombre lobo también sonrío.

—¿Adictos a las drogas? —pregunto.

—¡Claro que no! —El fantoche del futuro enarca las cejas—. Lo que

tenemos es un problema con el café.

Slick McWha se acuerda de la ilegal Java y de nuevo pregunta:

—¿Ningún otro vicio?

—Quizá la propia satisfacción —contesta la dulce lapa.

No tengo permiso para revender el aburrimiento.

—Tienen una tierra realmente de ensueño —dice Slick tratando de agradar y dejándose engañar.

—A nosotros nos gusta.

—A mí también... visitarla —afirma el ladrón de ovejas.

—No puede retroceder.

Un león, con una melena mejor peinada que la de cualquier hija de presidente en mis días, se dirige majestuosamente hacia un árbol cercano, donde se echa junto a un cordero. El león bosteza. El cordero, con ojos tan grandes como los de un ingenuo en un bar de la Legión, siente cierta inquietud.

—¿Qué van a hacer conmigo? —pregunto, en mi calidad de mejor abogado del diablo.

—Le estudiaremos —responde mi guía—. Será mejor que coopere. Usaremos la fuerza si es necesario...

—¡Qué vergüenza!

—... Para prevenir, por ejemplo, el asesinato o la violación —añade con una mirada dura.

—Usted recuerda el verso de cuatro letras, pero se ha olvidado de la música —comento.

—Usted parece creer que la civilización presupone suavidad —protesta el favorito de la historia. Ve una abeja en una flor dorada y cierra los ojos.

—La verdad de este futuro —filósofo— es que está compuesta de testicularidad. Afortunadamente, y gracias al poder de la criogenia (*cualquier cosa que entra puede ser congelada; «romper la ley», será congelado y descongelado, etc.*), sus hormonas van a ser esterilizadas.

Muerto de vergüenza, Slick McWha observa la abeja de miel que gira y embiste en el botón de oro, y se pregunta: «¿Es que los monstruos de revistas eróticas agarran a las exuberantes terrestres para sorber tan inocente rocío?»

Virgilio abre los ojos, de un azul pálido, como leche aguada.

—No queremos la semilla de la serpiente en el Edén —dice—. En cualquier caso, nuestras mujeres no le querrían.

—Del mismo modo que Polonia no quería a las SS —gruñe el lobo.

No hay respuesta. El futuro no tiene un pasado desagradable.

Entonces sobreviene el pensamiento predominante en la mente de todo el que se despierta de un sueño: la necesidad de conocer los titulares que no he vivido.

—¿Están en paz? —pregunto.

—Claro —afirma mi elegante supermán con expresión glacial—. A través de la preparación prenatal hemos eliminado el trauma del nacimiento. Desde que no hay pobreza, no hay ansiedad. Mire allí.

Dos jóvenes amantes, llenos de pecas como un pastel de canela, se pasean cogidos de la mano delante del Lobo y el Conejo, saludan con sus cabezas doradas y pasan, sin dejar de cantar juntos, con voces que parecen violines.

—El cuerpo ya no es causa de vergüenza —declara el Conejo—. Nuestras unidades de plasma germinal son tan higiénicas como nuestros superegos.

El hombre lobo se relame, saboreando canela azucarada.

—Me refiero —digo— no a usted sólo, simpático guía, sino a todo su mundo.

—La Tierra ya no es un círculo de arena ensangrentada —dice mi falso Fauntleroy. Luego, como el apuesto desconocido de una revista femenina, canturrea—: Pero ahora hablemos de usted.

Señala dos bancos de piedra, *dos-à-dos*, tapizados con una capa de musgo. Un pequeño pero rápido arroyo corre a nuestra derecha, desgastando las piedras de la orilla. El aire huele a agua fresca, pinos y hierba pisada por los pies descalzos de los niños. Yo anhelo con vehemencia un cigarro.

—Tengo el privilegio de ayudarle a encontrar su nuevo camino —dice mi acompañante.

—Se eligió mi trabajo de acuerdo con mis genes —le contesto—. Yo soy, por mis glándulas y por el entrenamiento a que he sido sometido, un *entrepreneur*.

—Un ladrón —interpreta mi hombre del Intourist—. Hemos visto su

expediente, ¿recuerda? —Se lleva los dedos a los labios, como un cura que cuenta en silencio los bocadillos de pepino que necesita para el té de la parroquia—. Aquí no tenemos trabajo para vendedores ambulantes —continúa—. Ni siquiera, Kevin McWha, solicitamos los servicios de intermediarios o bandidos de la junta ejecutiva.

—Un hombre del pasado merece algún privilegio —sugiero—. Como un jarrón Ming, debe preservarse en calidad de tesoro nacional.

—Los jarrones Ming de su clase son más vulgares que las botellas de leche —dice míster Interlocutor—. ¿Olvida usted las estadísticas criminales de su desgraciada época? ¿El modo en que sus tribunales, más benévolo con los contemporáneos que con los descendientes, metían en hielo a los malhechores y los almacenaban, como pescado congelado, para que renacieran, malolientes, en nuestra época, más comprensiva?

—El juez me aseguró que ustedes tendrían técnicas nuevas —observo yo —; dijo que dispondrían de una medicina para los delincuentes.

—Tenemos un estilete —contesta Exquisito, trazando una línea recta en el aire— de medio metro de largo y muy fino.

—Ya conozco ese estilete —dice el Lobo, mientras se le contraen las entrañas.

—Se perfora la conjuntiva de un ojo y se trasplanta el globo ocular a la mejilla del paciente —explica mi nuevo enemigo—. Por medio de una pequeña incisión en la órbita superior, el estilete rompe los precintos de la capa cerebral donde palpita el plasma germinal. Entonces, el ojo vuelve a colocarse en su cuenca, y el sociópata regresa a la compañía de sus congéneres, limpio y puro de corazón como un niño.

—Maravilloso —digo—. ¿No es cierto, sin embargo, que el convaleciente de su operación cerebral puede encontrar la poesía aburrida y el amor una ficción?

—¡Oh, sí! —suspira mi engatusador—. Para ser del todo sincero, Kevin, nuestra filantropía prefrontal a menudo deja a nuestro nuevo hermano paréticamente impotente. Pero así no encontraría usted pesada la soltería.

—¡Qué absoluto es el rufián! —exclamo cruzando las piernas—. Si me deben agujerear, será con un honrado cuchillo, y no cortándome los fusibles

como si fueran ladrones.

Hay cierta aspereza en mi tono. Mi terapeuta acaricia el Wolfbane de plata que lleva en la mano izquierda y yo abro los puños.

—La mayoría de ustedes dicen esto —declara el perro guardián—. Pero no es cuestión de permitir que los pecadores del pasado nos visiten sin ninguna revisión. Como usted mismo dice, tenemos que desconectarlo como lo haríamos con... ¿Cómo se llamaba aquel artefacto? ¿Una bomba?

—¿No se derriba nada en este parque de atracciones? —pregunto—. ¿Es que ahora los cuchillos de los asesinos sirven para abrir las cartas o limar las uñas?

—¿He oído bien, McWha? —inquire el desnudo pionero, con las mejillas ruborizadas por la hemoglobina—. ¿De verdad prefiere matar que ser curado?

—Dos y dos son cuatro —contesto—. ¡Sí!

Cara Redonda mira hacia arriba, calculando la posición del sol.

—Debe estar hambriento —sugiere.

—No ha comido nada desde hace seis generaciones —observa el hombre lobo—. Un bocadillo de jamón podría tender un puente sobre el vacío de varios siglos.

—¿Jamón? No, Kevin. Ya no explotamos a nuestras bestias para obtener proteínas.

—No importa —suspiro, levantándome para seguirle por el sendero del parque—. Estoy seguro de que aquí tampoco hay mostaza.

Pasamos por delante del mausoleo. El hijo de la desgracia se estremece al pensar en los doscientos años que ha pasado aquí, madurando como una cigarra bajo tierra. Pienso en los gélidos millares que siguen enterrados en esta mazmorra a prueba del tiempo, esperando que un Lincoln les libere de sus congeladas cadenas.

El parque rodea el pueblo de los adamitas, que pasean por sus senderos plácidamente, absorbiendo la luz del sol y sin extrañarse siquiera de los pantalones cortos de su tatarabuelo del siglo XX. Las casas, parecidas a las de la Selva Negra, están diseminadas por los campos, donde la gente de cabellos albinos juega al croquet con pelotas de madera y donde niños desnudos ríen y

chapotean en los estanques. Veo vírgenes, cuyos pechos no han cedido a la gravedad, jugando a los bolos en el prado.

La casa de la comunidad ostenta, sobre su entrada, un lema, que me traduce mi anfitrión: *No balanceen el barco*.

Entramos en el comedor y ocupamos una mesa entre el surtidor y la orquesta. Ascetas de todas clases, desde el zulú de charol hasta el finlandés de gamuza, se detienen a charlar con mi guía. Su lengua es suave y sonora, como el hawaiano. Mi idioma inglés, ronco eco de los pantanos bálticos y los bosques renanos, no es desconocido. «Bien venido», dice uno, y otro: «¡Buen provecho!» Un joven sonrío y dice: «Hasta la vista.»

Después de un manjar de galletas y verduras crudas, pasamos a una mesa de la pequeña sala de cine. Evidentemente, la película es una historia de amor. Estamos en el momento álgido, por decirlo así. El héroe y la heroína están consumando su unión en un triunfante acto, y la música compite con los muelles de la cama. Tambores y trompetas atronadoras; fin.

—Ahora —me anuncia Adonis—, la película principal.

Me alarga una golosina de la bandeja que hay sobre la mesa.

En la pantalla panorámica aparece el planeta Tierra, tal vez fotografiado desde la Luna. Un violentísimo zoom nos lanza vertiginosamente hacia la Tierra. Mareado, me agarro al borde de la mesa hasta hacerla crujir. Estamos descendiendo sobre Australia, el viejo continente del exilio.

Caemos en los bosques de la tierra de Arnam, oreja frontal del canguro que había visto de niño en el atlas.

—Esto era antes un área de aborígenes —sonríe mi constante compañero—. Por desgracia, los enanos morenos del boomerang han tenido que ceder sus bosques a una raza más fiera.

La cámara, que proyecta sus fotografías sobre nuestra pantalla, gira y se interna por los gruesos troncos de los árboles productores de goma. Pájaros tropicales, de un rojo vivo o de un verde bilioso, parlotean desde las palmeras. El barro pantanoso se hincha y forma burbujas.

Aparece un hombre, que lleva un taparrabos de cuero. Su barba rubia está salpicada de la yema de los huevos que ha comido para desayunar; lleva los pies envueltos en piel de cocodrilo. Saluda con la mano derecha (con la

izquierda empuña una lanza de casi tres metros) y sus compañeros, desnudos como él, asoman por entre las palmeras y salen al claro del bosque. Nuestra cámara se coloca sobre una higuera salvaje para enfocar el campamento.

—La lanza que lleva el jefe es mortal —murmura mi intérprete—. Con resina, adhieren a su extremo trozos de concha y piedra, que infectan la herida y causan la muerte.

La cámara se aproxima para inspeccionar con detalle a los hombres de la jungla. Un gigante de rojiza barba, cuyo ojo está hundido en su cuenca, arquea su honda por encima de la cabeza, maldiciendo la cámara, contra la que lanza una roca del tamaño de dos manos. La cámara sale despedida hacia el aire; la roca vuelve hacia el hombre que la ha lanzado.

El resto de los indígenas no hacen caso de nuestro artefacto. Unos veinte hombres se desparraman entre los bambúes, buscando enemigos ocultos. No los hay. El hombre rubio emite un silbido. Cuatro mujeres de piel reseca por el calor, salen de la selva, rodeadas de niños. La cámara les enfoca. Hay niños por doquier, delgados, con los cabellos llenos de barro. Se nos ofrece un primer plano de una de las niñas, que debe tener unos doce años. Tiene la piel llena de cicatrices, y es casi calva. Otra niña conduce a su hermano de unos seis años hacia el centro del claro. La cámara enfoca sus ojos blanquecinos; un gusano aparece detrás de la córnea translúcida.

—¡Dios mío! —exclamo.

—Aquí no somos religiosos —observa mi acompañante—. Pero mire esto, Kevin.

Una de las mujeres descuelga de su hombro un saco de pescado, se mete un trozo en la boca y lo escupe, desmenuzado, sobre un montón de ramas. Otra, que lleva carbones en un recipiente de arcilla, hace una pila con las ramas que le traen los niños y enciende el fuego. Los hombres descansan en cuclillas, apoyados en sus lanzas.

Como si el perfume del pescado asado fuera una señal, una segunda tropa viene gritando desde la jungla. ¡Una emboscada! Uno de los atacantes lanza una piedra con su honda y hace caer al hombre rubio sobre su lanza inútil. Otro se arrodilla al borde de la jungla para llenar de piedras la bolsa de su arco, y las lanza contra los cráneos de los atacados. Un niño ciego,

profiriendo alaridos, tropieza con las piernas de un hombre armado con una maza, el cual le aplasta de un solo golpe.

La victoria es para los recién llegados. Uno de los héroes arrastra a la niña de las cicatrices hacia el lindero, donde le golpea la cabeza contra un tronco y la viola. La cámara se aproxima y recuerda al auditorio la cuarta maravilla del salmista: la conducta de un hombre con una doncella.

Ensartan al hombre rubio con dos lanzas sobre la hoguera. Los victoriosos cogen el pescado, que se asa bajo su cuerpo retorcido. Otros se ensañan con las víctimas con cuchillos de piedra, riendo y llevándose a la boca trozos de carne ensangrentada. Los hombres gozan, por orden de rango, de las mujeres.

Al cabo de media hora, cuando ya se han comido todo el pescado, las mujeres son llevadas a la jungla, colgadas de palos. Las moscas se enseñorean del lugar.

El hombre lobo lucha para no vomitar.

—Pensaba que no existía la guerra entre ustedes —digo.

—No existe —contesta mi guía, llevándome adonde brilla el sol—. Pero entre ustedes, sí. Forma parte de su naturaleza.

Volvemos a sentarnos en los bancos junto al arroyo.

—¿Ha sucedido de verdad? —pregunto.

—Hace diez minutos —responde.

—A los hombres y mujeres que descongelan de las criptas criminales —digo— les dan a escoger entre convertirse en zombies o ser transportados a Australia.

—La primera es la mejor elección —declara mi acompañante—. Algunos de nuestros más agradables ciudadanos han sido salvajes como usted, Kevin. Los otros, como ya ha visto, nos proporcionan la excitación que necesitan los humanos normales, haciendo que nuestra sangre hierva en las venas, por medio de la antigua poesía de la matanza.

Es un hombre fuerte, pero con su brazo derecho roto no puede apretar el gatillo del hombre lobo que tiene a su izquierda. Vomita mientras mantengo su cabeza rubia bajo el agua del arroyo cantarín. Por fin le aprisiono entre dos piedras. Me ato al brazo su disco plateado y echo a correr. Paso por delante

de las criptas, donde mis compañeros esperan una terrible resurrección.

Ahora oigo ladrar a unos perros junto al arroyo. Me dirijo hacia las montañas, hacia el país de los lobos.

Cuando vuelva a bajar al llano, cuando me haya coronado a mí mismo rey de los piratas congelados, haré que la sangre hierva en las venas de estas gentes amables. Hasta que se desangren.

VEO A UN HOMBRE SENTADO EN UNA SILLA Y LA SILLA LE ESTÁ MORDIENDO LA PIERNA

Robert Sheckley & Harlan Ellison

Esta es una historia terrible, y sin embargo es también una historia de amor apasionado.

Sheckley es uno de los autores más incisivos de la SF estadounidense, y Ellison uno de los más polémicos. De la colaboración de ambos sólo podía salir un relato a la vez cruel, irónico y brillante, en el marco de un mundo desquiciado. La terrible historia de amor de un recolector de plancton mutante.

A su espalda se extendían las Azores, detrás de las Columnas de Hércules; el cielo arriba, el «goo» abajo.

—¡Maldito «goo»! ¡Maldito «goo»! —gritó Pareti al sol poniente. Sonó retador, por encima del humo del cigarro, sin el vigor que Pareti solía dar a la maldición, porque era casi el final del turno y estaba exhausto. Hacía tres años que la había gritado por primera vez, cuando le contrataron para trabajar como cosechero en los bancos de «goo». La había gritado la primera vez que vio la mucosa mutación de plancton gris que llenaba aquel área del Atlántico. Era como lepra sobre el cuerpo azul y fresco del mar.

—Maldito «goo» —murmuró. Se había convertido en un ritual. Le hacía compañía en la barca. Allí no había nadie más que él: Joe Pareti y su voz desfalleciente; y el fantasmal «goo» blanco grisáceo.

Vio el destello gris por el rabillo del ojo y la luz se reflejó en sus lentes de hendidura esquimal. Hizo girar en forma experta la batea; el «goo» volvía a emerger. Un tentáculo gris pálido se levantó sobre la superficie del océano; parecía la trompa de un elefante. Deslizándose con suavidad hacia él, Pareti calculó inconscientemente la distancia; a un metro y medio, con el brazo extendido, tiró de la red, la extraña red con su pértiga, muy parecida a las que utilizaban los indios de Patzcuaro, y, con un movimiento lateral del brazo, lo extrajo mientras se retorció.

El «goo» coleaba, sacudido por la red y aspirado por el mango de aluminio. Pareti estimó el peso de la pieza en dos kilos y medio, incluso después de izarlo a bordo y verterlo en el pañol de víveres. Era muy pesado para su reducido tamaño.

Al caer el «goo», el pañol se dilató y el aire comprimido cerró la tapa con

un sonido de succión en el tentáculo. Entonces, se cerró el iris sobre la tapa.

El «goo» le había tocado un guante. Pareti consideró que era demasiado complicado desinfectarlo inmediatamente. Se llevó la mano distraídamente a su pelo, fino y descolorido por el sol, que le caía sobre los ojos, y volvió a girar la batea. Se encontraba a unas dos millas de la Torre de Texas.

Estaba en el Atlántico, a cincuenta millas de la costa, a la altura del cabo Hatteras, en los bancos Diamond.

Su latitud era de treinta y cinco grados y la longitud de setenta y cinco grados oeste.

Se encontraba en pleno banco de «goo».

Estaba exhausto. El final del turno. *Maldito «goo».*

Emprendió el viaje de regreso.

El mar aparecía plano, y largas y continuas olas le impelían hacia la Torre de Texas. No soplaban viento y el sol brillaba con fuerza, tal como venía ocurriendo desde después de la Tercera Guerra Mundial, más resplandeciente que antes. Era un clima casi perfecto para recolectar, a quinientos treinta dólares el turno.

A su izquierda, se percibía una película de diez metros cuadrados de «goo», como una delicada tracería gris, casi invisible contra el océano. Pareti alteró el rumbo y lo atrapó con habilidad. El animal no ofreció ninguna resistencia. Estirado era demasiado delgado.

Continuó hacia la Torre de Texas, recogiendo «goo» mientras navegaba. Raramente encontraba ejemplares exactos. La pieza mayor que pescó estaba disfrazada de tronco de árbol («*Estúpido “goo” —pensó—, ¿quién ha visto alguna vez un tronco de árbol a cincuenta millas de la costa?*»); la más pequeña era como una foca pequeña, cadavéricamente gris y carente de ojos. Pareti recogía todas las piezas con rapidez, sin vacilaciones; poseía una misteriosa aptitud para reconocer el «goo» en cualquiera de sus formas, y una hábil técnica de recolección, infinitamente más refinada y elocuente que los métodos usados por los cosecheros que habían sido adiestrados por la compañía. Era el bailarín de ritmo innato, el pintor que nunca ha tomado lecciones, el rastreador instintivo. Fue un impulso lo que le condujo a los bancos de «goo» cuando se graduó *Summa Cum* en la multiversidad, y no a la

industria o a una de las fábricas de ganado. Todo lo que había aprendido, toda la educación que había recibido, ¿qué utilidad tenía en un mundo superpoblado, en un atestado hacinamiento de veintisiete mil millones de personas que solicitaban los trabajos más degradantes? Todos podían recibir una educación; algunos menos conseguían graduarse; todavía menos lograban el diploma, y sólo un puñado (como Joe Pareti) salía de la multiversidad con una graduación, un doctorado, un diploma y varias matrículas de honor. Pero *nada* de ello igualaba su natural instinto de rastreador de «goo».

A la velocidad que cosechaba podía ganar más dinero que un ingeniero.

Después de doce horas de trabajo en el mar de superficie brillante, incluso *esa* satisfacción quedaba amortiguada por el cansancio. Lo único que deseaba era tenderse en la litera de su camarote; y dormir; y dormir. Arrojó al mar la empapada colilla de su cigarro.

La estructura apareció ante él. Tradicionalmente se la llamaba Torre de Texas, aunque no se pareciera en absoluto a las perforadoras originales de la Norteamérica anterior a la Tercera Guerra Mundial. Por el contrario, era como un arrecife de coral articulado o el esqueleto de una inconcebible ballena de aluminio.

La Torre de Texas presentaba un problema de definición. Podía trasladarse, por lo tanto era un *barco*; podía anclarse irrevocablemente al fondo del océano, por lo tanto era una *isla*. Sobre la superficie había una intrincada red de cañerías: tubos de alimentación, a través de los cuales los cosecheros nutrían al «goo» (tal como Pareti lo hacía ahora, ajustando la boca del tubo plegable del pañol de víveres al tubo alimentador de la Torre de Texas, notando que el tubo se contraía al aplicarse la aspiración neumática, succionando el «goo» de los armarios de almacenaje), hileras de tubos para amarrar las bateas, tubos que sostenían el mástil del radar, etc.

Un par de tubos cilíndricos, que estaban abiertos, parecían obuses: los orificios de entrada. Bajo la línea de flotación, como si fuera un iceberg, la Torre de Texas se desplegaba y extendía, compuesta de secciones plegables que podían ser alargadas o dobladas, según la necesidad. Aquí, en los bancos de Diamond, varias docenas de los niveles más bajos habían sido doblados.

La torre aparecía informe, desmañada y de movimientos lentos, capaz de hacer frente a un huracán y más pesada que un galeón. Como barco, era incuestionablemente el peor diseño de la historia náutica; pero como fábrica, una maravilla.

Pareti se alejó del complejo de amarre y, llevando la pértiga de la red, entró por la puerta más cercana. Pasó por los armarios de descontaminación y almacenaje, y penetró en la Torre de Texas propiamente dicha. Mientras bajaba por la escalera de caracol de aluminio, oyó voces que procedían del piso inferior. Era Mercier, que iba a empezar su turno, y Peggy Flinn, que no había trabajado durante tres días por tener el período. Los dos cosecheros estaban discutiendo.

—Lo están procesando a cincuenta y seis dólares la tonelada —decía Peggy, levantando la voz. Al parecer, hacía rato que discutían sobre las primas de los cosecheros.

—¿Antes o *después* que se fragmente? —preguntó Mercier.

—Sabes muy bien que se trata del peso de *después* de la fragmentación —replicó ella—, lo cual significa que por cada tonelada que sacamos de aquí, y que se llevan en tanques, obtienen unas cuarenta toneladas después de la radiación. ¡Nuestras primas no son por peso de fragmentación!

Pareti había oído esto un millón de veces durante sus tres años de estancia en los bancos de «goo». El «goo» era enviado a las plantas de fragmentación y radiación cuando los toneles estaban llenos. Sujeto a las diversas técnicas patentadas de las principales compañías procesadoras, el «goo» se multiplicaba molécula por molécula, se fragmentaba, crecía, se hinchaba, y daba cuarenta veces su peso original. Entonces se «mataba» y reprocesaba para servir de alimento básico artificial a una población que no probaba desde hacía tiempo los bistecs, los huevos, las zanahorias y el café. La terrible tragedia de la Tercera Guerra Mundial era que habían muerto enormes cantidades de todo, excepto de personas.

El «goo» se molía, reprocesaba, purificaba, coloreaba y perfumaba, se le añadían vitaminas, y se envasaba individualmente bajo un sinnúmero de marcas: Sabor, Vitagram, Delicia, Gratifood, Sweetmeat, Quench-Cafe, Golosina Familiar, que eran vendidas a veintisiete mil millones de bocas

abiertas. Se servía directamente mezclado con agua.

Los cosecheros eran quienes mantenían literalmente al mundo con vida.

E incluso a quinientos treinta y cinco dólares por turno, algunos de ellos se consideraban mal pagados.

Pareti bajó los últimos escalones, y los dos cosecheros que discutían le miraron.

—Hola, Joe —dijo Mercier.

Peggy sonrió.

—¿Un turno largo? —preguntó jocosamente.

—Bastante. Estoy extenuado.

Ella se enderezó algo más.

—¿Completamente?

Pareti se frotó los ojos. Se los sentía arenosos; había entrado en ellos más polvo del habitual.

—¿No estabas pasando esos días del mes?

—Ya pasó —sonrió ella, extendiendo las manos como una niña que ha sufrido el sarampión.

—Sería estupendo —le insinuó Pareti— que me dieras un masaje en la espalda.

—Te rompería la espina dorsal.

Mercier rió entre dientes y se dirigió hacia la escalera.

—Hasta luego —les dijo, mirándoles por encima del hombro.

Pareti y Peggy Flinn bajaron y atravesaron diversas secciones hasta llegar al camarote de él. Como vivían en un ambiente aislado durante seis meses seguidos, los cosecheros habían desarrollado sus propias relaciones sociales. Las mujeres remilgadas en cuestiones sexuales no duraban mucho en las Torres de Texas. Los cosecheros obtenían muy raramente permiso para ir a tierra (se llamaban a sí mismos «esclavos negros»), y por ello la compañía les proporcionaba todas las comodidades. Películas, buenos cocineros, deportes, una biblioteca bien provista con las últimas novedades... y cosecheras. La cosa empezó cuando algunas de las mujeres aceptaron «gratificaciones» de los hombres por sus atenciones sexuales, pero aquello tuvo un pernicioso efecto sobre la moral; y ahora sus salarios básicos y sus primas se veían

suplementados por una paga sexual adicional. Era bastante corriente que una buena cosechera, razonablemente hermosa, volviera de una estancia de ocho o nueve meses en las Torres de Texas con cincuenta mil dólares en su cuenta corriente.

Se desnudaron en el camarote.

—¡Dios mío! —exclamó Peggy—. ¿Qué ha pasado con tu pelo?

Hacía varios meses que no estaban juntos.

—Creo que me estoy volviendo calvo —repuso Pareti, encogiéndose de hombros. Se pasó por todo el cuerpo un paño húmedo que sacó del armario, y después lo tiró al incinerador.

—¿Calvo por todas partes? —preguntó ella con incredulidad.

—Oye, Peg —dijo Pareti, con acento cansado—, he estado fuera durante doce horas, estoy extenuado y quiero dormir un poco. ¿Tienes ganas o no tienes ganas?

Ella le sonrió.

—Eres un encanto, Joe.

—Estoy agotado —replicó él, desplomándose sobre la cómoda cama.

Ella se le acercó y se unieron sexualmente.

Luego, él se durmió.

Hacía cincuenta años que la Tercera Guerra Mundial había estallado. Le había precedido la II Fase de la Guerra Fría, que duró treinta años. La I Fase terminó en la década de 1970, cuando se hizo evidente que la guerra era inevitable. La II Fase había estado constituida por las medidas defensivas contra una matanza general. Se construyeron ciudades subterráneas, «ciudades en lata», como las llamaban los planificadores suburbanos. Pero públicamente no se les daba este nombre. Por el contrario, se las bautizaba como Ciudad de Jade. Ciudad Comercial, Gruta Dorada, Diamante Norte y Sur, Villa del Ónix, Sub-ciudad, Piritas Orientales... y en las Smokies sumergieron el gigantesco complejo antimisiles del continente norteamericano, Ironwall, a tres mil metros de profundidad.

La superpoblación había empezado mucho antes de la I Fase. Malthus

tuvo razón. Bajo el ímpetu del temor, la población se multiplicó como nunca había ocurrido. Y en ciudades en lata como el Bajo Hong Kong, Laberinto (debajo de Boston) y Nueva Cuernavaca, la forma de vida circundante les proporcionaba escasos placeres. Así que se multiplicaron y se multiplicaron. Y, geoméricamente, la progresión llenó las ciudades en lata. Construyeron túneles, cañerías y sensores, y el planeta se llenó de gritones, prolíficos y hambrientos habitantes de la tierra del miedo. En la superficie sólo vivían los militares y la élite científica, por necesidad.

Entonces estalló la guerra.

Una guerra bacteriológica, atómica, con rayos láser y radiación.

Fue muy nociva en el continente norteamericano: Los Ángeles fue destruida. Ironwall y la mitad de los Smokies desaparecieron, y el complejo de misiles quedó enterrado para siempre bajo montañas que ahora eran colinas suaves y de escasa pendiente. Oak Ridge voló en pedazos. Louisville quedó reducida a cenizas. Detroit y Birmingham ya no existían; en su lugar aparecían suaves superficies reflectantes, casi tan llanas como láminas de espejo de cromo oxidado.

Nueva York y Chicago habían estado mejor protegidas. Perdieron los suburbios, pero no sus ciudades Subterráneas. Y el corazón de ambas metrópolis estaba a salvo; deteriorado, pero en funcionamiento.

En los demás continentes había sido igual, si no peor.

Pero durante las dos fases de Guerra Fría había habido tiempo para descubrir sueros, remedios, antídotos y terapéuticas. Y se salvó a millones de personas.

A pesar de ello... no se podía inyectar a una espiga de maíz. Ni tampoco podía inocularse a todos los gatos, perros, jabalíes, antílopes, llamas y osos. No se podía sembrar el océano y salvar a los peces. La ecología se desequilibró. Algunas especies sobrevivieron; otras se extinguieron.

Las huelgas de hambre y los desórdenes por falta de alimentos hicieron su aparición.

Pero también cesaron rápidamente; la gente estaba demasiado débil para luchar. Llegó la época del canibalismo. Y por fin, aterrorizados por lo que se habían hecho a sí mismos y a los demás, los gobiernos se unieron. Se

reconstruyeron las Naciones Unidas, que nombraron a compañías para que solventaran los problemas de alimentos artificiales; pero era un proceso muy lento.

De lo que se dieron cuenta vagamente fue que los vientos occidentales, que acarreaban toda la radiación y las intermitencias bacteriológicas, habían barrido Norteamérica, recogiendo su carga adicional en los Smokies, Louisville, Detroit y Nueva York, y trasladándola a Asia a través de la costa oriental y el Atlántico, pero no antes de que una masiva lluvia de residuos de las Carolinas se combinara con la luz del sol y la lluvia para producir una extraña mutación en las aguas ricas en plancton de los bancos Diamond.

Diez años después del final de la Tercera Guerra Mundial, el plancton se había convertido en otra cosa. Los pescadores de los bancos exteriores lo llamaban «goo».

Los bancos Diamond se habían convertido en un núcleo de creación.

El «goo» se extendió, se adaptó y se metamorfoseó. Y se produjo el pánico. Peces con el esqueleto deformado llenaban las aguas de poca profundidad; se encontraron cuatro nuevas especies de tiburón (una adaptación perfecta); apareció un calamar centípedo con un centenar de brazos durante varios años, y luego se desvaneció inexplicablemente.

Pero el «goo» no desapareció.

Se hicieron experimentos y, milagrosamente, lo que parecía una amenaza inminente e irrefrenable para la vida marina y probablemente para todo el planeta..., se reveló como un milagro. Salvó al mundo. El «goo», una vez «matado», podía convertirse en un alimento artificial. Contenía un amplio espectro de proteínas, vitaminas, aminoácidos, hidratos de carbono, e incluso las mínimas cantidades necesarias de elementos básicos. Una vez deshidratado, y empaquetado, resultaba muy económico. Mezclado con agua, podía ser cocinado, estofado, frito, hervido, cocido, escalfado, salteado, relleno o usado como relleno. Era el alimento más perfecto de todos los conocidos hasta entonces. El sabor era siempre diferente, dependiendo del sistema y proceso usado. Tenía muchos gustos, pero no uno característico.

Vivo, funcionaba a un nivel casi vegetativo. Era una aglomeración protoplasmática inestable, aparentemente no inteligente, aunque poseía una

innegable necesidad de cambiar de forma. Se estructuraba a sí mismo como plantas rudimentarias y formas animales no viables. Era como si el «goo» deseara *convertirse* en algo. En los laboratorios de investigación se deseaba que el «goo» nunca averiguara en *qué* quería convertirse.

«Muerto» era un alimento sabroso.

Todas las compañías erigieron factorías de recolección, las Torres de Texas, y se entrenaron cosecheros. Recibían pagas más elevadas que en cualquier otra ocupación no técnica del mundo. No se debía a las largas horas o al trabajo exhaustivo. De hecho, la paga se denominaba legalmente como «paga de alto peligro».

Joe Pareti había recibido su educación y decidido que no tenía vocación de intelectual. Se convirtió en cosechero. Nunca llegó a entender por qué los sueldos depositados en su cuenta eran llamados «paga de alto peligro». Estaba a punto de averiguarlo.

La canción terminaba en un chillido. Y entonces se despertó. El sueño nocturno no le había proporcionado ningún descanso. Once horas acostado, once horas de sudor inútil y al final un escape, una absurda transición al exhausto despertar. Se quedó echado un momento; no podía moverse.

Entonces, poniéndose en pie, se esforzó en conservar el equilibrio. El sueño no le había sentado bien.

El sueño había frotado su piel con papel de lija.

El sueño había pulido sus dedos con polvo de diamante.

El sueño había desgastado su cuero cabelludo.

El sueño había introducido arena en sus ojos.

«¡Oh, Dios mío!», pensó, sintiendo dolor en todos sus nervios. Se tambaleó hacia el cuarto de baño y se golpeó la nuca con la ducha. Fue hasta el espejo y, automáticamente, cogió del estante la máquina de afeitar. Entonces se miró en el espejo y se detuvo.

El sueño había frotado su piel con papel de lija, pulido sus dedos con polvo de diamante, desgastado su cuero cabelludo, introducido arena en sus ojos.

Era un modo muy poético de decirlo. Casi literalmente, eso era lo que le había ocurrido mientras dormía.

Se quedó mirando fijamente al espejo y luego retrocedió para no verse. «Si esto es lo que ocurre cuando un chico se acuesta con esa maldita Flinn, me quedaré soltero.»

Estaba totalmente calvo.

El mechón de cabellos que recordaba haber apartado de su rostro durante el turno anterior había desaparecido. Su cabeza era lisa y pálida como la bola de cristal de una adivinadora del porvenir. No tenía pestañas. Tampoco tenía cejas.

Su pecho era liso como el de una mujer y sus uñas, casi translúcidas, como si hubieran quitado las capas superiores.

Volvió a mirar al espejo. Se vio a sí mismo... más o menos.

No *mucho* menos, de hecho; no había perdido más de medio kilo. Pero se trataba de medio kilo muy perceptible.

Su cabello.

Pecas, lunares, piel cicatrizada y callosidades. El cabello protector de los orificios nasales. Las rodillas, los codos y los talones habían adquirido un color rosado.

Joe Pareti se dio cuenta que aún sostenía la máquina de afeitar. La dejó y se miró en el espejo durante unos momentos. Tenía el horrible presentimiento de saber lo que le había ocurrido. «Tengo un gran problema», pensó.

Salió a buscar al médico de la Torre de Texas. No estaba en la enfermería, pero lo encontró en el laboratorio de farmacología. El médico le echó una ojeada y le precedió hasta la enfermería, donde confirmó las sospechas de Pareti.

El médico era un hombre callado y metódico, llamado Ball; muy alto, muy delgado, y con una irreductible seriedad profesional. Por regla general, era dado a la melancolía; pero, viendo la calvicie de Pareti, sonrió perceptiblemente.

Pareti se sintió deshumanizado. Había entrado con Ball en la enfermería como un hombre y ahora se sentía transformado en un espécimen, en un cultivo infeccioso para ser examinado en el macroscopio.

—¡Ah, sí! —dijo el doctor—. Muy interesante. Vuelva un poco la cabeza, por favor. Bien..., bien..., perfecto. Ahora parpadee.

Pareti hizo lo que le indicaban. Ball tomó algunas notas, conectó las cámaras grabadoras y canturreó en voz baja, mientras arreglaba una bandeja de relucientes instrumentos.

—La ha cogido, claro —dijo Ball, como si pensara en voz alta.

—Cogido, ¿qué? —preguntó Pareti, esperando obtener alguna otra respuesta.

—La enfermedad de Ashton. La infección del «goo», si lo prefiere; pero nosotros la llamamos el mal de Ashton, después del primer caso. —Rió para sí y añadió—: Supongo que no pensaba que era dermatitis.

A Pareti le pareció oír una música aterradora, un órgano, un clavicordio. Ball continuó:

—Su caso es atípico, como todos los demás; así que podemos decir que es típico. Tiene también un feo nombre latino, y Ashton es mejor.

—Déjese de tonterías —le cortó Pareti, de mal humor—. ¿Está totalmente seguro?

—¿Por qué cree que percibe un salario de alto peligro? ¿Por qué cree que me encuentro a bordo? No me dedico a la medicina general; soy especialista. Naturalmente que estoy seguro. Usted es el sexto caso conocido. *Lancet* y *AMA Journal* estarán interesados. De hecho, con una presentación apropiada, el *Scientific American* querrá publicar un artículo.

—¿Qué puede hacer por mí? —preguntó Pareti.

—Puedo ofrecerle un excelente bourbon de antes de la guerra —contestó el doctor Ball—. No es específico para su enfermedad, pero sí bueno para toda persona, por decirlo así.

—Deje de burlarse de mí. No creo que sea cosa de broma. ¿No hay nada más? ¡Usted es un especialista!

Ball pareció darse cuenta, por primera vez, que su humor negro no era recibido con demasiado entusiasmo.

—Míster Pareti, la ciencia médica no admite la imposibilidad, ni siquiera la reversión de la muerte biológica. Pero esto es sólo teóricamente. Podemos intentar muchas cosas. Podemos hospitalizarle, atiborrarle de drogas, irradiar

su piel, untarle con una loción de calamina, e incluso hacer experimentos en homeopatía, acupuntura y moxibustión. Pero nada dará resultado, excepto hacerle sentir muy molesto. Según nuestros actuales conocimientos, la enfermedad de Ashton es irreversible y... definitiva.

Pareti tragó saliva al oír la última palabra.

Ball sonrió y añadió:

—Pero puede descansar y disfrutar de la vida.

Pareti dio un paso hacia él, indignado.

—¡Es usted un morbosos hijo de perra!

—Le ruego perdone mi ligereza —se excusó el doctor rápidamente—. Sé que tengo un estúpido sentido del humor. No me río de su destino... En serio, no lo hago... Me aburro en esta solitaria torre... Me alegro de tener algún trabajo de verdad. Pero veo que no sabe mucho del mal de Ashton... No es demasiado difícil soportar la enfermedad.

—Me parece haberle oído decir que era definitiva.

—Así es. Pero *todo* es definitivo, incluso la salud, incluso la *vida* misma. La cuestión es cuánto tiempo y cómo.

Pareti se hundió en una cómoda silla de diseño sueco, que se convertía (cuando se levantaban los estribos) en un reforzado armazón de dilatación para abortos.

—Tengo la impresión de que va a darme una conferencia —observó, súbitamente agotado.

—Perdóneme. ¡Es tan rutinaria mi vida aquí!

—¡Por los clavos de Cristo! Siga, siga —le indicó Pareti, con un gesto de la mano.

—Bien, la respuesta es ambigua pero prometedora —dijo Ball con entusiasmo, empezando su disertación—. Creo que ya le dije que lo más típico de esta enfermedad es su atipicidad. Pasemos revista a sus ilustres predecesores.

»El Caso I murió al cabo de una semana de haber contraído la enfermedad, aparentemente a causa de una complicación neumónica...

Pareti parecía enfermo.

—Muy alentador —comentó.

—¡Ah! Pero el Caso II —exclamó Ball—, el Caso II fue Ashton, de quien la enfermedad tomó el nombre. Se volvió voluble, casi ecolálico. Un día, ante una considerable multitud, levitó a una altura de cinco metros. Se mantuvo allí, sin apoyo visible, hablando a la gente en un hermético lenguaje de su propia invención. Entonces desapareció en el aire y no se ha sabido nada más de él. Desde entonces, se la llama enfermedad de Ashton. El Caso III...

—¿Qué le ocurrió a Ashton? —preguntó Pareti, con un matiz de histerismo en la voz.

Ball extendió las manos y no respondió.

Pareti desvió la mirada.

—El Caso III observó que podía vivir bajo el agua aunque no en el aire. Pasó dos felices años en los arrecifes de coral de Marathon, Florida.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Pareti.

—Una manada de delfines acabó con él. Fue el primer caso que se conoce en que los delfines atacaran al hombre. A menudo nos hemos preguntado qué debió decirles.

—¿Y los otros?

—El Caso IV vive normalmente en la comunidad de Ausable Chasm. Dirige una granja de setas y se ha hecho muy rico. No podemos detectar ningún efecto de la enfermedad, aparte de la pérdida del cabello y la piel muerta. En este aspecto, sus casos son similares pero puede tratarse únicamente de una coincidencia. Es evidente que posee un don especial para las setas.

—Esto suena bien —dijo Pareti, animado.

—Quizá sí. Pero el Caso V es infortunado; una degeneración de órganos realmente asombrosa, acompañada de un simultáneo crecimiento externo de los mismos. Esto le da un aspecto muy surrealista: el corazón le cuelga por debajo de su axila izquierda, los intestinos le rodean la cintura, y cosas por el estilo. Luego empezó a desarrollar un exoesqueleto quitinoso, antenas, escamas, plumas; parecía que su cuerpo no sabía a ciencia cierta en qué se convertiría. Al final optó por la forma del gusano; una especie anaerobia, muy poco usual. La última vez que le vieron estaba excavando en la arena cerca de Point Judith. El sonar le siguió durante varios meses, hasta la

Pennsylvania central.

Pareti se estremeció.

—¿Murió entonces?

Ball volvió a extender las manos y contestó:

—No lo sabemos. Puede hallarse en una madriguera, inmóvil, partenogenético, incubando los huevos de una nueva e inconcebible especie. O puede haberse transformado en la forma esquelética definitiva... en roca muerta e indestructible.

Pareti juntó las manos y se puso a temblar como un niño.

—Dios mío —murmuró—, qué hermosa perspectiva; algo que espero con impaciencia.

—La forma de su caso particular *podría* ser agradable —insinuó Ball.

Pareti le miró con evidente hostilidad.

—¡Vaya un bastardo cortés que está usted hecho! Se sienta en el agua y se muere de risa mientras el «goo» muerde a algún tipo que usted no conoce. ¿Qué diablos hace para divertirse? ¿Asar cucarachas y escuchar cómo gritan?

—No me culpe a mí, míster Pareti —dijo serenamente el médico—. Fue usted quien eligió su trabajo, no yo. Le advirtieron de los riesgos...

—Dijeron que casi nadie cogía la enfermedad del «goo»; estaba todo en letras pequeñas en el contrato —interrumpió Pareti.

—Pero le advirtieron de los riesgos —insistió Ball—, y por ello recibe una prima de peligro. No se ha quejado nunca durante los tres años que han ido ingresando dinero en su cuenta. Ahora no debería quejarse; no es decente. Después de todo, su salario es aproximadamente ocho veces mayor que el mío. Con él puede comprar muchas medicinas.

—Sí, cobré las primas —gruñó Pareti—, ¡y ahora las estoy mereciendo! La compañía...

—La compañía —dijo Ball con precaución— no tiene la menor responsabilidad. Usted debería haber leído todas las letras pequeñas. Pero tiene razón en que ahora está mereciendo las primas. Le pagaron para que se expusiera a una rara enfermedad. Cobraba el dinero de la compañía y esperaba no contraer la dolencia. Ha jugado y, por desgracia, parece que ha perdido.

—Aunque nadie me compadece —observó Pareti—, no deseo que usted lo haga. Sólo le pido su consejo profesional, por el cual le pagan, y demasiado, a mi juicio. Quiero saber lo que debo hacer... y lo que puedo esperar.

Ball se encogió de hombros.

—Debe esperar lo inesperado, naturalmente. Recuerde que usted no es más que el sexto; aún no hay un patrón establecido. La enfermedad es tan inestable como su progenitor... el «goo». La única pauta, aunque vacilo incluso al sugerir que es una pauta...

—¡Maldición, deje de jugar conmigo! ¡Suéltelo!

Ball apretó los labios.

—La pauta parece ser la siguiente: ocurre un cambio radical de relaciones entre la víctima y el mundo exterior. Puede ser transformaciones *animadas*, como el crecimiento de órganos externos y agallas funcionales: o transformaciones *inanimadas*, como la víctima que levitaba.

—¿Qué hay del Caso IV, el que todavía vive y es normal?

—No es exactamente *normal* —dijo el médico, frunciendo el ceño—. Sus relaciones con sus setas son una especie de amor perverso; y correspondido, diría yo. Algunos investigadores sospechan que él mismo se ha convertido en una especie de seta inteligente.

Pareti se mordió la uña del pulgar. En sus ojos había una mirada salvaje.

—¿No hay curación? ¿*Cualquier cosa*?

Parecía que Ball miraba a Pareti con repugnancia mal disimulada.

—Lloriquear no le servirá. Tal vez nada le sirva. Tengo entendido que el Caso V trató de aplazar los efectos cuanto le fue posible, con fuerza de voluntad, concentración... o alguna ridiculez similar.

—¿Sirvió de algo?

—Por algún tiempo, tal vez. Nadie pudo estar seguro. En cualquier caso, fue estrictamente una conjetura; la enfermedad terminó dominándole.

—*Pero ¿es posible?*

Ball gruñó:

—Sí, míster Pareti, es posible. —Movié la cabeza intentando comprender cómo reaccionaba Pareti—. Recuerde, ninguno de los casos se parecía a los

otros. Ignoro qué esperanzas puede usted albergar, pero sean las que fuesen, serán inusitadas.

Pareti se levantó.

—Lucharé. No se apoderará de mí como de los otros.

Ball le miró con expresión de disgusto.

—Lo dudo, Pareti. No he conocido a ninguno de los otros, pero por lo que he leído sobre ellos, eran hombres mucho más fuertes que usted.

—¿Por qué? ¿Sólo porque estoy impresionado?

—No. Porque se lamenta.

—¡Es usted la madre más despiadada que he conocido!

—No me puedo fingir apenado porque haya contraído la enfermedad de Ashton. Ha jugado y ha perdido. Deje de lloriquear.

—Ya lo ha dicho antes, doctor Ball.

—¡Ahora lo repito!

—¿Es todo lo que tiene que decirme?

—Sí, eso es todo —repuso el doctor Ball—, pero no para usted, estoy seguro.

—Pero, ¿está seguro de que no tiene nada más que decirme?

Ball asintió, con la insípida sonrisa del médico. Aún sonreía cuando Pareti dio dos pasos rápidos y hundió un puño en el estómago del médico, justo debajo del corazón. Los ojos de Ball parecieron hincharse casi como los del «goo», y su rostro adquirió el tono gris de su bata de laboratorio. Pareti le agarró el mentón con la mano izquierda y le propinó un derechazo en la nariz.

Ball se desplomó hacia atrás y golpeó el armario de instrumentos, rompiendo el cristal con estruendo. Resbaló hasta el suelo, todavía consciente, pero con tremendos dolores. Miró fijamente a Pareti mientras éste se volvía hacia la puerta. Pareti le observó un momento por encima del hombro, sonriendo por primera vez desde que entrara en la enfermería.

—Tiene usted una bonita manera de tratar a los enfermos, doctor.

Entonces se marchó.

Se vio obligado a abandonar la Torre de Texas antes de una hora, pues así

lo prescribía la ley. Le dieron un recibo por la paga de nueve meses que había estado cumpliendo. También recibió una espléndida prima de despido. Aunque todo el mundo sabía que la enfermedad de Ashton no era contagiosa, cuando pasó por delante de Peggy Flinn, en su camino hacia la salida, ella le miró tristemente y le dijo adiós, pero no quiso besarle. Parecía acobardada.

—Putá —murmuró Pareti, pero ella le oyó.

Utilizó un ascensor de la compañía, para quince pasajeros, con dos azafatas, un salón, un cine y un pequeño billar. Antes de permitirle la entrada, el superintendente del Proyecto, jefe de la Torre de Texas, le habló:

—Su enfermedad no es contagiosa; sólo es desagradable e imprevisible; así me lo han dicho. Técnicamente no hay cuarentena; puede ir adonde le plazca; pero si es realista comprenderá que su presencia en las ciudades de la superficie no sería bien recibida. De todos modos, se perderá muy poco... toda la actividad está bajo tierra.

Pareti asintió en silencio. Había superado su reacción anterior. Ahora estaba resuelto a luchar contra la enfermedad con toda la fuerza de su voluntad.

—¿Es eso todo? —preguntó al superintendente.

El hombre asintió y le alargó la mano.

Pareti vaciló un momento y después se la estrechó.

Cuando Pareti bajaba por la rampa, hacia el ascensor, el superintendente le llamó:

—¡Eh, Pareti!

Joe se volvió.

—Gracias por derribar a ese bastardo de Ball. He deseado hacerlo durante seis años —dijo sonriendo.

Joe le correspondió con una sonrisa valiente y tímida, se despidió de sí mismo y entró en el ascensor que le llevaría al mundo real.

Tenía libertad para ir adonde quisiera. Escogió Piritas Orientales. Si iba a emprender una nueva vida con el dinero que había ahorrado durante los tres años de trabajo en los bancos de «goo», por lo menos lo haría después de un

largo permiso. Hacía nueve meses que no estaba en ningún lugar excitante (desde luego no podía calificarse de excitante a Peggy Flinn, con su pecho plano) y disponía de tiempo suficiente para divertirse antes de establecerse.

Una de las azafatas, que llevaba una escotada blusa y una falda muy corta, se detuvo junto a su asiento y le sonrió.

—¿Le apetece una bebida?

Pero Pareti no pensaba en licores. La muchacha era un ejemplar de pecho turgente y largas piernas, con cabello color turquesa claro. Pero sabía que le habían informado sobre su enfermedad y que su reacción sería la misma que la de Peggy Flinn.

Él le sonrió a su vez, pensando en lo que le gustaría hacer con ella, en el caso que se mostrara razonable. La chica le cogió de la mano y le llevó a uno de los lavabos. Le hizo entrar, corrió el cerrojo y se desnudó. Pareti estaba tan sorprendido que dejó que ella le desnudara. El cuarto de baño era diminuto, pero la azafata poseía imaginación, por no mencionar su flexibilidad.

Cuando todo acabó, el rostro de la muchacha se sonrojó, en su garganta se percibían pequeños mordiscos de amor de color púrpura y tenía los ojos casi febriles; murmuró algo como que había sido incapaz de resistirse a él, cogió todas sus ropas y, sin ponérselas siquiera, llena de tremendo embarazo, salió rápidamente del lavabo, dejándole allí, con los pantalones alrededor de los zapatos.

Pareti se miró al espejo. Otra vez. Parecía no hacer otra cosa que mirarse al espejo aquel día. Se vio a sí mismo, al calvo Pareti. Tuvo la repentina y agradable impresión de que de cualquier manera que la infección del «goo» le atacara, le haría probablemente irresistible a las mujeres. Y en este momento, en el fondo de su corazón, ya no maldijo al «goo».

Tuvo felices sueños sobre las alegrías y delicias que le esperaban si el «goo», por ejemplo, le convirtiera en un ser tan grande como un caballo, o si acentuara esta ya obvia atracción que las mujeres sentían hacia él, o si...

Volvió a la realidad.

No, no, gracias. Esto era exactamente lo que les había ocurrido a los otros cinco. Se habían dejado dominar por el «goo», que había hecho con ellos lo que había querido. Bien, él iba a luchar, a evitar que le invadiera desde la

punta de su calva cabeza hasta las plantas de sus pies sin callos.

Se vistió.

Desde luego que no. No disfrutaría de más uniones sexuales como la que acababa de tener. Y se le hizo evidente que, fuera lo que fuese lo que el «goo» había hecho en las ondas de atracción de su personalidad, también había acentuado sus percepciones en esta área. Había sido mejor que nunca.

Iba a divertirse un poco en Piritas Orientales, y después compraría un pedazo de tierra en la superficie; encontraría a la mujer adecuada, se establecería y obtendría un buen puesto en una de las compañías.

Volvió a la cabina del ascensor. La otra azafata estaba de servicio. No dijo nada, pero la que había llevado a Pareti a los lavabos no apareció durante el resto del vuelo; su sustituta no dejaba de mirar a Joe, como si quisiera comerle con sus pequeños dientes.

Piritas Orientales, Nevada, estaba situada a ciento cincuenta kilómetros al sur de las ruinas radiactivas de la ciudad que se había llamado Las Vegas. También estaba a cinco mil metros por debajo de ella. Se la consideraba una de las maravillas del mundo. Su devoción al vicio era obsesiva, casi equivalente a un impulso puritano hacia el placer. En Piritas Orientales se había acuñado la frase: «El placer es un deber muy serio que nos ha impuesto el mundo.» En Piritas Orientales se habían resucitado los antiguos cultos a la fertilidad. Pareti comprobó que era cierto cuando salió del ascensor, en la planta setenta bajo tierra. En el centro de la confluencia de la avenida Dude y el bulevar Gold Dust se desarrollaba una pelea en masa de cincuenta miembros masculinos de los Ishtar Boppers y diez bellas muchachas de las Swingers de Cibeles.

Evitó cuidadosamente al gentío. Parecía divertido, pero no tenía intención de ayudar al «goo» a apoderarse de él.

Llamó un taxi y se quedó contemplando el panorama. En el Templo de los Extranjeros servían las hijas vírgenes de los principales habitantes de la ciudad. En el Patio del Sol se ejecutaba públicamente a los culpables de impiedad; la cristiandad no estaba bien considerada. No era divertida.

Seguía conservándose la vieja tradición de juegos de azar de Nevada, pero ahora era más complicada y extensa. En Piritas Orientales el refrán «Puedes apostar tu vida», tenía un significado real y siniestro.

Muchas de las prácticas de Piritas Orientales no eran constitucionales; algunas no eran plausibles: mientras que otras resultaban francamente inconcebibles.

A Pareti le gustó en seguida.

Eligió el hotel Combinación Alrededor del Mundo, contiguo a la Sala de Perversiones y frente a la extensión verde del Jardín de las Torturas. En su habitación se duchó, se cambió y trató de decidir lo que haría primero. Cenaría en el Matadero, naturalmente. Después, tal vez un poco de ejercicio en la fresca penumbra del Club de Baños de Fango; y después...

De pronto se dio cuenta que no estaba solo. Alguien o algo se hallaba en la habitación con él.

Miró en torno suyo. En apariencia no vio nada extraño, excepto que hubiera jurado que había puesto la chaqueta sobre una silla. Ahora estaba sobre la cama, junto a él.

Después de un momento de vacilación, alargó la mano para recoger la chaqueta. La prenda se apartó de él.

—¡Intenta atraparme! —dijo con voz tímida e insípida.

Pareti lo intentó, pero la chaqueta siguió alejándose.

Pareti la miró fijamente.

¿Alambres? ¿Magnetos? ¿Una broma de la dirección del hotel? Sabía instintivamente que no encontraría una explicación racional de por qué la chaqueta se movía y hablaba. Apretó los dientes y la siguió.

La chaqueta se alejó, riendo, volando como un murciélago. Pareti la acorraló detrás del dispositivo de masaje de la habitación, y logró agarrar una manga. «Tengo que mandar esta maldita prenda a limpiar y quemar», pensó como un demente.

La chaqueta permaneció inmóvil un momento. Entonces se enrolló y acarició su palma de la mano.

Pareti rió involuntariamente, y después tiró la prenda y salió corriendo de la habitación. Mientras bajaba con el ascensor hacia la calle, comprendió que

aquél había sido el verdadero comienzo de la enfermedad. Había alterado la relación entre él y una prenda de vestir. Un objeto inanimado. El «goo» se volvía más atrevido.

¿Qué haría la próxima vez?

Se daba prisa, pero no sabía adónde se dirigía. El temor le dominaba como una segunda piel. Aquello de lo que escapaba se hallaba en su interior, latiendo y creciendo dentro de él, corriendo con él, quizá adelantándose a él. Pero el vacío ritual de la huida le calmó y le permitió pensar mejor.

Se sentó en un banco del parque bajo una farola púrpura de forma obscena. Los letreros de neón eran llamativos y alegres. Se trataba de un lugar silencioso (excepto por el Muzak); se hallaba en la plaza Hangover, famosa en todo el mundo. No se oía nada (excepto el Muzak y los gemidos de un turista que provenían de los matorrales).

¿Qué podía hacer? Podía resistir, podía alejar los efectos de la enfermedad de Ashton por concentración...

Un periódico voló a través de la calle y se pegó alrededor de su pie. Pareti trató de arrancarlo. Se adhirió al pie y oyó un susurro:

—Por favor, oh por favor, no me rechaces.

—¡Aléjate de mí! —aulló Pareti.

De repente se sintió aterrado; vio doblarse el diario mientras trataba de desabrocharle los cordones de los zapatos.

—Quiero besarte los pies —rogó el periódico—. ¿Es eso tan terrible? ¿No está bien? ¿Soy tan feo?

—¡Vete! —gritó Pareti, tirando del diario, que había adoptado la forma de dos labios blancos gigantesco.

Un hombre pasó por su lado, se detuvo, le miró fijamente y dijo:

—Jim, es el truco más extraño que he visto en mi vida. ¿Lo hace usted como espectáculo o sólo para divertirse?

—Visionario —silbó el periódico, y se alejó por la calle.

—¿Cómo lo controla? —preguntó el hombre—. ¿Tiene controles especiales en el bolsillo?

Pareti meneó la cabeza. De pronto se sentía muy cansado. Preguntó:

—¿De verdad le ha visto besarme el pie?

—Desde luego que lo he visto —dijo el hombre.

—Tenía la esperanza que sólo fuera una alucinación —repuso Pareti.

Se levantó del banco y se alejó con paso inseguro, sin apresurarse.

No tenía ninguna prisa por conocer la siguiente manifestación de la enfermedad de Ashton.

En un oscuro bar bebió seis raciones y tuvo que ser llevado a un vomitorio público que había en la esquina. Maldijo a los empleados que le revivieron; por lo menos, cuando estaba borracho no tenía que competir con el mundo que le rodeaba por la posesión de su cordura.

En el Taj Mahal jugó a las chicas, apuntando mal adrede cuando tiraba las dagas y cuchillos a las alcahuetas que giraban con rapidez en la rueda gigante. Cercenó la oreja de una rubia, colocó uno entre las piernas de una morenita y falló por completo en los demás disparos. Le costó setecientos dólares. Gritó que era un fraude y le echaron a la calle.

Un cambiador de cabezas se le acercó en la Leopold Way y le ofreció las indescriptibles delicias de una operación ilegal de cambio de cabeza por un médico que era «limpio y muy decente». Gritó llamando a la policía y el pequeño rufián se escabulló entre la multitud.

El conductor de un taxi le sugirió el Valle de Lágrimas, y aunque sonaba muy miserable dejó que le llevara allí. Cuando entró en el lugar (que estaba en el nivel ochenta y uno, un sector muy pobre, de fétidos olores y mortecinas luces en la calle) supo en seguida para qué servía. Era una necrópolis. El olor de cadáveres amontonados llegó hasta él y le produjo náuseas.

Sólo se quedó una hora.

Había locales de bayaderas, cerdos ciegos, bares alucinógenos y una gran cantidad de manos tocándole y tocándole.

Finalmente, después de mucho rato, se encontró de nuevo en el parque donde el periódico le había seguido. No sabía cómo había llegado allí, pero

llevaba tatuada una mujer enana, de setenta años de edad, desnuda en el pecho.

Caminó a través del parque, pero vio que había tomado un sendero muy poco prometedor. Los cornejos hembra le susurraban y le acariciaban los hombros: el musgo español cantaba un fandango; un sauce enamorado le empapó de lágrimas. Echó a correr, en un intento por escaparse de las impertinencias de los cerezos, la ingenua charla de la artemisa y la languidez del álamo. A través de él, su enfermedad actuaba sobre los alrededores. Estaba infectando los lugares por donde pasaba; no, no era contagioso para los humanos; diablos no, era todavía peor que eso: ¡era contagioso para el *mundo inanimado*! Y el mundo alterado le amaba e intentaba conquistarle. Era como un dios, un Motor Inmutable, incapaz de comunicarse con sus involuntarias creaciones. Intentó dominar el pánico y escapar a las pasiones de un mundo repentinamente retorcido.

Pasó ante una pandilla de vagabundos, que se ofrecieron a limpiarle el traje de hojas por un módico precio, pero él se negó y siguió adelante.

Llegó al Sade Boulevard, pero ni siquiera aquí encontró un descanso. Oía las pequeñas piedras del pavimento que susurraban:

—¡Mira, es guapísimo!

—Olvídalo, no te mirará nunca.

—¡Eres una perra viciosa!

—¡Te digo que nunca te mirará!

—Claro que lo hará. Eh, Joe...

—¿Qué te decía? ¡Ni siquiera te ha mirado!

—Pero lo hará. Joe, Joe, soy yo, estoy aquí...

Pareti giró en redondo y gritó:

—Que yo sepa, una piedra del pavimento es exactamente igual a otra. Cuando has visto una, las has visto todas.

Eso las hizo callar, ¡gracias a Dios! Pero ¿qué era aquello?

Por encima de su cabeza, un letrero de neón sobre la entrada de Sex City empezó a brillar furiosamente. Las letras se retorcieron y formaron un nuevo mensaje: «¡Soy un letrero de neón y adoro a Joe Pareti!»

Se había congregado un gran gentío que observaba el fenómeno.

—¿Quién demonios es Joe Pareti? —preguntó una mujer.

—Una víctima del amor —le contestó Pareti—. Pronuncia el nombre en voz baja; el próximo cadáver que veas puede ser el tuyo.

—Está usted chalado —dijo la mujer.

—Me temo que no —replicó Pareti con educación—. Es cierto que la locura es mi ambición, pero no me atrevo a esperar la dicha de alcanzarla.

Se quedó mirándole mientras él abría la puerta y entraba en Sex City. Pero no pudo creer lo que veían sus ojos cuando el pomo de la puerta le acarició juguetonamente el trasero.

—Le explicaré de qué se trata —le dijo el vendedor—. La realización no es un problema; lo difícil es desear, ¿no lo cree así? Los deseos mueren al ser realizados y deben reemplazarse por otros deseos nuevos y diferentes. A mucha gente le gustaría tener deseos, pero no pueden lograrlo por haber vivido demasiado tiempo en los Estrechos. Pero aquí, en el Centro de Implantación de Impulsos, podemos hacer que le guste cualquier cosa que desee le gustara.

Había agarrado la manga de Pareti con un palo para turistas, que tenía una empuñadura de goma al final de una barra telescópica; se usaba para detener a los turistas que pasaban por la arcada de Servicios Extraños, y acercarlos a facilidades específicas.

—Gracias. Lo pensaré —dijo Pareti, intentando, sin mucho éxito, desasirse del palo.

—¡Espere, Jim, espere! Tenemos una tarifa muy barata, una verdadera ganga. ¡Sólo durante la próxima hora! Suponga que le damos pedofilia, un deseo de primera clase que todavía no ha sido explotado completamente; o bien bestialidad... o *ambos* por el precio especial...

Pareti logró liberar su manga y se apresuró a lo largo de la arcada sin mirar atrás. Sabía que nadie debía dejar que los operadores callejeros le hiciesen una implantación de impulsos. Un amigo suyo había cometido este error mientras estaba de permiso de una de las Torres de Texas; le habían implantado una pasión por la arena, y murió después de tres horas

indudablemente deliciosas.

La arcada rebosaba de gente. Los gritos y las risas de los que pasaban allí el fin de semana se elevaban hacia la bóveda central de iluminación, siempre cambiante, mientras los surtidores emitían agradables e incesantes chorros de humo azul de marihuana. Necesitaba silencio; necesitaba soledad.

Se metió en una cabina de fantasmas. Las relaciones sexuales con fantasmas eran ilegales en algunos estados, pero la mayoría de los médicos estaban de acuerdo en que no era perjudicial si uno se lavaba después el residuo ectoplasmático con una solución de alcohol al treinta por ciento. Naturalmente, era más arriesgado para las mujeres (vio una cabina de ducha y bidet al otro lado de la arcada y se maravilló momentáneamente de la eficiencia de la oficina «para una vida mejor» de Piritas Orientales; cuidaban de todas las exigencias).

Se apoyó en la oscuridad y oyó el comienzo de un fino y fantasmal lamento...

Entonces se abrió la puerta de la cabina. Una empleada uniformada le preguntó:

—¿Míster Joseph Pareti?

Pareti asintió.

—¿Qué pasa?

—Siento molestarle, señor. Una llamada para usted.

Le alargó el teléfono, le acarició el muslo y se fue, cerrando la puerta. Pareti cogió el teléfono y oyó un zumbido. Se lo acercó a la oreja.

—¿Diga?

—¡Oiga!

—¿Quién es?

—Es tu teléfono, estúpido. ¿Quién creías que era?

—¡No puedo resistirlo! ¡Deja de hablar!

—Hablar no es difícil —dijo el teléfono—. Lo peor es encontrar algo que decir.

—Bueno, ¿qué quieres decir?

—No gran cosa. Sólo quería que supieras que en algún sitio y de algún modo, Bird existe.

—¿Bird? ¿Bird, qué más? ¿De quién demonios hablas?

No hubo respuesta. El teléfono había colgado.

Él colgó también y se recostó de nuevo, pidiendo a Dios un poco de calma y tranquilidad. El teléfono sonó otra vez, casi inmediatamente. No lo descolgó hasta que empezó a zumbar. Se lo acercó de nuevo a la oreja.

—¿Diga?

—¡Oiga! —dijo una dulce voz.

—¿Quién es?

—Es tu teléfono, Joe, cariño. Ya llamé antes. Pensé que esta voz te gustaría más.

—¿Por qué no me dejas solo? —casi sollozó Joe.

—¿Cómo podría hacerlo, Joe? —preguntó el teléfono—. ¡Te amo! Oh, Joe, Joe, he intentado agradarte. Pero eres tan raro, cariño, que no lo entiendo. ¡Era un cornejo hembra *realmente* bonito, y apenas me miraste! ¡Me convertí en periódico y ni siquiera leíste lo que *escribí* sobre ti, ingrato!

—Eres mi enfermedad —dijo Pareti—. ¡Déjame solo!

—¿Yo? ¿Una enfermedad? —preguntó el teléfono, con una nota ofendida en la voz sedosa—. Oh, Joe, querido, ¿cómo puedes decirme eso? ¿Cómo puedes fingir indiferencia después de todo lo que hemos sido el uno para el otro?

—No sé de qué estás hablando —dijo Pareti.

—¡Sí que lo sabes! Venías a mi encuentro cada día, Joe, en el cálido mar. Entonces yo era muy joven y algo tonta; no lo comprendía; trataba de esconderme de ti. Pero me sacaste del agua; me llevaste contigo; fuiste paciente y amable, y poco a poco crecí. A veces incluso intenté subir serpenteando por la pértiga y besarte los dedos...

—¡Basta! —Pareti sintió que sus nervios vacilaban, era una locura, todas las cosas se convertían en otras distintas, el mundo y la cabina daban vueltas—. Te has equivocado en todo...

—¡No lo he hecho! —exclamó el teléfono con indignación—. Me llamabas nombres bonitos, ¡era tu maldito «goo»! Lo admito, he tratado a otros hombres antes que a ti, Joe. Pero tú también trataste a otras mujeres antes de que nos conociéramos, así que no debemos reprocharnos por nuestro

pasado. Pero incluso con los otros cinco que traté, nunca fui capaz de convertirme en lo que quería ser. ¿Comprendes la frustración que eso significaba para mí, Joe? ¿Puedes comprenderlo? Tenía la vida entera por delante y no sabía qué hacer con ella. Ya sabes que mi forma es mi carrera, y me sentía confusa, hasta que te conocí... Perdona que hable tanto, cariño, pero ésta es la primera oportunidad que hemos tenido para hablar en serio.

A pesar de este loco enredo, Pareti lo vio todo claro y lo comprendió. Habían subestimado al «goo». Era un organismo joven, silencioso, pero no carente de inteligencia, formado por los poderosos deseos que poseía, como todas las demás criaturas vivas. *Tener forma*. Se estaba transformando... ¿en qué?

—Joe, ¿qué piensas? ¿En qué te gustaría que me convirtiera?

—¿Podrías transformarte en una muchacha? —preguntó Pareti, tímidamente.

—Me temo que no —dijo el teléfono—. Lo he intentado algunas veces; también intenté convertirme en perro y en caballo. Creo que hice un trabajo muy chapucero, y, de cualquier modo, no dio resultado. Quiero decir que no era yo. ¡Pero nombra cualquier otra cosa!

—¡No! —bramó Pareti. Durante un momento le había seguido la corriente. La locura intermitente actuaba.

—Podría convertirme en una alfombra para tus pies, o si crees que esto es demasiado, me convertiré en tu ropa interior...

—¡Maldita seas! ¡Yo no te quiero! —aulló Pareti—. ¡No eres más que un horrible «goo» gris! ¡Te detesto! Eres una enfermedad... ¿Por qué no te vas y amas a alguien como tú?

—No hay nadie como yo, excepto yo misma —sollozó el teléfono—. Y, por otra parte, te amo a ti.

—Pues a mí me importa un comino.

—¡Eres cruel!

—Eres apestosa y fea; no te amo, ¡*nunca* te he amado!

—No digas eso, Joe —advirtió el teléfono.

—¡Lo digo! ¡Nunca te amé, *sólo* te usé! No quiero tu amor, tu amor me produce náuseas, ¿entiendes?

Esperó una respuesta, pero se hizo un silencio repentino y ominoso. Luego oyó la señal para marcar. El teléfono había colgado.

Ahora Pareti ha regresado al hotel. Está sentado en su habitación bordada, astutamente construida para los equivalentes mecánicos del amor. Sin ninguna duda, es digno de ser amado, pero no siente amor. Esto es evidente para la silla, la cama y la lámpara del techo. Incluso el escritorio, que no es un buen observador, se da cuenta que Pareti no ama.

Es más que triste; es molesto. Es más que molesto: es odioso. Amar es un mandato, no ser amado es insoportable. ¿Puede ser cierto? Sí, lo es; Joe Pareti no ama a su enamorada.

Joe Pareti es un hombre. Es el sexto hombre que rechaza el amor de la enamorada. Los hombres no aman: ¿acaso puede alguien discutir este silogismo? ¿Puede esperarse de una pasión frustrada que posponga el juicio por más tiempo?

Pareti levanta la vista y ve el espejo dorado de la pared de frente a él. Se acuerda de aquel espejo que condujo a Alicia al País de las Maravillas, y a Orfeo al infierno; lo que Cocteau llamaba las puertas de entrada al infierno.

Se pregunta qué es un espejo. Se contesta que un espejo es un ojo que espera a que alguien se mire en él.

Mira el espejo y se encuentra a sí mismo mirando *fuera* del espejo.

Joe Pareti tiene cinco ojos nuevos. Dos en las paredes del dormitorio, uno en el techo, uno en el cuarto de baño y uno en el salón. Mira a través de sus nuevos ojos y ve nuevas cosas. Allí está el diván, una amante criatura triste. Medio visible está la lámpara de pie, con su cuello denotando furia. Allí, la puerta del armario, muda de rabia.

El amor siempre implica un riesgo; pero el odio es un peligro mortal.

Joe Pareti mira fuera de los espejos y se dice a sí mismo: «Veo a un hombre sentado en una silla, y la silla le está mordiendo la pierna.»

LA TERCERA MANO

Dean R. Koontz

Cuando la SF se adentra en el terreno de lo policíaco, el resultado, aunque a menudo trivial, puede ser particularmente excitante.

Ti había nacido sin brazos y sin piernas, pero con un cerebro muy superior al normal, que le permitió enfrentarse con una poderosa organización criminal gracias a su prodigiosa mano secreta: la mano de la mente.

Timothy no era un ser humano. Bueno, no del todo. En efecto, si en la definición del cuerpo humano tenemos que incluir los brazos y las piernas, Timothy no podía considerarse como tal, ya que carecía de estos miembros. Si en dicha definición tenemos que admitir que una persona está dotada de dos ojos, tampoco Timothy podía considerarse como un ser humano, ya que sólo tenía uno, e incluso este ojo estaba situado en una posición fuera de lo corriente: lo tenía más cerca de la oreja izquierda de lo que suele estar el ojo de un ser humano normal, y tres centímetros más bajo de lo usual en su enorme cráneo. Luego estaba su nariz. Carecía totalmente de cartílago. La única muestra de su presencia eran dos boquetes que desempeñaban el papel de los orificios nasales de un ser normal, situados más o menos en el centro de su deforme y huesuda cabeza. Luego estaba su piel, que era amarillenta como la cera, igual que algunas frutas artificiales, y rústica. Estaba recubierta de grandes e irregulares poros que parecían oscuros orificios tapados con sangre seca. En cuanto a sus orejas, estaban muy aplastadas contra su cabeza y eran algo puntiagudas, como las de un lobo. También presentaba otras peculiaridades que, de ser examinadas más atentamente, se apartaban de lo normal, como, por ejemplo, sus cabellos (de una textura completamente diferente de cualquier raza humana), sus pezones (que eran ligeramente cóncavos en lugar de convexos) y sus genitales (los de un varón, pero encerrados en una especie de saco exactamente por debajo de su ombligo y no entre sus truncadas piernas). Sólo en un aspecto Timothy podía considerarse, aunque muy remotamente, como un ser humano: su cerebro. Pero incluso en esto no era completamente normal, ya que su coeficiente de inteligencia estaba ligeramente por encima de 250.

Timothy había sido el producto de las Matrices Artificiales, un proyecto militar estrictamente secreto encaminado a producir seres utilizables como armas de guerra, seres dotados de habilidades *psiónicas* con los que se pretendía vencer a los chinos. Pero cuando productos tales como Timothy salieron de las Matrices, los científicos y militares relacionados con dicho proyecto bélico se llevaron las manos a la cabeza y se resignaron a ser víctimas una vez más de la repulsa pública.

Timothy fue encerrado en una casa especial destinada a los productos subhumanos de las Matrices Artificiales donde se esperaba que moriría dentro de cinco años. Pero al tercer año de residencia en este lugar se dieron cuenta que Timothy (era el nacimiento «T» en la quinta de las series alfabéticas, de ahí el nombre que le dieron) era algo más que un simple vegetal. Mucho más. Ocurrió a la hora de la comida. La enfermera estaba dándole el sustento nutritivo con una cuchara y limpiándole los labios y las mejillas de las gotas de alimento cuando Timothy se movía. En ese instante entró en la sala otra de las «criaturas». Entonces la enfermera corrió a ayudar a un doctor que estaba inyectando un sedante a uno de aquellos monstruos, dejando solo y hambriento a Timothy. Debido a que aquella tarde hubo un cursillo de entrenamientos para las nuevas enfermeras, se habían olvidado inadvertidamente de darle la comida anterior. Como consecuencia de ello, Timothy estaba famélico. Se puso a gritar llamando a la enfermera, pero ella no le oyó. Entonces, furioso, se revolcó en la cama; pero como carecía de piernas y brazos, no pudo conseguir apoderarse de la taza de alimento que se hallaba sobre la mesa, cerca de su cama, aparte que no estaba al alcance de la vista de su único y desplazado ojo. Entonces ocurrió algo fantástico. Timothy hizo parpadear su único ojo, intentó mirar de soslayo y, ¡consiguió que la cuchara se elevara sin tocarla! Luego la hizo levitar en dirección a su boca, la llenó de alimento y volvió a introducirla en la taza para obtener más comida. Cuando estaba deglutiendo su sexta cucharada, regresó la enfermera. Ésta, al ver lo que estaba sucediendo, se desmayó.

Aquella misma noche, Timothy fue retirado de la sala.

Rápidamente.

No sabía dónde pensaban llevarle. En realidad, habiendo carecido

siempre de casi todo estímulo sensorial y con el nivel mental correspondiente a un niño de tres años de edad, ni siquiera se preocupó por ello. Sin estímulo propio, nunca había podido desarrollar procesos mentales lógicos y racionales. No comprendía nada más allá de sus propias necesidades básicas, las necesidades de su cuerpo: hambre, aire, agua, excreción. Nunca se le ocurrió preguntarse adónde le llevaban; si es que sabía que le llevaban a algún sitio.

Pero no lo ignoró durante mucho tiempo. Los militares estaban ansiosos por obtener otro éxito (habían conseguido solamente dos), y por ello se apresuraron a desarrollar estas facultades tan extraordinarias que presentaba Timothy. Intentaron comprobar su nivel de inteligencia lo mejor que pudieron, y observaron que era ligeramente superior al normal. Aquello era una buena señal. Tenían miedo de perder el tiempo trabajando con un *psiónico* estúpido que no daría ningún resultado. A continuación, los computadores elaboraron un programa educativo adaptado exactamente a su caso. El programa se inició.

Se esperaba que pudiera hablar a los siete meses.

Timothy comenzó a hablar a las cinco semanas.

Se esperaba que fuera capaz de leer en un año y medio.

Timothy comenzó a leer a los tres meses.

No se extrañaron que su CI se elevase cada día más. Un CI está basado en lo que un individuo ha aprendido y en lo que sabe por instinto. Cuando se analizó por primera vez a Timothy, se comprobó que no había aprendido absolutamente nada. Su nivel de inteligencia, ligeramente por encima de lo normal, era debido exclusivamente a lo que sabía por instinto. El interés por el proyecto aumentó hasta que Timothy alcanzó un CI de 250. Habían pasado ahora dieciocho meses desde que hiciera levitar su cuchara. Devoraba los libros. Durante dos semanas estudió textos de física avanzada, y durante un mes la literatura británica del siglo XIX. Pero los militares no se preocupaban por esto. No esperaban que resultase un especialista en estas materias. Lo único que querían era que fuese educado y conversador. Al cabo de dieciocho meses, los militares creyeron que Timothy había conseguido estas dos cualidades. Por consiguiente, pensaron en otros planes...

Adiestraron sus habilidades *psiónicas* con el fin de desarrollarlas. La mente de los militares estaba llena de fantasías. Soñaban que Timothy sería capaz de destruir el ejército chino utilizando su poder *psiónico*. Pero los sueños sólo son sueños. Pronto se convencieron con tristeza que los poderes *psiónicos* de Timothy eran extremadamente limitados. La cosa más pesada que podía hacer levitar era una cuchara llena de salsa. Y su radio de actuación era únicamente de treinta metros. En una palabra, como superarma aquello había resultado un fracaso.

La reacción de los generales fue algo más que de frustración y de contrariedad. Una vez pasados los primeros momentos de desencanto, albergaron un fuerte deseo de venganza. Optaron por diseccionar a Timothy para descubrir qué marchaba mal en lo concerniente a su habilidad.

Afortunadamente para él, la guerra acabó aquella semana.

Los bioquímicos llegaron a la conclusión de que la búsqueda del arma había finalizado. En última instancia las Matrices Artificiales habían demostrado ser ineficaces. La última arma utilizada fue un virus que se lanzó sobre el territorio chino más o menos al mismo tiempo que los generales descubrían las limitaciones de Timothy. Antes de contenerlo, el virus había aniquilado aproximadamente la mitad de la población masculina china (se habían llevado a cabo las necesarias operaciones para que este virus afectase solamente ciertas combinaciones de cromosomas de la raza mongoloide), obligando al enemigo a rendirse.

Así, los planes para diseccionar a Timothy fueron abandonados. Las Matrices Artificiales se pusieron bajo el control de los bioquímicos, y el proyecto quedó anulado. Los bioquímicos se hallaban fascinados con Timothy. Durante tres semanas, fue exhaustivamente examinado y reexaminado. Timothy dio tantas demostraciones de hacer levitar una cuchara que ya las veía flotar hasta en sueños. También oyó ciertas discusiones de los bioquímicos sobre «qué podría haber dentro de su cerebro y qué aspecto tendría éste». Fueron tres semanas espantosas para él.

Pero al final los bioquímicos desecharon satisfacer su curiosidad a este respecto. Por motivos desconocidos, parte de esta historia llegó a la prensa, y la noticia respecto a que había un individuo capaz de hacer levitar una

cuchara sin tocarla produjo un efecto sensacional en los periódicos durante tres días. En la excitación de estos tres días, el principal departamento del Gobierno tomó cartas en el asunto y decidió hacerse cargo de este caso tan extraño. El senador Kilroy anunció que su departamento había decidido rehabilitar al joven y proveerle de manos artificiales y movilidad mediante un dispositivo electrónico. De nuevo la prensa publicó durante tres días consecutivos la sensacional noticia. Y así este inteligente senador y gran político fue el primero en interesarse en tan fabuloso proyecto.

Timothy (o «Ti» como ahora se llamaba, ya que desistió de adoptar un apellido después de conseguir la libertad) se hallaba en la terraza que sobresalía de la colina y observaba los pájaros que piaban ruidosamente en las ramas de los grandes pinos verdes que poblaban aquel montículo. Detrás de él se alzaba la casa que había construido con el dinero que le proporcionó la venta de sus dos libros: *Autobiografía de un rechazo* y *Un caso de nacimiento artificial*. Se trataba de un hermoso edificio erigido sobre las ruinas de un sótano donde se habían almacenado secretos militares durante la guerra revolucionaria probritánica. Ti adoraba la casa y todo lo que contenía, ya que ésta representaba el noventa por ciento de su mundo. El otro diez por ciento lo constituía su negocio. Como era muy astuto, su negocio marchaba bien. Utilizaba principalmente los beneficios en mantener la casa y comprar libros y películas para su sala privada de proyección. Había fundado y lanzado, gracias al dinero que le proporcionaron sus libros, el primer periódico destinado únicamente a su propia distracción. Nada de noticias. Sólo chismografía y chismografía y nada más que chismografía. Se trataba de un periódico de diez páginas, llenas de escándalos, que se distribuía a nueve millones de hogares exactamente a las ocho de la mañana y a las cuatro y media de la tarde. Pero en aquel momento, Ti no pensaba en su negocio sino que toda su atención se hallaba centrada en los pájaros que piaban abajo, en los pinos. Con su mano artificial izquierda apartó las ramas que le impedían ver una especie de ave verdaderamente rara. Aquella mano artificial de seis dedos, activada por un dispositivo electrónico cuyos cables estaban

conectados a unos electrodos situados en la palma, se había acercado lentamente a la rama con el fin de no asustar a los pájaros.

Pero las aves estaban alerta y se alejaron volando. Utilizando su limitado poder *psi*, Ti alcanzó los doscientos interruptores diminutos del módulo de control situado en el sistema electrónico que cubría sus truncadas piernas. Los interruptores, maniobrados por su poder *psi*, hicieron maniobrar a su vez sus manos permitiendo a Ti actuar a su antojo. Mediante este complicado mecanismo electrónico, y ahora que el extraño pájaro se había alejado, hizo que su mano izquierda volviese a la posición normal. Ésta se acercó a él y quedó colgando de su lado izquierdo, directamente desde el hombro del mismo lado, mientras que su mano derecha adoptaba la misma posición.

Ti miró su reloj y se sorprendió al ver que había pasado la hora de su charla de cada mañana con Taguster. Accionó los minúsculos interruptores, hizo girar su cuerpo y entró, por la puerta de la terraza, en el afelpado salón de estar. Atravesó la sala pisando la alfombra de piel y se sentó en una silla especial delante de un aparato receptor. Mindlink. Elevó una mano y se puso un casco reluciente, ajustándolo firmemente a su huesudo cráneo, mientras que con la otra movió unas palancas para poner en contacto su mente con el receptor situado en el salón de estar de la casa de Taguster. Durante un instante todo apareció borroso y Ti observó unas intensas rayas negras y grises. Su mente lanzó una onda a través del tendido de la empresa electrónica Mindlink, que conectaba a otras miles de mentes con otros tantos receptores, cubriendo los sesenta kilómetros que separaban a Ti de la ciudad y de la casa de Taguster. Las líneas negras y grises se movían vertiginosamente; luego desaparecieron para reaparecer finalmente con sus colores primitivos. Lo primero que vio Ti a través de la cámara receptora fue a Taguster muerto, apoyado contra la pared...

No. No estaba muerto. Ciertamente la sangre manaba de la cabeza del concertista de guitarra, pero la cabeza se movía. Taguster la inclinaba de un lado a otro en un estado de semiinconsciencia, pero la inclinaba de todas formas. Inmediatamente, Ti cogió el aparato emisor-receptor y manipuló en él mientras decía: «¡Lenny!»

Le resultaba casi imposible pensar que Taguster estuviese muerto,

mortalmente herido. Un buen amigo no muere nunca. ¡Nunca! Una vez más, horrorizado por la situación, Ti volvió a insistir.

—Lenny, ¿qué ha ocurrido?

Gracias al complicado mecanismo electrónico, Ti observó cómo Taguster elevaba un poco la cabeza y pudo comprobar que su amigo tenía un fino dardo clavado hasta la mitad en su garganta. Taguster trató de hablar, pero sólo pudo murmurar algo ininteligible.

¿Dardos? ¿Quién podría desear la muerte de Leonard Taguster? ¿Y por qué no le remataron?

El músico balbuceaba desesperadamente, como si necesitase comunicarle algo. La mente de Ti se concentró más aún en el complicado aparato, tratando de liberarse y disipar su carga emocional. Luchaba contra un pánico espantoso que le dominaba, y era consciente de ello. Taguster quería decirle algo. ¿Pero cómo podía hacerlo con su pálida garganta destrozada? No podía hablar, era imposible que pudiese hacerlo en aquellas condiciones. Y por lo que se apreciaba, el dardo había sido clavado de tal forma que era imposible que Taguster pudiese caminar; parecía que le hubiera dejado paralizado. Entonces Ti observó que Taguster intentaba dirigir una mano hacia la pared, como si pretendiera escribir algo en ella. Esto le dio una idea. Dirigió el foco de su aparato electrónico de forma que las cámaras captasen la mayor parte posible de la habitación donde se hallaba Taguster. Había una mesa con varios útiles de escritorio encima de la misma. La mesa se hallaba a unos veinte pies de la pared. Pero un receptor no era portátil, y Taguster no podía moverse. Entonces Ti pensó en abandonar el aparato electrónico y llamar a la policía desde su casa. Pero en la mirada de Taguster observó que no viviría mucho, que no le daría tiempo a la policía para acudir en su ayuda. ¡Y las ansias de Taguster de comunicarle algo eran demasiado intensas para ignorar aquella extraña situación!

Ti nunca había pensado en llevar a cabo el experimento de comprobar si su poder *psi* podría viajar con su mente mediante su mecanismo electrónico. ¡Y decidió intentarlo! Concentró la mirada de sus ojos, que nunca tuvo (no podía llamarse ojos a sus cámaras electrónicas, y su globo ocular se hallaba en casa, incrustado en su deforme cabeza), y forzó sus energías *psi* a

acercarse a la mesa. Lo logró. Luego intentó hacer levitar un lápiz. También lo consiguió, ¡pero se cayó al suelo! Hizo un esfuerzo supremo, lo volvió a levitar y lo dirigió hacia donde se encontraba su amigo. Le pareció que estaba sudando.

Taguster cogió el lápiz y lo sostuvo en la mano; daba la impresión de no saber qué hacer con el mismo. Tosió expulsando sangre por la boca y entonces abrió los ojos.

—Lenny —le dijo Ti—. Toma el lápiz y escríbelo. Escribe... lo que intentas decirme.

Taguster levantó la mirada, contempló la pantalla y pareció asentir con la cabeza. Alzó la mano y escribió en la pared lo siguiente: *Margle*. Las letras eran borrosas y mal trazadas, pero legibles.

—¿Qué significa esta palabra?

Taguster pareció quejarse y dejó caer el lápiz.

—¡Lenny!

Taguster volvió a mirar a la pantalla, cogió de nuevo el lápiz y escribió debajo de la palabra «Margle»: *Nombre*.

De modo que Margle era un nombre. Y ahora que la comunicación había podido ser establecida entre ambos, le pareció a Ti haber oído aquella palabra anteriormente en algún sitio, aunque no recordaba su fuente o contexto. Bueno, de todas formas, el músico había logrado escribir el nombre de su posible asesino. Entonces Ti creyó que había llegado el momento de llamar a la policía y comunicarle todo lo sucedido a su amigo. Pero, en ese instante, alguien gritó.

Era el grito de una mujer, agudo y penetrante. Al principio se oyó con mucha fuerza, pero luego disminuyó hasta convertirse en un balbuceo como los de Taguster, desapareciendo finalmente del todo. El grito procedía del dormitorio. Allí había también otro aparato electrónico receptor, por lo visto una extensión del de la sala de estar. Entonces Ti conectó su cámara electrónica con el aparato del dormitorio.

Era una mujer. Había intentado huir por la ventana, pero su vestido de noche se había enganchado en el cerrojo de la misma, inmovilizándola. Tenía tres dardos clavados en la espalda, y por su amarillo *negligée* se deslizaban

unas gotas de sangre roja, muy roja. Ti miró a la derecha, tratando de localizar al asesino. Por un momento pensó que éste había huido, pero luego comprobó que el asesino, después de haber herido a Taguster, fue en busca de la mujer para matarla antes de que pudiera huir. En aquel momento, la sangre había empapado su *negligée* y comenzaba a gotear sobre el suelo deslizándose desde el filo del ribete del lazo. Ti enfocó la cámara electrónica hacia la izquierda y vio al asesino. Y no era un hombre...

Era un Perro Policía. Su oscuro cuerpo metálico flotó en dirección a la puerta. Dirigía sus dos manos artificiales hacia delante, los dedos tensos, como si estuviese a punto de atrapar a alguien y estrangularlo. El tubo lanzador de dardos situado en su vientre sobresalía del mismo y parecía hallarse dispuesto para entrar en acción. Aquél era el asesino: un monstruo metálico en forma de bola, de unos quince kilos de peso; un computador que podía rastrear las huellas de un hombre simplemente por el olor, la vista, el tacto y el sonido. ¡Y solamente la policía los tenía!

¿Pero qué motivos había podido tener la policía para matar a Leonard Taguster? ¿Y por qué habían utilizado tan extraño artefacto para destruirle? ¿Por qué no le habían tendido una trampa, acusarle de algo, buscar pruebas falsas y después hacer que le mataran legalmente?

El Perro desapareció por la puerta que conducía a la sala, y entonces Ti recordó de repente que Taguster se hallaba tendido en el suelo del salón. ¡El Perro se dirigía allí para consumar su propósito! Los dardos estaban evidentemente envenenados, aunque, en general, los Perros Policía llevaban sólo narcóticos de defensa y captura. Ahora que la amante de Taguster no podía hacer nada, era cuestión de ocuparse rápidamente del guitarrista.

Ti interrumpió la conexión del dormitorio y volvió a concentrar su pensamiento en el receptor principal. Taguster continuaba en el suelo, apoyado contra la pared en la misma posición, todavía consciente, todavía balbuceando, tratando de decirle a Ti quién era Margle. ¡Pero el Perro se acercaba amenazador! Ti observó todos los rincones de la habitación intentando localizar un arma con qué defenderse.

El Perro atravesó el umbral y se dirigió hacia Taguster.

Ti encontró finalmente un objeto. Se trataba de una figura de bronce que

representaba a un campesino conduciendo una pequeña mula también de bronce; una baratija tallada a mano que Taguster había traído de un viaje que hizo a México. Elevó este objeto utilizando su poder *psi* y lo lanzó contra el Perro. La fisura de bronce rebotó en el cuerpo metálico del Perro y cayó al suelo sin haberle hecho el menor daño. El monstruo se dirigió hacia donde se encontraba Taguster con el tubo lanzador de dardos preparado para matarle.

Ti encontró un cenicero y trató de levitarlo para lanzarlo contra el monstruo, pero no pudo.

Por un momento pensó que el pánico se apoderaba de él y que entonces todo estaría perdido. Pero esto, se dijo Ti, no serviría de nada para salvar a Taguster de la peligrosa situación en que se encontraba. ¡Él era la única esperanza que tenía su pobre amigo! Habían pasado ya algunos segundos. Debía actuar rápidamente antes de que fuese demasiado tarde. Entonces Ti se acordó del revólver que había sobre la mesa, amontonado con los demás lápices. Se trataba de un arma pesada y fea. Tocó *psiónicamente* la pistola, pero apenas pudo moverla. Hizo un esfuerzo y al final pudo dirigir el cañón en dirección al Perro. Tirar del gatillo fue cosa fácil. El revólver disparó una aguja untada en una sustancia narcótica, pero ésta rebotó en la bestia. ¡No había dado ningún resultado!

Y entonces el Perro disparó sus dardos hacia Taguster. Cuatro veces contra su pecho: ¡zas, zas, zas, zas! El guitarrista recibió los impactos y murió instantáneamente. Ti sintió como si todas las energías que hasta ese instante había poseído fueran absorbidas por un vampiro eléctrico; pero, de todas formas, no podía dejar escapar al Perro. Dirigió su cámara electrónica hacia todos los rincones de la habitación, tratando de localizar algo menos pesado que pudiera manejar con sus ahora ya limitadas energías. Encontró varias figurillas y baratijas y las lanzó contra la máquina asesina, pero sin ningún resultado. El Perro se puso a lanzar dardos hacia todos los rincones de la habitación, orientándose por el ruido del lugar de procedencia de los objetos que le tiraba Ti, incapaz de descubrir a su atacante. Luego lanzó una lluvia de dardos contra la cabeza del receptor electrónico y salió de la habitación, y de la casa, alejándose.

Durante unos instantes, Ti permaneció en el receptor electrónico de la

sala de estar, contemplando el cadáver de Taguster. Estaba muy débil para hacer algo más. Su mente se llenó de recuerdos de su amistad con Taguster, y por ella pasaron escenas y más escenas que iban desapareciendo como hojas secas arrastradas por un viento frío de otoño. Finalmente, cuando desaparecieron todos estos recuerdos de su mente, ya no le quedaba otra cosa que hacer que regresar a su casa. Rompió la conexión con el receptor de Taguster y permitió que su mente se reintegrara al sistema Mindlink, dejando que se mezclara con las ondas negras y grises y los casi inaudibles murmullos de los otros miles de usuarios de dicho sistema. Los colores volvieron a aparecer en la pantalla y de nuevo su mente se encontró dentro de su propio cuerpo. Ti se sentó un instante, para recuperar la energía perdida, y luego utilizó una de sus manos artificiales para quitarse el casco de la cabeza y desconectar la máquina.

¿Y ahora qué?

En circunstancias normales, no se habría hecho aquella pregunta, ya que no hubiera perdido tiempo en llamar a la policía. ¡Pero fue precisamente un Perro Policía quien había matado a Leonard Taguster! ¡Si las autoridades legales habían conspirado para arrancarle la vida al músico, era una locura ponerse en contacto con la policía para que investigase el crimen! No, tenía que saber algo más de lo ocurrido a su amigo antes de tomar cualquier decisión. ¿Pero qué podía hacer? ¡Margle! Tenía el nombre del asesino. Se levantó del sillón, atravesó la sala de estar, se deslizó por un pasillo de paredes pintadas a rayas y llegó a su biblioteca. Se detuvo ante una pared donde se hallaba una pantalla conectada con el *Enterstat*, su periódico, la cual tenía el aspecto de un ojo con cataratas. Empujó un botón, el tercer botón amarillo de una serie de otros de colores verdes y amarillos. Un panel se deslizó junto a la pantalla, poniendo al descubierto el cuadro de mandos de un computador conectado en línea directa con el del *Enterstat*. Presionó las teclas correspondientes a la palabra M-A-R-G-L-E y bajó la palanca del conmutador donde se leía «Información completa de datos».

Treinta segundos más tarde, una hoja impresa salió del computador, todavía húmeda, y cayó en un depósito de plástico. Esperó un momento para que se secara, y luego la recogió con su mano artificial. La elevó hasta su ojo

y leyó su contenido mientras parpadeaba. Klaus Margle estaba relacionado con los Hermanos Oscuros, una organización de los bajos fondos que había estado usurpando los sacrosantos territorios, en otra época controlados por la mafia. También leyó en la hoja que Margle, según se rumoreaba, era el número uno de aquella organización de los Hermanos Oscuros. Desgraciadamente, la información de la computadora no podía confirmarse, pero sí afirmaba rotundamente que Margle medía más de uno ochenta de estatura y pesaba noventa kilos. Sus cabellos eran oscuros, pero sus ojos azules. Tenía una cicatriz de nueve centímetros a lo largo de la mandíbula derecha y, además, le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha. Se trataba de un individuo que se inmiscuía en todos los asuntos peligrosos que emprendía la banda. Nunca habría enviado a uno de sus hombres a hacer un trabajo que él hubiera podido llevar a cabo por sí solo. Era un hombre de acción, no un gángster ejecutivo encadenado a un escritorio de administración. Había estado en relación con Polly London, una estrella de segunda categoría, pero que tenía clase. Por este detalle el *Enterstat* tenía su biografía. Y aquí acababa la información de la computadora.

Ti dejó de nuevo la hoja en el depósito de plástico y se dirigió pensativo hacia el tablero de mando de la computadora. Esto explica lo del Perro Policía. La gente de los bajos fondos podía cometer toda clase de fechorías sobornando a los propios oficiales de policía. Y en algún sitio habían conseguido la ayuda de un Perro Policía. Bueno, ahora ya podía telefonar a la policía e informar del crimen que se había cometido, ya que no estaba involucrada en el asunto. Pero... ¿podía hacerlo? Su intuición (una cosa que hacía mucho tiempo había aprendido a respetar) le decía que debería averiguar más sobre Klaus Margle antes de poner su no existente pie en un camino bastante peligroso. Marcó el número de teléfono principal del *Enterstat*, en la pantalla de la computadora, y esperó. La pantalla blanca se iluminó de repente y en ella apareció el rostro del editor del *Enterstat*, George Creol, mirándole fijamente con unos ojos grandes y tristes.

—Hola, jefe, ¿qué ocurre?

—Quiero información sobre cierto asunto.

—¿Piensa escribir de nuevo, jefe? Realmente, siempre escribió grandes

artículos.

—Oh, solamente deseo algo que me interesa a mí. Creo que se podría escribir un artículo realmente importante.

—¿De quién desea información?

—De Klaus Margle. Puede ser el jefe de los Hermanos Oscuros. Tuvo relaciones con Polly London. Le falta el pulgar de la mano derecha y tiene una cicatriz en la cara. Esto es todo lo que sé y los datos los obtuve de la computadora. ¿Puede investigar sobre esto?

—Seguro, jefe. ¿Cuándo desea la información que me pide? ¿Mañana?

—La quiero en una hora.

—Pero, jefe...

—No deseo que sea muy detallada. No necesito un perfil psicológico o algo parecido. Únicamente los detalles básicos. Ponga una docena de investigadores en este asunto; ¡pero quiero la información en una hora!

—Es muy difícil.

—Lo es.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Le volveré a telefonar dentro de una hora.

Creol hizo un gesto afirmativo y la pantalla volvió a apagarse.

Ti preparó un whisky fuerte y se dispuso a esperar.

Una hora más tarde la pantalla se volvió a iluminar y Ti contempló el rostro de Creol, que había aparecido en ella.

—Ya la tengo, jefe —dijo Creol—. ¡Menudo individuo es el tal Klaus Margle!

—Registre los datos.

—En el acto, jefe.

Creol colocó los documentos en el dispositivo electrónico, hoja por hoja, y luego pulsó el botón de transmisión. Momentos más tarde, las hojas húmedas iban cayendo en el receptáculo situado en el despacho de Ti, junto a la pared. Ni siquiera se molestó en recogerlas, aunque sus nervios estaban tensos. También Creol se hallaba nervioso e interesado por conocer la reacción de su jefe. Cuando todas las hojas cayeron en el receptáculo, Ti le dio las gracias al editor, recogió con su mano artificial todos los datos y se

dirigió de nuevo a la sala de estar. Se sentó en un sillón debajo de una pantalla luminosa y desconectó los electrodos.

Cuando hubo terminado de leer todo lo que había escrito en las hojas sobre Klaus Margle, no tuvo la menor duda que éste era el jefe de los Hermanos Oscuros. La lista de los otros gángsters liquidados por orden suya era aterradora. Analizando los crímenes atribuidos a Klaus Margle, Ti llegó a la conclusión de que se trataba de un criminal que había ido asesinando a todos los que se interponían en su camino para alcanzar la jefatura de la organización. Dicha información también le proporcionó otro dato: había hecho muy bien en no llamar a la policía. Klaus Margle había sido arrestado en nueve ocasiones, y siempre salió absuelto. Si ello era debido a que disponía de buenos abogados o a que había sabido gastar mucho dinero en falsos testigos, era cosa que carecía de importancia. Lo único que interesaba era que si la policía investigaba todo lo sucedido, Margle volvería a quedar en libertad como había sucedido en otras ocasiones. Entonces se lanzaría a la calle dispuesto a vengarse de un individuo llamado Ti. No, éste no era un asunto como para contárselo a la policía. Por lo menos, hasta que tuviesen pruebas definitivas contra Margle. Pruebas que no le permitiesen escapar al peso de la justicia. Sí, no tenía más remedio que llevar él mismo aquel asunto...

Ti se sentó en un sillón Mindlink, desconectó los electrodos y respiró profundamente. Mientras bajaba el casco y se lo ajustaba, se puso a pensar en la situación. ¿Por qué Klaus Margle desearía matar a un guitarrista? ¿Cómo había llegado Taguster a conocer a un gángster? No era el tipo de amistades que solía frecuentar. Había preguntas que necesitaban ser contestadas si realmente quería resolver el caso antes de denunciarlo a las autoridades. Pero Taguster estaba muerto y Margle, lógicamente, no hablaría. ¿Adónde le conduciría todo esto? A ningún sitio. De nuevo volvió a conectar los electrodos del aparato y se puso en comunicación con la sala de estar de Taguster. El cuerpo aún se hallaba allí, desde luego, retorcido grotescamente en las últimas agonías de la muerte.

Ti dirigió sus cámaras electrónicas de izquierda a derecha y localizó la puerta del armario que buscaba. Confiaba en que el objeto seguiría en el mismo sitio donde Taguster lo solía guardar. Utilizando su poder *psi*, consiguió abrir dicha puerta. Dentro había multicolores luces de alerta, de tonalidades verde, carmesí y ámbar. Desconectó el sistema de alarma y contempló el «muñeco». Se trataba de una perfecta copia del músico excepto que su espalda, lógicamente, no estaba llena de dardos venenosos.

Taguster había construido aquel muñeco electrónico con el fin de poder huir de la adulación de sus admiradores y de las *fans*. Cuando se hallaba de gira artística, siempre era el androide el que entraba en los hoteles por la puerta principal, mientras Taguster ya había salido por la puerta de servicio. El muñeco electrónico podía caminar, hablar, pensar y hacer casi todas las cosas que Taguster podía hacer. Su complicado cerebro albergaba sus cintas de memoria y sus tipos de reacciones psicológicas. Gracias a esta perfección técnica, el androide podía pasar por Taguster incluso en compañía de amigos del guitarrista aunque un amigo tan íntimo como Ti sabía distinguir la diferencia.

Utilizando su poder *psi*, Ti retiró la floreada manta de viaje que ocultaba a la máquina humana. Entonces el androide abrió los ojos, parpadeó y se fijó en Ti. Éste le dijo:

—Oye, Sim, ven aquí.

El androide mecánico salió del armario, echó a andar y se detuvo delante del receptor. Por un momento, Ti tuvo la sensación de que Taguster había regresado del mundo de los muertos. Era muy desagradable para él darle ahora órdenes a la imagen de su amigo, igual que un rey a un simple aldeano, pero ello era esencial si Ti quería llevar a cabo sus planes.

—Sim —le dijo de nuevo.

El androide levantó sus ojos y miró directamente hacia las cámaras.

—Sim, hay una mujer joven en la ventana del dormitorio. Está... muerta. Quiero que la traigas y la lleves al taller. Ten mucho cuidado y no salpiques de sangre la alfombra. Anda, ve a buscarla.

—Está bien —dijo Sim dirigiéndose hacia el dormitorio.

Un instante después regresó llevando en sus brazos el cadáver de la

mujer. La sangre había dejado de manar y estaba seca en su hermoso vestido. A continuación, el androide atravesó la sala de estar y desapareció.

Ti fue a la cocina y vio cómo el muñeco mecánico se dirigía al taller. No podía ver toda aquella habitación a través de la puerta, ya que en ella no había ningún receptor electrónico.

—Vacía la cámara frigorífica —le dijo al androide.

Éste obedeció y se puso a amontonar en el suelo los embutidos, vegetales y platos de carne asada.

—Ahora pon el cuerpo dentro.

También lo hizo.

Luego Ti le ordenó que fuese a buscar el cuerpo de Taguster e hiciese lo mismo. Si quería que todos sus planes se cumplieran al pie de la letra, era indispensable que los cuerpos de Taguster y de la mujer se hallasen en buenas condiciones para hacerles una autopsia. De esta forma, dispondría de algunos días para poder atrapar a Margle. En realidad, se trataba de un plan bastante extraño, pero era lo único que podía hacer. Cuando los dos cadáveres estuvieron dentro de la cámara frigorífica, y una vez que hubo incinerado todos los alimentos que contenía, ordenó al androide que borrara toda posible huella del asesinato, fregando la sangre del suelo y de la alfombra y lavando la pared donde Taguster había estado apoyado. Cuando la máquina-hombre hubo terminado, la casa parecía completamente normal, como si nada hubiese ocurrido en ella.

—Siéntate ahora y espérame —dijo Ti.

El androide le obedeció.

Ti se incorporó al sistema Mindlink y regresó a su casa. Una vez en ella, se dirigió a la biblioteca, se sentó ante una máquina de escribir y, utilizando sus manos artificiales, se puso a redactar una nueva historia para la primera página de la edición de las cuatro y media de su periódico. Seguramente, Polly London leería el *Enterstat* para ver si se la mencionaba en el rotativo, y también era bastante seguro que le pasaría la noticia a Klaus Margle. Bueno, eso si Margle no estaba suscrito al *Enterstat*... Cuando hubo terminado de redactar las ochocientas palabras de su artículo, telefoneó a Creol. Los ojos melancólicos del editor aparecieron primero en la pantalla y luego el resto de

su rostro.

—Jefe —dijo Creol—, ¿no estaba bastante completo el informe que le proporcioné?

—Era excelente, George, excelente. Pero, mire, tengo otro artículo para la edición de las cuatro y media. Quiero que quite el otro, pase lo que pase, y ponga este que le envíe con letras grandes de seis centímetros.

—Pero...

—Sí, ya sé que todo está preparado para lanzar la edición, pero esto es lo que quiero.

—De acuerdo, jefe.

Creol cumplió las órdenes de Ti. Unos segundos más tarde, el editor tenía sobre su mesa el artículo de Ti. Creol lo cogió, y lo leyó por encima.

—¿Qué título hay que ponerle al artículo, jefe? —le preguntó Creol mientras cogía un lápiz.

—Ah —exclamó Ti—: «Un concertista de guitarra víctima de un atentado.»

—Pero, ¿no fue asesinado?

—Exacto —respondió Ti.

—Entonces, permítame que le diga que esto no es un título muy sensacional. Lo ideal sería...

—Sí, lo sé —respondió Ti—, pero quiero que este título aparezca en la primera página del periódico.

—Entonces habrá que cambiarla.

—Hágalo.

—Usted es el jefe; usted es el que manda.

—Así es.

Ti cortó la comunicación. Su corazón latía rápidamente. Podía sentir su pulso en el cuello. Regresó de nuevo al aparato electrónico Mindlink y se puso a observar de nuevo el interior de la casa de Taguster. El androide seguía esperando, con las manos apoyadas en su regazo. Ti pensó unos instantes y luego ordenó al androide:

—Escucha Sim, quiero que telefonees a la Agencia de Detectives Harvard y contrates a un investigador; el mejor que tengan. Dile que han intentado

quitarte la vida y que deseas saber quién fue. Dile al detective que quieres verle mañana con el fin de disponer de tiempo para reunir todos los datos posibles que proporcionarle. Dile que una hora buena sería... mañana a las cuatro de la tarde.

El androide se levantó, buscó el número de teléfono de la agencia de detectives y lo marcó en el sistema electrónico de pantalla visual. No sólo llevó a cabo la contratación, sino que, además, se informó de lo que costaría por día un detective de primera clase. Luego cortó la comunicación y volvió a sentarse en su silla.

—Todo está arreglado —dijo en el mismo tono de voz que Leonard Taguster habría empleado en idénticas circunstancias—. ¿Alguna cosa más?

—Por ahora, no. De momento debes quedar inactivo.

Luego, utilizando su poder *psi*, Ti cubrió con la manta de viaje al androide. Los ojos de éste parpadearon y luego los cerró del todo como si estuviera durmiendo.

Ti permaneció a la espera en el receptor Mindlink. A las cuatro y media, el *Enterstat* difundiría la noticia informando que se había intentado matar a Taguster sin éxito. También diría que había contratado los servicios de la Agencia de Detectives Harvard para investigar el caso. Si Margle oía la noticia o la leía en su periódico, telefonaría a dicha agencia, quizá con una oferta para utilizar la razón social de Taguster, diciendo que era un íntimo amigo del mismo. La firma aceptaría, ya que creerían representar verdaderamente al músico. Y Margle pensaría que Taguster aún estaba vivo. Lo que Margle haría a continuación constituía una incógnita. No era probable que volviese a enviar al Perro para que acabara la faena que dejó a medio hacer. Margle era un hombre muy astuto para eso. Y dado que le gustaba hacer las cosas por sí mismo, personalmente, se descubriría. Con esto contaba Ti. Pero por el momento no quedaba otra cosa que hacer sino esperar...

Lo tenía todo preparado. La cámara cinematográfica estaba situada en su propia casa, exactamente al lado del sistema electrónico Mindlink, dispuesta a ponerse en funcionamiento automáticamente y a registrar en película todo

lo que sucediese en la casa de Leonard Taguster. Ahora solamente faltaba que Margle apareciese.

A las seis y diez, la pantalla empezó a destellar y lanzó un sonido agudo.

Rápidamente, Ti activó al androide. Sus ojos parpadearon, luego los abrió desmesuradamente y permaneció de pie, contemplando con toda naturalidad la pantalla electrónica, como si acabase de despertar de una profunda siesta. Pulsó un botón para recibir la llamada, y la pantalla se iluminó, aunque no apareció ninguna imagen en ella. El androide, no obstante, estaba transmitiendo y Klaus Margle —¿quién iba a ser la persona que quería que su rostro no apareciese en la pantalla?— estaba contemplando al hombre a quien había ordenado destruir.

—¿Quién es? —preguntó el androide.

No hubo respuesta.

—¿Quién es?

La pantalla quedó a oscuras. Fuese quien fuere, no dijo una sola palabra.

El androide regresó a su silla y observó el aparato electrónico Mindlink.

Luego preguntó:

—¿Actué correctamente dadas las circunstancias?

—Sí, sí, lo hiciste muy bien.

—Entonces quizá pueda usted decirme cuáles son esas circunstancias.

Comprendería mejor cuál es la situación.

Ti informó al hombre-máquina de todo lo que sabía sobre Taguster y sobre su posible asesino. Cuando terminó de hablar, ambos se sentaron y esperaron. Después se hizo de noche y todo quedó a oscuras; encendieron unas luces de baja intensidad que alumbraron la habitación con una suave tonalidad rojoanaranjada. A las diez, Ti se recordó que no había comido nada en todo el día y que estaba sediento. Pero no se atrevió a abandonar el receptor por temor a que, en ese instante, se presentase el asesino. A las once y cuarto, oyeron el ruido de un intruso...

Se oyó un crujido de madera y un golpe seco, el clásico golpe de una puerta o una ventana cuando son forzadas. El androide se acercó a Ti y escudriñó con su penetrante mirada toda la habitación. Luego dijo:

—Creo que es en la cocina.

Ti se dirigió a la cocina. Comprobó que efectivamente la puerta de la misma había sido forzada y oyó que algo o alguien golpeaba contra la misma. ¿Un hombro? ¿Acaso Klaus Margle estaba golpeando con su hombro con el fin de penetrar en la casa? La puerta cedió, el cerrojo se partió y la hoja cayó hacia dentro. Detrás se hallaba el Perro. ¿Cómo era posible que Margle lo hubiese enviado? Lo lógico era que si el Perro había fallado... Entonces comprendió. Como el Perro había fracasado, Margle lo envió de nuevo para comprobar la causa de su fallo. Ti pensó que fuera podía haber otros hombres dispuestos a entrar en acción en el caso que el Perro volviese a fallar. Pero la confrontación entre un Perro y un androide era muy nivelada. El androide penetró en la cocina. El Perro lo detectó, se puso a contemplarlo fieramente y gruñó como si fuese un perro de verdad. Penetró en la cocina y lanzó media docena de dardos. Los dardos se clavaron en la pseudocarne del androide, pero su veneno no podía hacerle ningún daño a su inhumano sistema de cables y tubos: ni siquiera sangró. El Perro se dirigió a la izquierda y lanzó seis nuevos dardos contra el androide. Una vez más, el arma no consiguió matarle.

El androide avanzó hacia el Perro.

Entonces éste alzó sus patas artificiales, rodeó con una de ellas el cuello del androide e intentó estrangularlo. Luego, con la otra pata, le golpeó la cara. La nariz de la máquina-hombre se desfiguró, pero no se rompió. El androide puso en funcionamiento sus brazos artificiales y golpeó la pared con los extremos de las patas metálicas del Perro, haciendo chasquear algunos de sus dedos. Luego volvió a repetir la misma operación. Y otra vez, hasta que todos los dedos se rompieron. Las patas quedaron tiradas en el suelo, y aunque sus mecanismos electrónicos aún podían funcionar, no oían ya las órdenes de su amo, el Perro.

—Captúralo y destrúyelo —le ordenó Ti al androide.

El androide avanzó en dirección al Perro y lo agarró. Éste intentó alejarse de él, pero no pudo. En vano intentó lanzarle dardos venenosos contra su pecho. Lo arrastró por la habitación y lo lanzó contra la pared. Se oyó un ruido seco al chocar contra el muro. Pero el androide no se dio por satisfecho y volvió a lanzarlo varias veces contra la pared, hasta que todos los

mecanismos electrónicos del Perro quedaron destrozados. Luego le desconectó todos los electrodos y rompió sus conexiones eléctricas, lanzándolas por el suelo, donde quedaron flotando por encima del sumidero.

—Ahora, échalo a la calle —le ordenó Ti.

El androide ejecutó sus órdenes: cogió al Perro, salió a la terraza y, elevándolo en el aire, lo lanzó por encima de la barandilla. Se oyó un ruido seco al caer desde aquella altura sobre el pavimento de la calzada, muchos metros más abajo. El androide volvió a entrar en la casa y se dirigió al recibidor. Había que seguir esperando...

Los minutos pasaban. Transcurrió media hora. Ti empezó a arrepentirse de haber sido demasiado enérgico con el Perro. Pensó que se había precipitado y ello había hecho ahuyentar al verdadero asesino, a Klaus Margle. Pero cuando se disponía a hablar al hombre-máquina, oyó el ruido de unas pisadas en la escalera del patio.

—Están subiendo —susurró furiosamente.

El androide asintió con un gesto.

Entonces, Ti, utilizando el sistema Mindlink, regresó a su casa, conectó una cámara electrónica y comenzó a filmar todo lo que ocurría en la cocina. Cuando regresó a casa de Taguster, los gánsters no habían llegado aún.

Lo hicieron dos segundos más tarde, lanzando granadas lacrimógenas. El humo acre y verde azulado invadió la cocina y, poco a poco, el resto de la casa. Minutos después, tres figuras oscuras aparecieron en la puerta llevando puestas máscaras antigás y portando en sus manos unas armas lanzadoras de flechas muy pequeñas; tan pequeñas que parecían de juguete. Ti dirigió la cámara hacia ellos y quedó sorprendido al ver a Margle. Tenía los ojos azules, el cabello negro y una cicatriz en su rostro. Obtuvo un excelente registro de él. Luego filmó a sus dos acompañantes, decidido a obtener una imagen completa de los mismos. No apartó la cámara de sus rostros. Era evidente que los intrusos venían por él. Se fijaron en el androide y creyeron que era Taguster; pensaron que era mejor disparar inmediatamente contra él. Sus armas lanzadoras de dardos retumbaron con estrépito, y su eco resonó en la cocina inundada por los gases lacrimógenos.

Los dardos salieron disparados en dirección al androide, pero no le

hicieron el menor daño. Éste avanzó hacia el trío. Uno de los gánsters localizó el interruptor de la luz y lo hizo girar. Cuando la estancia quedó iluminada, los tres individuos vieron que los dardos estaban clavados en la pseudocarne del androide, y se dieron cuenta que éste era una máquina y no Taguster. Enfundaron sus armas y se dirigieron hacia el androide. Éste empezó a retroceder, pero los tres individuos le golpearon, sujetaron los brazos de la máquina-hombre y, metiendo la mano dentro de su cuerpo, lo desactivaron. El androide miró de un lado a otro, parpadeó y finalmente cerró los ojos. Luego se apoyó contra la pared, se deslizó hasta el suelo y allí quedó inerte como un borracho.

—Vamos, registren la casa y traten de localizar el sitio —ordenó Margle.

Los dos hombres se pusieron a registrar toda la casa. Margle registró el taller, aunque no la cámara frigorífica, y el armario de la cocina. Un minuto o dos después de que hubiera terminado, los otros dos hombres regresaron.

—No hemos encontrado nada en ningún sitio —dijo uno de ellos meneando la cabeza. Pero apenas hubo acabado de pronunciar estas palabras, el individuo se fijó en la suave luz de las cámaras del receptor Mindlink y exclamó—: ¡Mire, jefe!

Los tres se acercaron enloquecidos y furiosos al receptor, con los rostros congestionados y mordiéndose los labios. Uno de los hombres levantó su arma para romper la lente, pero Margle le sujetó el brazo diciéndole:

—¡No!

—Pero jefe...

—¡Usted! —gritó Margle dirigiéndose al foco de la lente—. Escúcheme bien: puede estar seguro de que le atraparemos. Localizaremos el lugar donde se encuentra utilizando los registros de llamadas.

Margle sonrió con burla y apoyó sus dedos contra la lente. Luego sacó su pistola, la cogió por la culata y golpeó el cristal...

Ti se hallaba en su casa, sentado ante su receptor Mindlink. Se quitó el casco, desilusionado, y desconectó la máquina. Margle había roto la lente..., pero no lo había hecho con demasiada rapidez. La cámara había estado

registrando lo que pasaba en la casa de Taguster durante todo el tiempo. Ahora que ya había pasado, Ti se dio cuenta de lo tenso que estaba. Trató de relajarse, esforzándose en recordar algunos sistemas de yoga que conocía. Aquello le calmó un poco. Margle podría localizarle si conseguía los servicios de un experto en Mindlink, y no quedaba ninguna duda en que aquella gentuza tendría acceso a tal persona, ya que tiene acceso a todo. Pero incluso a un experto le llevaría varias horas. Y Margle no disponía de tanto tiempo.

Ti desconectó las cámaras cinematográficas del sistema y se las llevó a la biblioteca, al rincón destinado a taller fotográfico. Colocó el carrete en el revelador automático, esperó ocho minutos y luego extrajo la película completamente revelada. Estiró un trozo de la misma y la sostuvo entre él y la bombilla que colgaba del techo. Comprobó que aparecía el rostro de Klaus Margle, tan feo como era en realidad, con su cicatriz y todo. Ti había ganado.

Se dirigió a la pantalla automática y pulsó el número Uno. Un instante después, la pantalla se iluminó y apareció en ella el rostro de un sargento de policía sentado ante su mesa.

—¿La comisaría? —dijo Ti, mientras sostenía un lápiz en la mano, dispuesto a tomar nota de cualquier información valiosa, aunque la llamada (como todas las llamadas a la policía) era registrada por un receptor electrónico.

Esperó unos instantes hasta que le contestaron. Luego dijo:

—Deseo informar sobre un asesinato.

Por un momento pensó que debería haber sido más cauto.

El rostro del oficial de policía desapareció de la pantalla, apareciendo en su lugar el de otro agente vestido con su traje de trabajo de color marrón.

—Aquí la Brigada de Homicidios —respondió el nuevo rostro—. Dígame.

—Tengo... que informar sobre un asesinato.

—Prosiga.

—Yo...

—Sí, ¿qué ocurre?

—Desearía hacer la declaración personalmente. Tengo todas las pruebas.

—El sistema electrónico de pantalla es excelente. Tomamos nota de todos los homicidios a través del mismo...

—Deseo hacerlo personalmente —insistió Ti. Sabía cuántas molestias se presentaban cuando se utilizaba este sistema. El mismo editor de su periódico, Creol, conocía estos inconvenientes cuando alguien llamaba al *Enterstat* para hablar con Ti.

—Escuche, señor, aún no me ha dicho cuál es su nombre. Lo primero que debe decir el que denuncia un asesinato es su nombre. ¿Cuál es su nombre?

—Soy Timothy, del *Enterstat*.

—¿Y desea presentar una denuncia a través de la pantalla electrónica? —dijo el policía enarcando sus cejas.

—No.

—Le enviaremos a un agente. ¿Está su dirección en la guía telefónica?

—Sí.

—Estará allí dentro de quince minutos.

Cuando la policía trata con gente adinerada, su comportamiento es muy distinto de cuando lo hace con gente de la clase media o pobre. Ti lo sabía y esto no le agradaba, pero en aquel momento se alegró. Si quería estar seguro de que el caso se solucionase, no le quedaba la menor duda de que tenía que intervenir personalmente. Y como era más fácil para la policía acudir a verle, trató de hacerlo de esta manera.

Quince minutos más tarde, casi en punto, sonó el timbre de la puerta. Pulsó un botón y un sistema electrónico entró en funcionamiento dejando abierta la puerta. Un hombre delgado, con un fino bigote, penetró en la sala de estar. El sistema electrónico cerró la puerta tras el agente. Durante unos instantes contempló a Ti tratando de dominar su asombro —asombro muy relativo, pues en su larga carrera policial había conocido a otros individuos tan extraños como Ti— y se quitó su sombrero de piel.

—Soy el agente Modigliani —dijo con palabras escuetas y comprimidas, en las que cada sílaba sonaba como el disparo seco de un rifle.

—Encantado de saludarle, agente. Por favor, entre. Tenga la bondad de sentarse.

El hombre delgado atravesó la sala de estar y se sentó, mientras Ti

escogía para hacerlo su propio sillón especial en forma de copa. Luego se quitó los electrodos del casco.

—Se trata de un caso muy extraño.

—Quizá pueda usted explicármelo, ¿no cree?

Ti dudó solamente un instante, y luego se lanzó a explicarle al agente toda la historia. Cuando hubo terminado, el agente cruzó las manos sobre su regazo y torció la boca como si intentase tocar con sus labios el bigote.

—Una historia verdaderamente sorprendente. ¿Y dice usted que dispone de una película?

—Sí.

—¿Sabe que ha cometido un delito de allanamiento de morada? —respondió el agente.

—¿Qué?

Modigliani se levantó, se dirigió a la pared y luego se volvió bruscamente.

—Sí, señor. Se trata de un allanamiento de morada. El fotografiar a una persona cuando se halla en la intimidad de su hogar constituye un delito de allanamiento de morada. En este caso utilizando el sistema Mindlink.

—¡Pero es que yo estaba intentando recoger el máximo de pruebas posibles para demostrar que se había cometido un asesinato!

—Eso es un trabajo que corresponde a la policía. ¿No le parece?

—Es que yo sabía —respondió Ti, pulsando un botón para levantarse de su sillón— que Klaus Margle había sido detenido nueve veces y que la policía todavía no había podido probar nada y encerrarle en prisión.

—¿Qué quiere decir con eso?

Ti estuvo a punto de retirar lo que había dicho, a pesar de estar seguro de ello, pero pudo sujetar su lengua el tiempo suficiente para serenarse.

—Nada, no he querido decir nada. Pero... bueno, ¿no le gustaría ver las películas?

—Sí, me gustaría verlas.

Ti condujo al agente a la biblioteca, preparó el proyector e hizo descender la pantalla de la pared.

—¿Le importaría apagar la luz?

Modigliani apagó la luz. Ambos quedaron en la más completa oscuridad.

El proyector se puso a funcionar y, de repente, la pantalla se llenó de imágenes. Al principio parecía que todo se limitaba a nubes de humo. Pero después, entre esta humareda aparecieron los rostros de tres hombres cubiertos con máscaras antigás y con los orificios nasales tapados con algo raro. La imagen reflejó en primer lugar el rostro del hombre que iba en cabeza, y... ¡éste era Klaus Margle!

Pero solamente se vio su cara. A medida que avanzaba la película, Ti descubrió su error: había estado tan preocupado y ansioso por obtener buenas tomas del rostro de Margle que se olvidó de tomar vistas de todo lo demás. Había dirigido las cámaras hacia los rostros de los tres individuos, olvidando filmar todo lo que hicieron. Por añadidura, la película no tenía banda sonora. El rostro de Klaus Margle dirigiéndose a la cámara al final de la película era, por añadidura, borroso.

La película se acabó.

—No es mucho lo que hemos visto, ¿no le parece? —dijo el agente Modigliani.

Ti empezó a protestar, pero el detective le interrumpió:

—Realmente no hemos visto muchas cosas. Solamente rostros. Podía usted haber filmado a Klaus Margle en cualquier sitio.

—Pero los gases lacrimógenos...

—Y tampoco le he visto matando a nadie. Sigo creyendo que todo esto se reduce a lo que ya le dije antes, es decir, a un delito, por su parte, de allanamiento de morada, de intromisión en la vida privada de una persona. En cambio, no he visto nada que sirva de prueba para demostrar que el señor Klaus Margle cometió un asesinato.

Ti se dio cuenta de la futilidad de su argumentación, pero no podía darse por vencido tan pronto. Arguyó, suplicó, perdió el control de sus nervios y comenzó a citar nombres y más nombres. Nombres que el policía anotó en su agenda y que sólo iban a servirle para futuras investigaciones en otros casos. Al final, Ti le sugirió que podían llamar a casa de Taguster. O bien los receptores estaban rotos, o bien se encontrarían con Klaus Margle y sus gánsters.

—O bien no recibimos ninguna respuesta —dijo el policía—, lo cual no nos proporciona ninguna base para llevar a cabo una investigación.

Pero hubo una respuesta. El rostro de Taguster apareció en la pantalla electrónica.

—Dígame.

Modigliani se volvió y dirigió una mirada a Ti.

—No se trata de Taguster, es el androide —dijo Ti.

—Se ha presentado una declaración —intervino Modigliani— sosteniendo que usted ha sido asesinado.

Taguster se echó a reír. Costaba mucho trabajo creer que se trataba de un androide.

—Como pueden comprobar...

—¿Le importaría —le preguntó Modigliani— que utilizara el sistema Mindlink e inspeccionase sus habitaciones en una gama más corta?

—Adelante, puede hacerlo —respondió el androide de Taguster confidencialmente.

—Muchas gracias —respondió Modigliani, y regresó inmediatamente a la sala de estar donde se hallaba el sistema Mindlink. Utilizando este dispositivo electrónico de visión a larga distancia, Modigliani inspeccionó la sala de estar de la casa de Taguster, y después los dormitorios, sala de juego, biblioteca, teatro y, finalmente, la cocina. Le dio las gracias a Taguster por haberle dejado inspeccionar y se disculpó por las molestias ocasionadas. Se volvió luego hacia Ti, se quitó el casco, que no le había encajado bien en la cabeza, y dijo:

—Nada.

—El receptor de la cocina...

—Funcionaba perfectamente —respondió el inspector Modigliani—. No sé lo que usted está tratando de demostrar, señor, pero...

—Esos individuos podían haber contratado los servicios de un experto sin escrúpulos para arreglar el receptor.

—¿Y qué me dice de Taguster?

—No era Taguster, era el androide.

—Me permito indicarle que los androides no suelen hacer nada que vaya

en contra de sus propietarios. Si el verdadero Leonard Taguster fue asesinado, su androide no habría ayudado voluntariamente a los asesinos.

—Podían haberlo reestructurado de otra manera.

—Para eso hace falta un verdadero experto.

—Usted sabe igual que yo que Klaus Margle puede pagar a tales expertos y mantenerlos con la boca cerrada...

La aparente estupidez de Modigliani comenzaba a molestar a Timothy hasta el extremo que no podía contener su rabia. Estaba tan nervioso que no lograba contener los gestos involuntarios de su rostro al no poder controlar su sistema electrónico. Sus manos artificiales iban hacia adelante y hacia atrás como dos animales espantados que buscasen un lugar donde esconderse. Pero entonces Modigliani descubrió su juego:

—Señor —dijo a Ti—, debo prevenirle contra la calumnia a una persona. El señor Klaus Margle, el Klaus Margle a quien usted se refiere, no es nada más que propietario de una larga cadena de restaurantes y garajes. Se trata de un honrado hombre de negocios y no debe ni puede ser ofendido con tales comentarios...

—Agente Modigliani —le interrumpió Ti, elevando la voz, pero tratando de convertirla en hilarante—, usted sabe perfectamente bien...

—Le advierto que todo lo que está usted diciendo ha sido registrado en cinta —le respondió Modigliani, abriéndose el abrigo y mostrándole a Ti un minúsculo aparato de cinta magnetofónica.

Ti calló. No le quedaba la menor duda de lo que pasaba con Modigliani. El hombre había sido comprado. Cuando se enteró que Klaus Margle había sido acusado de asesinato, comprendió lo que tenía que hacer: nada relacionado con la Verdad. No tenía ningún interés en investigar el crimen. Sólo le interesaba provocar una situación que acusase a Ti. Y realmente había hecho un buen trabajo en este sentido. Pero Ti se dio cuenta que si dejaba exteriorizar su ira, ésta sería interpretada como una prueba más de que no sabía controlar sus nervios.

—Creo que lo mejor es que se marche —le respondió Ti haciendo un esfuerzo por contener sus manos artificiales...

—Deme la película —le respondió Modigliani, encaminándose hacia la

biblioteca.

Ti corrió tras de él, pero fue demasiado tarde. Cuando llegó a la puerta de la biblioteca, el detective ya había sacado la película del proyector y regresaba a la sala.

—No tiene usted ningún derecho a quedarse con ella.

—Por el contrario, tenemos que analizarla para averiguar si ha sido falseada. No sé qué tiene usted en contra del señor Margle para llegar a elaborar un plan de descrédito así, pero le aseguro que si esta película ha sido falsificada, nos volveremos a poner en contacto con usted.

El detective se marchó. Ti permaneció en la ventana viendo cómo se alejaba; no le quedaba la menor duda que la película sería destruida en el trayecto comprendido entre su casa y la comisaría. También estaba convencido que esta acción le proporcionaría a Modigliani aquel mes una recompensa por parte de los Hermanos Oscuros.

Ti volvió a su sistema Mindlink y llamó a casa de Taguster. El androide se hallaba allí, leyendo un libro, aparentemente. Le habló como si no supiese que era el androide, y le preguntó cómo iban las cosas. El androide no se molestó en contestarle. Fue de habitación en habitación, pero no pudo encontrar nada. Desconectó el sistema de visión a distancia y se quitó el casco.

Eran las doce de la mañana. Y Margle estaba dispuesto a seguir su plan...

Había que hacer algo. La policía no iba a servir de nada. No existía la más mínima esperanza de ser ayudado en aquel caso. Estaba completamente seguro de que si volvía a llamar a la policía, Modigliani se enteraría en el acto y diría que se trataba de un caso sin fundamento. De modo que tenía que defenderse a sí mismo. Tenía una colección de flechas y dardos con los que se divertía. Recogió tres de estos proyectiles y los llevó al piso de arriba. Llevó también libros a la cocina y colocó uno de ellos entre los volúmenes, de forma que cubriera la puerta hasta la altura de la cintura. *Aquello* podía servir de gatillo utilizando su poder *psi* si fuese necesario. Luego recogió los otros dos libros y los sostuvo firmemente en sus dos manos artificiales. Una

vez hecho esto, no le quedaba otra cosa que esperar...

Les oyó en el jardín posterior de la casa. No procuraban evitar el ruido. Seguramente Modigliani les habría dicho que la policía no intervendría y que Ti estaba solo y desarmado. Se situó en la puerta que comunicaba la cocina con el comedor, con los dos brazos artificiales dirigidos hacia la puerta y con su poder *psi* preparado para poner en acción el proyectil que se encontraba oculto entre las hojas del libro. La puerta se movió un poco. Luego algo o alguien golpeó con fuerza contra ella. La hoja se derrumbó hacia dentro, el cerrojo saltó por el aire y un Perro flotó en la habitación.

¡Pero aquel Perro no era el que había sido aplastado y destrozado en casa de Taguster!

Eso significaba que disponía de más de un Perro. Teniendo en cuenta sus contactos con Modigliani, no resultaba sorprendente.

¡Pero sus armas no eran buenas! Los dardos eran inofensivos y la bestia podía herirle fácil y mortalmente. Ti regresó al comedor, dejando sus proyectiles y disponiéndose a utilizar sus armas artificiales. Esperaba que a su casa acudirían hombres, pero no máquinas. ¿Y ahora qué iba a hacer? Oyó al Perro en la cocina, pero no permaneció allí por mucho tiempo. Cuando llegó a la sala de estar, éste se hallaba en el comedor, siguiéndole los pasos.

Ti sintió pánico al verle, recordando la garganta abierta de su amigo músico y el cuerpo ensangrentado de su amante mientras trataba de huir por la ventana intentando salvarse de aquel demonio. El mismo demonio que ahora le seguía los pasos. Pero pudo controlar su pánico, pensando que la muerte únicamente era la que podía quitárselo del todo.

El Perro entró en la sala de estar y olfateó su presencia. Lo observó con sus diminutas cámaras, tratando de averiguar si era su presa...

La mente de Ti se puso a funcionar alocadamente tratando de encontrar una salida. La casa, la inmensa casa que para él era una especie de matriz estaba equipada con los objetos más lujosos, pero carecía de una salida para huir de la muerte. Por otra parte, la casa estaría rodeada probablemente por Margle y sus hombres; era inútil salir huyendo por cualquiera de las puertas. Entonces Ti se acordó de la bodega sobre cuyas ruinas había construido su casa, aquellas doce habitaciones que habían servido de depósito de

municiones durante la Guerra de la Revolución. Si al menos lograrse refugiarse allí, podría huir por alguno de los innumerables boquetes y esconderse en algún lugar de la montaña.

El Perro le disparó tres dardos.

Ti no lo dudó un instante y echó a correr en dirección al sótano, bajando las escaleras casi sin tocarlas. Atravesó la habitación Tri-D con sus tres pantallas blancas del tamaño de una pared y cerró la puerta tras él. Se trataba de una puerta muy pesada, una de aquellas puertas macizas que utilizaron los que construyeron el sótano antes de que la casa fuese edificada sobre sus ruinas. Al Perro le costaría bastante derribar aquella puerta.

Ti se dirigió a lo largo de la pared izquierda hacia los sótanos. Se ensanchaban en este punto, constituyendo una serie de cuevas fortificadas. Desde aquellas cuevas podía salirse a la ladera de la montaña a través de un buen número de accesos. Alcanzó el fondo de la habitación y utilizó sus manos artificiales para quitar un panel semirredondo allí existente. Una vez lo hubo conseguido, se halló ante una fría y espantosa oscuridad: los sótanos de Tory.

Detrás de él, Ti oía cómo el Perro golpeaba fuertemente la puerta que acababa de cerrar.

Ti no podía agacharse para pasar bajo las visas, debido a los numerosos aparatos electrónicos que llevaba, pero al fin lo consiguió y penetró en el sótano. Una vez dentro, volvió a poner los electrodos en su posición normal y se incorporó. Luego, volvió a colocar el panel tal como estaba anteriormente. Con ello podía confundir al Perro durante algunos minutos, pero aquella estratagema no serviría para engañarle definitivamente. No había duda alguna a que éste iría tras él.

A través de la hendidura, oyó cómo el Perro trataba de forzar la puerta.

Ti avanzó lentamente a lo largo del oscuro sótano. Después de algunos minutos, pudo distinguir mesas rotas, sillas destruidas por el fuego, y unas cuantas cajas que en otros tiempos sirvieron para almacenar las municiones, pero que ahora estaban vacías y apartadas de los muros, cubiertas por una capa de lodo. Se dirigió al segundo sótano.

El panel que Ti había repuesto cayó derrumbado y una luz iluminó las

tinieblas que envolvían a nuestro hombre. El Perro corría tras él.

Se dirigió hacia el tercer sótano, corriendo todo lo rápidamente que podía. Se dio un gran golpe en el hombro al caer, pero se levantó y siguió su carrera.

El Perro corría más aprisa.

Cuando llegó a la entrada del quinto sótano, se encontró con que no tenía salida alguna, ya que las rocas que habían caído del techo obstruyeron la única que allí había. Si dispusiese de una hora, o por lo menos de media, podría ir despejando aquellas rocas para abrirse un agujero y huir por allí. Pero el Perro le pisaba los talones, aunque la respiración que notaba se debía al calor de la maquinaria.

Ti se volvió hacia su perseguidor. Venía corriendo a la altura del tercer sótano, y removía a su paso un montón de cascotes allí acumulados. El Perro le disparó tres dardos. *Fit-fit-fit.*

Ti se echó a un lado cuando se dio cuenta de sus intenciones. Los dardos se estrellaron contra el muro que se hallaba detrás de él. Entonces Ti, utilizando sus aparatos electrónicos, lanzó un rayo por donde debía pasar el Perro, alcanzándolo. Pero ello no hizo más que detener por un momento el avance de su perseguidor. El Perro encajó el golpe, se revolcó sobre el suelo, pero pronto se recuperó y se acercó más a Ti, disparándole otros tres dardos.

Ninguno de los tres alcanzó su blanco.

Ti se sorprendió, pues no había hecho ningún gesto para evitarlo, y los Perros tenían fama de no errar sus tiros.

El Perro volvió a lanzar tres dardos más.

Los tres volvieron a fallar el blanco.

Entonces Ti se dio cuenta de lo que ocurría. Él apartaba los dardos utilizando su poder *psi*. La segunda vez, pudo comprobarlo con más certeza. Se levantó, de espaldas a la puerta más cercana al sótano cinco, y esperó a que el Perro disparase de nuevo. Y una vez más los dardos se apartaron del blanco, es decir, del cuerpo de Ti. Durante los siguientes minutos, Ti desvió otras dos docenas de dardos, hasta que el Perro se dio cuenta que sus armas no servían de nada para conseguir su objetivo. El Perro se detuvo y lo contempló a una docena de pasos, calculando qué podía hacer para destruir a Ti. De repente, dirigió rápidamente las patas hacia su cuello...

Ti reaccionó en seguida, pues, de lo contrario, habría sido estrangulado. Ti utilizó también sus manos artificiales. El Perro hizo lo mismo. Los dedos metálicos de ambos chocaron en el aire. Aumentó la potencia de sus manos en un intento de romper los dedos al Perro.

Pero éste pareció tener ideas similares. De modo que los cuatro miembros se entrelazaron en el aire, empujándose el uno al otro. Una vez lograba uno avanzar unos centímetros, para luego volver a perderlos retrocediendo. Finalmente se igualaron las fuerzas y Ti y el Perro permanecieron inmóviles apretados el uno contra el otro. De repente, las cuatro manos quedaron destrozadas por el esfuerzo, cayendo al suelo como pajarillos de metal. Ahora, tanto el cazador como el cazado se hallaban carentes de manos.

Pero, de pronto, Ti se dio cuenta de algo verdaderamente extraño: ambos estaban desprovistos de manos y, sin embargo, Ti era capaz de detener los dardos del Perro. Se dirigió a la zona hacia donde disparaba el Perro. Aquella noche acababa de descubrir otra aplicación de su poder. Ti pensó que la necesidad siempre despertaba su destreza. Recordó que hacía mucho tiempo había sido necesario sufrir un hambre muy intensa para hacer levitar una cuchara. Y ahora había sido una necesidad el controlar los dardos. Entonces se dio cuenta que podía influenciar pequeños objetos incluso si se desplazaban a grandes velocidades, de la misma forma que había podido hacer levitar la cuchara.

Ti se dirigió a la zona donde caían los dardos. El Perro había dejado de seguirle, pero chocó a propósito contra los rayos cruzados como si su mente hubiese estado en sus manos y como si una pérdida de habilidad le hubiera obligado a perder todo interés en sus propósitos. Ti subió las escaleras y entró de nuevo en el salón de la casa. Oyó pisadas en la cocina: Margle y sus hombres acudían para comprobar si el Perro había cumplido su misión, y para averiguar por qué había tardado tanto. «Bueno —pensó Ti—, estoy preparado para enfrentarme a ellos.» O al menos así lo creyó. Se concentró en su poder *psi* hasta que su mente se sintió reavivada con el mismo. Acto seguido, se dirigió hacia la sala de estar justamente en el momento en que los Hermanos Oscuros penetraban en ella portando sus armas.

—Su Perro ha quedado inutilizado —les dijo, llamando su atención.

El hombre que se encontraba a la izquierda de Margle apuntó su arma y disparó. Ti apartó los dardos, todos menos uno. Aquél lo volvió a dirigir contra el hombre que le había disparado. El dardo se clavó en su pecho y el veneno se extendió por la sangre del individuo. Éste se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo.

—Vuélvase de espaldas, Margle —dijo Ti—. Si lo hace, no le mataré.

Pero Margle y el otro gángster se hallaban ocultos detrás de un sofá. No estaban dispuestos a ponerse de pie y obedecer la orden de Ti simplemente porque éste hubiese matado a su compinche por pura casualidad. Dada la oscuridad reinante, consideraron la proeza de Ti como un tiro afortunado y nada más. No podían ver que ya no tenía manos.

—Está usted loco —dijo Margle—. Es un loco desde el momento en que se metió en este asunto.

—¿Por qué mató usted a Taguster?

—¿Por qué tendría que decírselo?

Aparentemente, no podían verle en la oscuridad. Pero los gángsters estaban al acecho esperando localizarle por el sonido de su voz y disparar contra él, o tal vez esperaban a que se moviera y así poder acertar en el blanco.

—O ustedes me matan a mí o yo les mato a ustedes. Por lo tanto, el contestarme no cambiará las cosas. ¿No les parece?

—Pertenece al PBT.

—¿Drogas?

—Se las proporcionábamos.

—Pero, ¿por qué tenían que matarle? ¿Qué motivos había para hacerlo? —insistió Ti.

Margle hizo un gesto como si estuviera agotado y no se preocupara ya de él. Pero Ti se dio cuenta y estaba al acecho de cualquier movimiento que hiciera. Evidentemente, Margle podía lanzarle una lluvia de sus dardos mortíferos aunque no conseguirían alcanzarle.

—Me estaba costando ya demasiado dinero —respondió Margle—. Decidió obtener información de nuestro negocio. Con ello esperaba proporcionar esta información al Gobierno y conseguir a cambio una licencia

legal. De esta forma podría obtener sus drogas gratuitamente. Pero no tomó precauciones y entonces sospechamos de él. Registramos su casa cuando se hallaba ausente y descubrimos que teníamos razón en nuestras sospechas. Tenía información más que suficiente para buscarnos un lío.

—No creo que eso les preocupase demasiado, pues ustedes sobornan a las autoridades —respondió Ti.

—Sí, pero a las autoridades locales, no a las federales. ¿Cree usted que es posible sobornar a un delegado oficial del Departamento UN? ¿Cree usted que se puede jugar con los funcionarios del Departamento de Narcóticos? No, eso es imposible.

—Por eso decidieron matarle.

—Exactamente. Yo asesiné a Taguster. O mejor dicho, un Perro lo hizo. Por cierto que usted fue muy listo en este asunto. Nos estuvo molestando durante bastante tiempo. Pero el haber llamado a la policía fue un error por su parte, una verdadera estupidez. Gracias a este fallo tan ilógico, nos fue posible solucionar más fácilmente las cosas.

Ti ya sabía ahora lo que ocurrió. Demasiado bien. Ahora comprendía por qué Taguster, el hombre que tocaba con sus virtuosos dedos aquel instrumento musical tan antiguo, había sido asesinado. Era la última pieza del rompecabezas que había comenzado a componer por la mañana y que ahora, veinticuatro horas después, había terminado.

—¿Cómo es que el Perro no consiguió matarle a usted? —le preguntó Margle, ansioso por satisfacer su curiosidad.

—Porque yo tenía más manos que él —respondió Ti—. Tengo una mano extra.

—¿Cómo es posible?

Había llegado el momento. Ti se dirigió hacia el diván.

Ellos se dieron cuenta y dispararon contra él.

Ti desvió todos los dardos.

Acto seguido, se ocultó detrás del diván. Se hallaba a mayor altura que ellos, pero ambos gánsters permanecieron de pie disparando contra él. Ti desvió todos los dardos, excepto dos cuya trayectoria invirtió dirigiéndolos contra los dos individuos. A Margle le alcanzó el dardo en la mejilla, y al otro

en el cuello. Ambos se doblaron sobre sí, igual que su otro compañero anteriormente liquidado por Ti, y se llevaron las manos al pecho. Sus corazones dejaron de latir bruscamente y ambos cayeron sobre la alfombra.

Ti se volvió de espaldas, pues no deseaba ver aquellos cadáveres. Flotó a través de la oscura habitación y se dirigió a la biblioteca. Allí encontró un lápiz y estuvo cierto tiempo tratando de hacerlo levitar y llevarlo hacia la pantalla electrónica mediante su poder *psi*. Marcó el número de la casa de Creol.

Pasaron algunos minutos antes de que la pantalla se iluminase y apareciera en la misma el rostro adormilado de Creol.

—¡Jefe!

—Tengo una noticia muy importante, George.

Creol consultó su reloj y dijo:

—¿A las tres y media de la madrugada?

—Sí. Quiero que me traigas a un equipo compuesto de un fotógrafo y tres periodistas para que hagan un reportaje y tomen unas cuantas fotografías.

—¿Dónde se encuentra usted, jefe?

—En mi casa.

—¿Y desea que vayamos ahora?

—Sí.

—¿Cuál es la noticia, jefe?

—Puedes titularla de esta forma: «El propietario del periódico *Enterstat* víctima de un atentado.»

—¿No cree usted que antes debería llamar a la policía?

—La policía puede esperar, muchacho. De todas formas, creo que voy a conseguir un excelente artículo para nuestro periódico con todo esto.

Ti cortó la comunicación y se dirigió de nuevo a su aparato electrónico Mindlink. Lo puso en comunicación con la casa de Taguster y observó al androide. Estaba leyendo un libro cuando Ti lo desactivó. Leonard Taguster estaba muerto.

EL OBJETO DEL ESPACIO EXTERIOR Y LOS PERRITOS DE LAS PRADERAS

Gahan Wilson

Una vez más, el humor en SF es una crítica a las matanzas descontroladas de animales por los humanos.

Una aeronave a propulsión planetizó en cierta zona del territorio de Texas, un día brillante y soleado, en medio de una colonia de perritos de las praderas. La parte superior del cohete se desatornilló produciendo un ruido áspero y chirriante, y, arrastrándose, salió fuera un Ser del espacio. El Ser llevaba un rayo mortífero, un retorcedor de mentes, un amplificador del dolor y muchos otros ingeniosos instrumentos de guerra, tortura y destrucción. Babeó un líquido verdoso, y miró en derredor en busca de algo que matar.

Cuando un perrito de las praderas se asomó afuera de su madriguera, la Cosa giró rápidamente sus tentáculos y emitió el cegador chorro de fuego de una de sus armas, que redujo al perrito de las praderas a una nube de cenizas que quedó flotando en el aire. La Cosa burbujeó de alegría y empezó a buscar ansiosamente más pequeñas criaturas.

Pero, en ese momento, se abrieron dos escotillones muy bien camuflados en el suelo y de cada uno de ellos surgió un reluciente cañón electrónico maniobrado por un equipo de perritos de las praderas en uniforme de campaña. Los dos cañones hicieron fuego a la vez sobre la Cosa y la aniquilaron.

—Ha sido muy oportuno el estar preparados —dijo el capitán de los perritos de las praderas—. Pero hubiese jurado que los humanos serían los primeros en atacarnos.

MORALEJA: «Infórmate sobre qué mosca aplastas.»

CANTABILE

John Decles

El viejo y poético mito de la Bella y la Bestia aparece aquí trasplantado a un extraño e inhóspito mundo futuro (que recuerda vagamente la Metrópolis de Lang), en un melancólico invernadero donde dos seres solitarios y condenados viven una patética historia de amor sin esperanza.

Una conjetura: vino del pasado; aunque también pudo venir del futuro. Una suposición: se trataba de un rayo enviado por un gran talento, incluso entre cadenas, lanzado a la ventura porque no podía ser encaminado hacia un blanco concreto. Y en cuanto a la naturaleza de las cadenas, e incluso a la del talento, ¿qué decir? No hay sitio ni ocasión en que el genio no viva soportando imbéciles.

En cuanto a su forma, era indescriptible y podía, por esa razón, haber pasado inadvertido. El ojo humano puede no enviar al cerebro imágenes para las cuales no existe «concepto». Casi inmediatamente después de su aparición, dejan de «ser». Sus contenidos fueron dispersos, demasiado pequeños para provocar la atención mantenida del ojo, y derivaron hacia la tierra con rapidez. El lugar sobre el que se fijaron fue la inhóspita y pétreo Ciudad y, en unos segundos, la mayoría de ellos murieron por falta de receptores. Sólo uno sobrevivió. Por un azar, quizá matemáticamente calculable, pero de todos modos remoto, este uno encontró su camino a través de una abertura, más pequeña que el diámetro de una aguja, en la base de la cúpula de cristal de cuarzo que coronaba el rascacielos patrimonio de un Barón de la Ciudad; se deslizó químicamente en un vivero donde se las arregló para mantener la vida entre lo que allí había: plantas, algas y pequeños peces. A mediodía, en el nutrimento fortuito de esta matriz *de facto*, la Bestia Que Lloro había nacido. Sin una madre, sin un padre...

La Bestia Que Lloro era pequeña al nacer. En realidad, en el momento de su nacimiento medía poco más de medio centímetro.

Poco tiempo antes había sido un azaroso grupo de células protoplasmáticas, empujado de un lugar a otro del invernadero por las ondas

solares. El calor del sol del verano, que se escurría con lentitud hacia el otoño, le llevó más allá. Su altura no era mucha, pero pronto cambió. Con la voraz capacidad con que la vida le había dotado, pronto encontró y devoró toda la comida que el jardín ofrecía. En el espacio de una semana había alcanzado el tamaño de un perro pequeño.

Durante aquella semana, una buena parte del tiempo del que la Bestia disponía fue empleado en la observación. Según los estándares de la Ciudad, el jardín no era pequeño. Se extendía unos quince metros en las cuatro direcciones. Luego era interrumpido por los rígidos límites de las paredes de ladrillo. Transversalmente al techo del jardín, se alzaba una prolongación vertical de la cúpula de cristal de cuarzo, adentrada en el cielo para apresar algo del fresco aire de más arriba. Allí, encima del rascacielos del Barón, el jardín estaba aislado y, como un niño, succionaba y asimilaba el calor del brillante pecho del horno solar. Había murales en las paredes del jardín, pinturas, casi mosaicos, en cálidos colores terrosos, demasiado delicados y armoniosos para los sentidos no desarrollados de la Bestia. Pero, entonces, la Bestia sólo disponía de las cosas del jardín para establecer comparaciones: las flores y los peces, los frutales enanos y los alegremente coloreados pájaros que revoloteaban por todas partes; y éstas no eran las cosas que los murales describían.

Un día, sentado en el tiesto de lilas y masticando semillas de loto, la Bestia hizo un descubrimiento. Estirándose, había alcanzado un pez dorado. Se retorció y emitió horribles sonidos cuando él lo mordisqueaba. Sentado tranquilamente, pudo observar que a las cosas vivas no les gusta ser comidas mientras lo están. Su memoria le recordó los penetrantes chillidos de los pájaros que había comido, lo difícil que era apartar la sofocante suavidad de las plumas.

En vista de ello, resolvió no comer más cosas que estuvieran vivas. A medida que pasaban los días, se dio cuenta que aquélla había sido una buena decisión. Los animales dejaron de temerle y le procuraron mucho entretenimiento.

La Bestia seguía necesitando proteínas, pero lo resolvió con la muerte de sus compañeros y, de esta manera, solventó lo que era una necesidad natural.

El resto de su dieta se basaba en los árboles y en los brotes de las flores.

Cuando tenía poco más de un metro de altura, aprendió a caminar sobre sus patas traseras y descubrió la puerta. Este descubrimiento no lo hizo por sus propios medios, sino que fue parte de un cambio en su medio ambiente. La puerta se abrió y la Mujer vino a través de ella.

Por entonces la Bestia ya podía ver los murales, y la reconoció al momento como una de las cosas representadas en los mosaicos, toda ella tostada por la palpitante calidez de la no filtrada luz del sol. Esta mujer no le vio al principio. Él todavía estaba sentado en la fresca agua del estanque: aún mascaba sus simientes de loto. La mujer se quitó su vestido dorado y se tendió en la caliente y limpia arena, con un antifaz de tela negra sobre los párpados.

La Bestia se levantó rápidamente y avanzó con cuidado desde el pintado suelo azul del estanque hasta el camino de piedra. Anduvo silenciosamente hasta donde ella yacía, y se quedó mirándola en un ansioso escrutinio, como si debiera actuar. Sin embargo, permaneció inmóvil y contemplando su cuerpo anhelando algo que era demasiado joven para comprender.

Pasado un tiempo, la Mujer sintió su presencia y se quitó el antifaz de los párpados. Al verle, se sentó y recogió su ropa. Sólo lanzó un pequeño grito a la inmóvil atmósfera.

—¿Cómo entraste? —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La Bestia la miró de manera diferente por un momento. Su voz no era penetrante y dulce, como la de los pájaros, ni tampoco sibilante y gutural, como la del pez dorado. No chirriaba, como hacían los insectos.

—Bueno, respóndeme —exigió.

La Bestia hizo un ruido con su garganta; se llevó la zarpa al cuello. Su voz había sido fuerte esta vez, y le había hecho daño por dentro. Le volvió la espalda. Se puso a llorar, como había hecho ante el chillido de un pájaro moribundo, pero de nuevo ignoró por qué.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no sabes hablar? —preguntó la Mujer.

La Bestia se volvió de nuevo hacia ella y miró dentro de sus profundos ojos azules. Estaban húmedos, como los suyos, pero no de dolor. La Bestia nunca había sentido esa piedad.

—¡Pobre! —dijo la Mujer.

Se puso en pie y, sonrojada, se envolvió en su ropa y fue hacia él. Hizo movimientos para señalar la puerta.

—No puedes salir así —dijo—. ¿Dónde están tus ropas?

Le hizo más señas intentando hacerle mirar al lugar donde se hallaban sus cosas, usando su propia ropa como ejemplo.

La Bestia permanecía confusa, sin comprender.

—Está bien. Las buscaremos.

Mientras buscaba, la Mujer hablaba. Casi ociosas palabras, que ponían de relieve su nerviosismo ante su presencia. Un relámpago, el oscuro ruido de un trueno y un cohete atravesaron el cielo, atraídos por el espacio como el hierro por el imán. La Mujer rió.

—¿Sabes?, *somos* como hongos —dijo, mirando por debajo de un arbusto de gardenias—. Esos cohetes, esas aeronaves. Apuesto a que tú, como la mayoría de los obreros, no tienes ni idea de lo que son. Los humanos, los mortales, vivimos en la base del árbol, soportando las embestidas, los acontecimientos de la vida. Más arriba, en las ramas del roble, las aeronaves cincelan un imperio, sin contar para nada con nosotros, sin contar con la gente.

»Sólo los que hacen las leyes piensan en la gente. Hacen las leyes de modo que impidan a los constructores del imperio dejar caer el fuego del Sol sobre nosotros, subyugarnos o matarnos. Hacen leyes que limitan al hombre al empleo de su propia fuerza o a la contratación de mercenarios. Nos dan una seguridad social que limita el radio de acción de un hombre. —Revolvió escrupulosamente el jardín. Miró bajo los arbustos y matorrales, hasta en el estanque. Al terminar, estaba perpleja—. No se me ocurre qué hiciste para llegar aquí sin ropas. De cualquier manera, tampoco logro entender cómo te las has arreglado para entrar aquí. Hemos tenido suerte que nadie más te haya visto, si no tendrías problemas. Tú espera aquí y yo iré abajo, y miraré si puedo conseguirte algunas ropas de mi hermano pequeño. Luego veremos si puedo sacarte del edificio sin que nadie te vea. —Volvió a mirarle, moviendo su cabeza de izquierda a derecha, hasta que la fijó en ángulo con su delicado hombro—. Seguramente no podré sacarte esta noche, así que después de la

cena te traeré algo de comer. Suelo comer aquí arriba con bastante frecuencia, así que nadie lo encontrará extraño.

La Bestia permaneció mirando largo rato el sitio donde ella había estado tumbada en la arena. Luego, sin entender lo que había dicho sobre comida, fue por el jardín a procurársela.

La Bestia no comprendía la noche. Había nacido de los nobles rayos y de las poderosas radiaciones del Sol, y cuando éste desaparecía tras los límites de cemento del jardín se enrollaba bajo un bosquecillo de abetos del Canadá y se ponía a dormir. A veces, los ruidos de abajo le sacaban de su tranquilidad, y entonces veía las estrellas y la Luna. Las estrellas eran cálidas, y la Luna le hacía sentirse enfermo, y palidecer con una emoción que no podía saber que era la pena. Estaba dormido cuando la Mujer volvió. Ella movió su mano frente a un brillante panel de metal, y el jardín se abrió, como un fresco estallido de arco iris, en un enigma de luz artificial. La luz no era tan fuerte como el amanecer, pero iluminaba la estancia con la misma claridad. Como las luces no dan calor, la Mujer encontró a la Bestia dormida, enroscada como un ovillo. Cuando la tocó, despertó y levantó su mirada hacia ella.

Estaba ahora pálida. La Luna la bañaba de leche y su pelo era azulado como la Luna, no negro, aunque ella tenía cierto parecido con el negro suelo. Bajo el silencio de la Luna y las estrellas, él la adoró.

—Ven —dijo—. Ponte esto. Creo que mi hermano es más corpulento que tú, pero servirán.

La Bestia seguía aturdida. Intentó comprender sus movimientos, pero fue en vano.

—¿No sabes cómo ponértelo?

Él permanecía en silencio. La Mujer notó entonces algo en lo que no había reparado antes. Por un momento tuvo miedo.

—¡Oh! No me entiendes, ¿no es eso? Nada, ¿verdad?

La Mujer le ayudó a ponerse las ropas, aunque estaba nerviosa al tocarle. Sus ojos la seguían; le llegó de ella el olor a menta, un olor que conocía del lecho de plantas aromáticas, junto a la fuente de los pájaros.

—Eres un chico agradable —le dijo, mientras le vestía—. Me siento rara

contigo. Casi como si fuera tu madre, pero no maternalmente. —Se rió—. Lo que sentía por mis muñecas cuando tenía tu edad, o lo que siento por los pájaros, aquí en el jardín. Tenía un perrito con manchas negras cuando era muy joven. Mi padre no era Barón entonces. Vivíamos en una torre de Barón, pero mi padre sólo estaba aprendiendo su empleo. Me dejaban jugar con otros niños y conocía a montones de muchachos como tú; sólo que, claro, sabían hablar. —Le miró de nuevo con aquella piedad—. Bueno, por fin estás presentable, y tendrás más trajes cuando vayas a casa. Me imagino que estarás entre los obreros. Bueno, no importa, no tienes que volver esta noche. No podría pasar más allá del piso número cien, aunque mi vida dependiese de ello. Mira, te he traído comida.

Le llevó a través del jardín y le dio una cesta con alimentos. La Bestia la miró estúpidamente, y entonces ella abrió una botella de cerveza, extendió una servilleta en el suelo, y dispuso sobre ella trozos de pollo cocinado, pan y melón. La Bestia no comió hasta que ella le puso un pedazo en la mano. Entonces supo que era comida.

La Mujer se sentó sobre las losas y le miró comer con los dedos. A los pocos minutos, sintió el deseo de cogerle y acariciarle, o rascarle la cabeza, tanto le recordaba a su perdido cachorro.

—Si esta habitación fuera sólo mía, podría tenerte aquí en secreto, como a un animalito. Mi padre no me deja tener otro perro. Dice que alguien podría utilizarlo como un arma contra mí. No tengo ningún amigo. Nadie con quien hablar, y, claro está, no puedo salir del edificio. Tengo sólo dieciocho años y la suerte no me ha escogido todavía un marido, así que nunca he estado con un joven. ¡Oh! ¡Qué ganas tengo que llegue ese día! Alguien alto y fuerte, como un guerrero, y bronceado como si trabajara en los campos. ¡Será tan hermoso y cortés...! Me cogerá en sus brazos y viviremos como en una nube.

Los ojos de la Mujer brillaban, y vio a través de la Bestia su pasado y su futuro. La Bestia le miraba a los ojos, tras el velo de lágrimas felices, y sus propios ojos brillaron en respuesta.

Cuando terminó la comida, la Bestia tomó otra decisión. Levantó su mano, que brillaba por el aceite de la comida, y le tocó el vestido. Era un vestido blanco, con mangas amplias que se ondulaban cuando andaba. El sitio

donde su mano encontró la suavidad de la ropa quedó manchado sin remedio, pero la Mujer sonrió. Siguiendo su impulso, se inclinó y besó su frente con ternura, como se besa a los niños.

—Eres dulce —dijo, y se fue con la cesta y el mantel blanco.

Apagó las luces a su paso. La Bestia se precipitó de un salto hasta su bosquecillo de abetos, y pronto quedó dormida.

Las familias de los Barones estaban bien alimentadas. Si el Barón pedía una comida poco nutritiva por sí misma, el alimento era cuidadosamente tratado con las necesarias vitaminas, minerales y proteínas. Así que la Bestia había hecho su primera comida completa y equilibrada. Estaba, por primera vez en su corta vida, alimentada como convenía para estimular su extraordinaria capacidad de crecimiento. Durante la noche, la Bestia maduró.

El Sol se levantó sobre las paredes de cemento, y comenzó su avance cotidiano de un panel de cuarzo a otro, como una misteriosa pieza en un juego de ajedrez sin reglas. La Bestia había crecido en su calor. Estiró sus dorados miembros y, con su primera contracción, los músculos se afirmaron y redondearon. Con la primera inspiración de siempreviva y oxígeno de la mañana, sus pulmones ganaron capacidad, y su pecho se ensanchó. Cuando se puso en pie, lo hizo con extraordinaria facilidad, y advirtió que ahora tenía vello en el cuerpo. También otras cosas habían cambiado, cosas dentro de él que ahora eran diferentes. Las ropas que la Mujer le había dado se desgarraron, reventadas por sus estirones de la noche, y cayeron al suelo. Había sido despojado de sus andrajos por su verdadera naturaleza. La Bestia era ahora un adolescente, o, mejor aún, estaba en los últimos estados de su adolescencia.

Durante toda la mañana, el Sol evolucionó en su órbita prescrita y, con el transcurso del día, la Bestia se apostó ante la puerta. Cuando el cristal de cuarzo se tiñó con los colores de la caída del Sol, la puerta se abrió. La Mujer iba vestida de un tejido amarillo y ligero, como junquillos, girasoles, como las claras notas altas de una trompeta. Miró a la Bestia.

Nada perceptible pasó entre ellos. La Bestia permanecía inmóvil. Ahora no lloraba. La Mujer permaneció también inmóvil. No buscó con su mente una explicación ni consideró que fuese necesaria.

—Eres el mismo —dijo—, eres el mismo niño. Puedo asegurarlo. Pero eres diferente, no eres igual, porque ahora eres un hombre.

La Bestia la miró, y sus ojos no estaban húmedos ni perdidos. Ahora era fuerte, distinto.

Cuando el Sol estaba bajo y las estrellas brillaban con desmayo en el pálido cielo azul, las lilas de Juno florecieron. Levantaron sus grandes capullos blancos, levemente, sobre el agua, y se estiraron hacia el sitio donde la Luna debía estar. La Bestia alargó un brazo y tiró de una de ellas, hasta que su flexible tallo se tronchó. Gotas del agua de la piscina saltaron en cascada hacia ellos. La Mujer se lo llevó a su pecho y aspiró su fragancia. Suspiró, y de su seno húmedo y oscuro dejó salir aquel mismo perfume de sauces y de cálidas noches de verano. La Bestia la besó de la manera que ella le había enseñado.

La Mujer tarareó en voz baja un aire rítmico y, recostándose sobre la hierba, empezó a cantar: *Mi Príncipe creció de una Rana*, y los grillos detuvieron sus chirridos para escuchar.

*Mi Príncipe creció de una Rana
que vivía en un Pozo de Plata,
y la historia que cuento,
es la de cómo le besé, mientras estaba
sobre un tronco caído. La Rana, que era
un Príncipe,
recobró mi Pelota de Oro.*

Le dejó antes de que llegara la mañana. Sus cabellos negros relucían por el deslizarse de muchas caricias. La Bestia comió el alimento que ella le había dejado. Los abetos eran una espinosa enramada para él, y los lotos ya no eran sagrados.

Pasó la semana siguiente. La Bestia llevaba una ligera barba negra y había signos de arrugas en los pliegues de sus ojos. Su pelo, largo hasta los

hombros, se había hecho rústico, su piel era menos suave, sus labios eran más oscuros y endurecidos que antes.

La Mujer no estaba tan distinta, pero había cambiado.

—Quisiera que esto durase siempre, Mi Príncipe —dijo un día en que el Sol era especialmente ardoroso—. Pero tú no eres para siempre, ni yo. He visto en ti una maravilla y un milagro; pero los milagros tienen que terminar, como todas las cosas, buenas o malas, y temo que lo bueno pasa a menudo antes que lo malo. Has crecido rápidamente, de un niño a un hombre en el mismo mes. Creo que pronto, Mi Príncipe, morirás. Cuando hayas muerto, me quedaré sola.

Ahora era la Mujer quien lloraba, y la Bestia no pudo reconfortarla porque no había entendido sus palabras. Y aunque lo hubiera hecho, no habría sido capaz de comprender los conceptos que ella expresaba. En los días de la Mujer, la Bestia sólo conoció el éxtasis.

—Has venido aquí —dijo ella, tranquilizándose y conteniendo sus lágrimas— de algún lugar más allá de mi mundo, y te has convertido en un mundo para mí. Estoy contenta de que hayas venido. Me has dado algo con qué pesar el valor de mi vida, una medida. Pienso que quizá sea bueno que envejecas y mueras tan rápidamente. Si mi padre te descubriese aquí, te daría muerte. Acepto que mueras, no puedo pedir favores a la muerte. Pero no quiero ser cómplice de un asesinato.

La Bestia era como un hombre de mediana edad. Se había hecho más recio, aunque, por una merced de su naturaleza, no había desarrollado barriga, ni ninguno de esos desagradables accidentes que tienden a hacer que un hombre pierda algo de su arrogancia física durante ese tiempo de su vida. Aunque la Bestia hubiera desarrollado alguna de tales imperfecciones, no se habría interesado por ellas. Su vida era demasiado corta para permitirle el aprendizaje de la conciencia social.

Ahora, la Bestia y la Mujer ya no se mostraban tan apasionados. Habían llegado, en dos breves semanas, a la especie de relación que muchos, aun después de años de matrimonio, no alcanzan. Estaban juntos constantemente y, cuando lo estaban, ni el uno ni el otro se sentían solos.

—Estos han sido días felices —dijo—. Valoro estos días como no

valoraré ninguno de los que vengan después. Cuando me elijan un hombre, seré una esposa para él; pero la suerte habrá fallado. Sea quien sea mi marido, tendrá que recibir de mí un afecto triste.

Una vez que estaba de un humor sombrío, le dijo:

—Mi padre tiene problemas con los otros Barones. Su proyecto ha sido rechazado en el Congreso y puede ser expulsado. Si eso sucede, me enviarán fuera para que pase mi vida como una obrera. Mi padre se quedará y luchará, como es su costumbre, y es posible que todos en la Torre sean derrotados. Si mi padre va a la guerra, serás descubierta. Este jardín está sobre las torrecillas de los cañones. Bajo este suelo hay armas. ¡Oh! Si lo expulsan...

Pronto llegó el tiempo de la vejez de la Bestia. Ya no podía oler los abetos en la noche ni las lilas rosa perla. Su largo y lacio cabello era blanco, como su barba. Sus ojos, ahora, eran profundos y fríos. Se encorvaba y dormía mucho más que antes.

La Mujer no había venido desde hacía tres días. El cielo estaba frío y gris. De vez en cuando, tenues y rápidos copos de nieve daban contra el vidrio de cuarzo con un ruido áspero. La Bestia tomó una decisión basada en su observación, y deslizó su mano frente al reluciente panel de metal. Vino la luz, pero al mezclarse con la escasa del día no le alegró. Las rosas rojas de una pequeña maceta, rosas que habían palpitado con vida, rosas que habían brotado para encontrar al vivo Sol, estaban ahora marchitas y desvanecidas, purpúreas como los labios de una prostituta pintarrajeada.

Cuando la Mujer llegó, lo hizo velozmente. Cruzó con rapidez la puerta hacia el oscuro y húmedo jardín. Era la primera vez que la Bestia veía ropas de calle, y mostró curiosidad por ellas. La Mujer vestía una capa negra con capucha y llevaba un maletín. La Mujer corrió y se apretó contra la Bestia. Mojó sus mejillas con lágrimas.

—Adiós —sollozó—, adiós, Mi Príncipe. Esta es la última vez que te veo. Mi padre ha sido expulsado y me envían fuera a través de los túneles. No tengo forma de salvarte. Mi padre y los suyos estarán muertos antes de la mañana, y tú con ellos. ¿No me dirás ahora algo, aunque sólo sea un adiós?

Dímelo una vez, sólo una.

La Bestia la atrajo suavemente hacia sí. Fuera sonaba un zumbido, como el de las abejas. La nieve se estampó contra la cristalera de cuarzo y se derritió.

La Bestia comprendió lo que ella deseaba. Emitió sonidos con su garganta, sonidos ásperos y duros, parecidos a aullidos..., pero no palabras. Eso estaba fuera de su alcance, y su vida había sido demasiado corta para aprenderlas.

Como una estrella, apareciendo entre nubes furtivas, un avión se dejó ver al otro lado de los ventanales. Era un aparato antiguo, fuera de lugar en aquel mundo, con hélices, una pequeña carlinga vidriada y una ametralladora. El piloto tiró del disparador y una fina línea de balas atravesó el cristal. Más tarde, el avión se fue y las ventanas quedaron hechas pedazos.

En sus brazos, la Mujer vaciló. Había saltado lejos de él cuando el avión se acercó y luego había caído de nuevo en sus brazos.

La Bestia movió sus nudosos dedos hacia los negros y brillantes botones de su chaqueta. Con grande y tierno cuidado abrió su blusa. Rasgó las apretadas ropas interiores y desnudó su pecho. Entre sus senos encontró un orificio. Estaba herida, y la sangre goteaba en un hilo; no tenía pulso; la Mujer había muerto.

Se preguntó qué debía hacer entonces. Cuando los animales del jardín morían, él se los comía. Se preguntó si debía hacer lo mismo ahora. Como ausente, dejó caer su vieja cabeza, vieja por el paso de unas pocas semanas, y lamió la sangre de su carne. Con el agradable sabor salado en su boca, cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos lloró. La Bestia lloró. Quedó en pie, agotada y llorando.

Su cuerpo estaba limpio y blanco. A través de las destrozadas ventanas, un fuerte viento sopló y agitó sus brillantes y negros cabellos. Un pequeño rizo cayó sobre su frente.

Arriba, en lo alto del cielo, en lo más alto de la Torre del Barón, el jardín estaba destruido. El viento se hizo más salvaje y sopló en la concha de la vida, rompiendo lo que aún quedaba de los cristales. El viento desgarró los pétalos de las rosas y los lanzó en remolino, al aire abierto, desperdigándolos

por el cielo. Los pájaros estaban libres.

Periquitos color fucsia, azules y blancos revolotearon entre los pétalos azafrán y escarlata para alzarse lejos y morir en el invierno que llegaba. Un pavo real llameó en el distante olvido, siempre apagándose.

La nieve fue llevada a los cálidos estanques y descansó sobre las hojas de los lotos, transformando la superficie del agua en un lecho de aparentes sombrillas gigantes. Las orquídeas se ennegrecieron con el contacto del frío. Las palmas, las buganvillas, desposeídas de sus capullos, se agitaron bajo el frenético remolino de la tormenta.

Sola en los cielos, la Bestia Que Lloro se marchitaba. El Sol estaba velado por la nieve, las flores se morían y sólo los abetos parecían no darse cuenta.

HUEVOS FATÍDICOS

Mikhail Bulgakov

El celebrado autor de El maestro y Margarita era ante todo un agudo observador y un excelente satírico. Cualidades éstas poco apreciadas en la Rusia de Stalin (y en otros muchos sitios que no menciono), sus fatídicos y distanciadores huevos no consiguieron permiso de publicación en su país.

Como se ha preguntado alguien maliciosamente, si el relato fue prohibido, ¿no será porque era verídico?

Vladimir Ipatievich Persikov, profesor de Zoología en la Universidad del Cuarto Estado y director del Instituto Zoológico de Moscú, entró en su oficina de este último, situado en la Gran Nikitskaya, la tarde del día 16 de abril de 1928. El profesor encendió la deslucida lámpara central y miró en torno suyo.

Tenía cincuenta y ocho años. Su cabeza, de respetable tamaño, era alargada y calva, aunque lucía algunos mechones de cabello amarillento a los lados. En su faz, imberbe, destacaba un labio inferior protuberante que le daba una expresión de constante fastidio. Sobre su roja nariz cabalgaban anticuados anteojos de delgada montura de plata. Tenía los ojos pequeños y brillantes. Era alto, de espaldas algo encorvadas, y al hablar solía elevar su ronca voz. Entre sus otras características se encontraba su costumbre de, cada vez que hablaba de algo con mucho énfasis y convencimiento, levantar el dedo índice de la mano derecha doblado como un anzuelo, al tiempo que torcía los ojos ostensiblemente. Y dado que siempre hablaba con seguridad, por su fenomenal erudición en el campo de su especialidad, el anzuelo aparecía con frecuencia ante los ojos de sus oyentes. Pero a los asuntos que estaban fuera de su campo (o sea la zoología, la embriología, la anatomía, la botánica y la geografía), les dedicaba más bien escaso interés y rara vez se molestaba en hablar de ellos.

El profesor no leía los periódicos y nunca iba al teatro. Su mujer le había abandonado en 1913 por un tenor de la ópera, Zimin, dejándole la siguiente nota:

«Tus ranas me hacen estremecer con intolerable asco. El resto de

mi vida será desgraciada recordándolas.»

El profesor no había vuelto a casarse y siguió sin tener hijos. Era de genio muy vivo, pero se calmaba pronto. Una cosa le encantaba: el té con frambuesas. Vivía en la avenida Prechistenka, en un piso de cinco habitaciones. Una de ellas estaba ocupada por su ama de llaves, María Stepanovna, una mujer pequeña y arrugada que le cuidaba como una nodriza a un niño. En 1919 el Gobierno le requisó tres de sus cinco habitaciones, a raíz de lo cual declaró a María Stepanovna:

—Si no terminan estos atropellos, María, tendré que emigrar al extranjero.

Si el profesor hubiera realizado su plan habría podido encontrar con facilidad una cátedra de Zoología en cualquier Universidad del mundo, siendo, como era, un científico muy renombrado. Con excepción de los profesores William Weccle, de Cambridge, y Giacomo Bartolommeo Beccari, de Roma, no tenía rival en materia alguna tocante a los anfibios. Por si eso fuera poco el profesor Persikov podía conferenciar en cuatro idiomas además del ruso, y hablaba francés y alemán con la misma fluidez que su lengua materna. Pero su intención de emigrar nunca fue llevada a la práctica, aun cuando 1920 resultó ser peor que 1919, ya que las alteraciones se sucedían sin interrupción. Primero, la Gran Nikitskaya fue rebautizada como calle Herzen. Más tarde, el reloj del edificio situado entre ésta y Gorokhoyava se paró en las once y cuarto. Y para terminar, el terrario del Instituto Zoológico se convirtió en escenario de muertes masivas. Los primeros en morir, incapaces de soportar las perturbaciones de aquel famoso año, fueron ocho espléndidos ejemplares de rana arbórea; luego, quince sapos comunes, seguidos, por último, de un espécimen más notable de sapo de Surinam.

Inmediatamente después de los sapos, cuyas muertes diezmaron la población de este primer orden de anfibios, que es precisamente conocido como «sin cola», el viejo Vlas, vigilante del Instituto, que no pertenecía a la especie de los anfibios, pasó a mejor vida. La causa de su muerte fue, sin embargo, la misma que la de los desgraciados animales y que inmediatamente diagnosticó Persikov como «nutrición deficiente».

Y, justamente, el científico se hallaba en lo cierto. Vlas estaba a dieta de harina de cereales, y las ranas tenían que ser alimentadas con gusanos de harina. Desde que faltó lo primero es lógico que lo segundo también hubiera desaparecido. Persikov pensó en cambiar la dieta a los restantes veinte ejemplares de rana arbórea sustituyéndola por otra de cucarachas, pero éstas también habían desaparecido, demostrando así su maliciosa animadversión, en tiempo de guerra, contra el comunismo. Y de esta forma los últimos representantes de aquella especie tuvieron que ser asimismo depositados en los cubos de basura del patio del Instituto.

El efecto que estas muertes produjo sobre Persikov, especialmente la del sapo de Surinam, desafía toda descripción, y echó toda la culpa del desastre al entonces comisario de Educación. Con su sombrero y sus chanclos de goma, plantado en el pasillo del frío Instituto, Persikov habló a su asistente Ivanov, un muy elegante caballero de puntiaguda barba rubia:

—¡Matarle por esto es poco, Piotr Stepanovich! ¿Qué es lo que pretenden? ¡Van a acabar con el Instituto! ¿Es eso? Un magnífico macho, un extraordinario ejemplo de Pipa americana de trece centímetros de largo...

Pero, a medida que avanzaba el tiempo, las cosas iban de mal en peor. Tras la muerte de Vlas todas las ventanas se habían helado y era imposible moverlas, llegando al extremo que la superficie del cristal se cubrió de hielo. Los conejos murieron; luego, los zorros, los lobos, el pez y todas las culebras de hierba. Persikov se pasaba el día yendo en silencio de un sitio para otro. Poco después atrapó una pulmonía, pero no murió. Una vez recobrado, iba al Instituto dos veces por semana para dar sus conferencias del anfiteatro, donde la temperatura, por algún motivo, permanecía a 5 °C a pesar del frío que hacía afuera. En pie sobre sus chanclos, con un sombrero de orejeras y una bufanda de lana, exhalando nubes de blanco vapor, daba a ocho estudiantes una charla sobre «Los reptiles en la Zona tórrida». El resto del tiempo lo pasaba en casa. Cubierto con un mantón a cuadros, se tumbaba en el sofá de su habitación, cuyo respaldo, que llegaba hasta el techo, estaba atiborrado de libros; allí tosía, clavaba la vista en la estufa abierta que María Stepanovna alimentaba con sillas doradas, y se ponía a pensar en el sapo de Surinam.

Pero como todo tiene su fin en este mundo. 1920, terminado, dejaba paso

a 1921. Y este último mostró, al principio, una cierta tendencia al cambio. Primero, para reemplazar al difunto Vlas, llegó Pankrat. Era joven todavía, pero prometía ser un buen encargado y conserje. El edificio del Instituto empezaban a acondicionarlo, y, durante el verano, Persikov se las arregló, con la ayuda de Pankrat, para atrapar en el río Klvazma catorce ejemplares de *Bufo vulgaris*. El terrario empezó de nuevo a llenarse de vida... En 1923 Persikov todavía daba ocho conferencias por semana —tres en el Instituto y cinco en la Universidad—. En 1924 llegó a dar trece a la semana, como se hacía en las Universidades de los Trabajadores, y en 1925 se hizo famoso al reprobar a setenta y seis alumnos, por el tema de los anfibios.

—¿Que no sabe usted en qué difieren los anfibios de los reptiles? —preguntaba Persikov—. Es simplemente ridículo, joven. Sepa usted que los anfibios no tienen apófisis pélvicas, ninguna. Sí... Debería caérsele la cara de vergüenza. ¿Es usted, acaso, marxista?

—Lo soy... —respondía el ya suspendido alumno, desanimado.

—Muy bien. Vuelva en otoño para un nuevo examen, por favor —decía Persikov cortésmente, antes de añadir, volviéndose a Pankrat—: ¡El siguiente!

Igual que los anfibios reviven tras la primera lluvia abundante que sigue a una larga sequía, así revivió el profesor Persikov en 1926 cuando la Compañía Ruso-Americana edificó quince casas de otros tantos pisos en el centro de Moscú, a partir de la esquina de la calleja Gazetny con Tverskaya, y trescientas casas para ocho familias de trabajadores cada una en las afueras de la ciudad, acabando, de una vez por todas, con la absurda crisis de viviendas que había causado tantas fatigas a los habitantes de Moscú desde 1919 a 1925.

En conjunto, fue uno de los mejores veranos de la vida de Persikov, y en él tuvo bastantes ocasiones para frotarse las manos y sonreír, de forma tranquila y contenta, al recordar lo apretados que habían estado en sólo dos cuartos él y María Stepanovna. Ahora, el profesor tenía de nuevo sus cinco habitaciones, así que se estiró, puso en orden sus dos mil quinientos libros y sus diagramas, colocó los especímenes en los sitios de costumbre y encendió la lámpara de pantalla verde que iluminaba su estudio.

El Instituto también estaba irreconocible: se le había dado una capa de pintura de color marfil, había sido instalada una tubería especial para llevar el agua al cuarto de los reptiles, y todo el cristal ordinario fue reemplazado por cristal placado. Se le dotó también de cinco nuevos microscopios, mesas de disección con tablero de cristal, lámparas de dos mil vatios, de las de luz indirecta, reflectores y marcos para los ejemplares del museo...

Persikov se recobró, y todo el mundo pudo advertirlo en diciembre de 1926, a instancias de la publicación de su folleto *Más sobre el problema de la propagación de los gastrópodos*. Y el verano de 1927 vio la aparición de su obra de mayor envergadura, trescientas cincuenta páginas, traducida posteriormente a seis idiomas, incluyendo el japonés, *La embriología de las Pipidae. Sapos de pies de laya y Ranas*, Editorial del Estado; precio: cinco rublos.

Pero en el verano de 1928 tuvieron lugar aquellos increíbles y desastrosos acontecimientos...

El profesor se había sentado en un taburete giratorio de tres patas, y, con dedos amarillentos por el tabaco, daba vueltas al tornillo de ajuste del magnífico microscopio Zeiss, examinando una preparación ordinaria de amebas vivas. En el momento en que hacía pasar el amplificador del 5 al 10.000, la puerta se entreabrió dejando ver una perilla puntiaguda y un delantal de cuero, pertenecientes ambos al asistente del profesor, al tiempo que llamaba:

—Vladimir Ipatievich, he preparado un mesenterio, ¿le gustaría verlo?

Persikov bajó ágilmente del escabel, dejando el tornillo a medio camino, y, dándole vueltas entre los dedos al cigarrillo que estaba fumando, se dirigió hacia donde le invitaba su asistente. Allí, sobre la mesa de cristal, medio muerta de miedo y dolor y crucificada en un trozo de corcho, había una rana con sus translúcidas vísceras arrancadas del sangriento abdomen y colgando ante el microscopio.

—Muy bien —dijo Persikov mientras se inclinaba sobre el ocular. Evidentemente debió ver algo muy interesante en el mesenterio de la rana, donde los vivos corpúsculos de la sangre corrían a lo largo de los ríos de vasos. Durante la hora y media siguiente, olvidadas sus amebas, estuvo

turnándose con Ivanov sobre la lente del microscopio. Finalmente, se apartó del instrumento óptico para anunciar: «La sangre se está coagulando, eso es lo que pasa», y, estirando sus entumecidas piernas, se levantó y volvió a su laboratorio. Allí, Persikov bostezó, se frotó sus siempre inflamados párpados y, sentándose en el taburete, se lanzó sobre su microscopio. Puso los dedos sobre el tornillo para darle la vuelta, pero no llegó a moverlo. En vez de eso, Persikov vio a través de la lente un borroso disco blanco con gran número de amebas descoloridas y casi inertes. En su centro había una extraña espiral coloreada, de forma parecida a la de un rizo de cabello femenino. Tanto Persikov como cientos de sus alumnos habían visto esa espiral muchas veces, y nunca nadie le había prestado el menor interés. En realidad, no había ninguna razón para preocuparse por ella. Aquel multicoloreado remolino luminoso no hacía más que dificultar la observación y demostraba que el microscopio estaba mal enfocado, por lo que siempre había sido cruelmente eliminado con una simple vuelta al tornillo que daba una uniforme luz blanca al campo total de visión.

Los largos dedos del zoólogo no habían hecho más que asir firmemente el tornillo cuando, de pronto, se estremecieron y lo soltaron. La razón de esto yacía en el ojo derecho de Persikov, que había pasado de atento a atónito y se había abierto desmesuradamente debido a la sorpresa. Toda su energía y toda su mente estaban ahora concentradas en ese ojo. La criatura más alta observaba a la más baja, forzando mucho la vista sobre la preparación mal enfocada. Al cabo de un rato el profesor preguntó, nadie sabe a quién:

—¿Qué es esto? No entiendo...

Un enorme camión, que en aquel momento circulaba frente al Instituto, hizo temblar las viejas paredes del edificio. El profesor levantó entonces las manos sobre el microscopio, cubriéndolo como haría una madre para proteger a su hijo, atemorizado por algún peligro. No había razón alguna para mover el tornillo.

Comenzaba a despertar el nuevo día, y ya una franja dorada sesgaba la marfileña entrada del Instituto cuando el profesor se decidió a abandonar el microscopio y se encaminó, sobre sus dormidos pies, hacia la ventana. Con dedos temblorosos apretó un botón situado junto al marco de ésta, y, tras

cerrarse los porticones, las pesadas sombras negras volvieron a expulsar la luz de la mañana, siendo devuelta al estudio la entendida y sabia noche.

Cetrino y ensimismado, el profesor Persikov se plantó con las piernas abiertas, mientras, mirando fijamente y con ojos húmedos el parquet que cubría el suelo, murmuraba:

—Pero, ¿qué puede ser? ¡Es realmente monstruoso...! Es monstruoso, caballeros —repetía dirigiéndose a los sapos del terrario.

Pero los sapos dormían, y no contestaron.

Permaneció en silencio durante un momento; luego, dando un golpe al interruptor, apagó la luz que iluminaba la estancia y se puso a mirar nuevamente por el microscopio. Su cara se tornó tensa, y sus pobladas cejas amarillas se juntaron.

—Hum, hum —musitó—. Se ha ido. Ya veo. Ya ve-e-e-o —dijo lenta y pesadamente, mirando como un loco, inspirado, la apagada bombilla del techo—. Es muy simple.

Desechó las sombras una vez más y volvió a encender la lámpara. Con la vista fija en la bombilla sonrió alegremente, casi como un niño.

—Lo conseguiré —dijo con un énfasis solemne—. Lo conseguiré. Con sol también podría hacerse...

De nuevo reinó la penumbra pero el sol, que ya estaba saliendo, derramó su resplandor por los muros del Instituto y cayó oblicuamente sobre los adoquines de la calle Herzen. El profesor, tras abrir la ventana, se puso a calcular desde allí las posiciones del astro durante el día. Se alejaba un poco y volvía una y otra vez con pasos nerviosos, y, finalmente, se recostó sobre el alféizar. Se impuso importantes y misteriosas tareas. Regresó donde se hallaba el microscopio y procedió a recubrirlo con una campana de cristal, y, tras derretir algo de cera de sellar sobre la llama azul del quemador, lacró a la mesa los bordes de aquella campana, apretando la cera con sus pulgares. Hecho esto, apagó el gas, salió de su estudio y cerró la puerta con candado.

Los corredores del Instituto estaban todavía en la semioscuridad. El profesor encontró el camino hasta el cuarto de Pankrat y llamó a la puerta, sin que, durante largo rato, obtuviese respuesta alguna. Por fin apareció Pankrat, vestido únicamente con unos calzoncillos largos atados a los tobillos. Sus

ojos se abrieron mucho cuando distinguió al científico, aunque parpadeaban continuamente debido al sueño.

—Pankrat —dijo el profesor mirándole por encima de sus gafas—, perdóneme por haberle despertado. Escuche, amigo mío, no vaya a mi estudio esta mañana. He dejado allí trabajo y no quiero que se toque. ¿Entendido?

—Hum-m... comprendo —respondió Pankrat sin entender nada. Se balanceó y emitió un pequeño gruñido.

—No, escuche; despierte, Pankrat —dijo el zoólogo dándole un ligero empujón en las costillas, cosa que llevó a la faz del otro una expresión atemorizada y una sombra de inteligencia a sus ojos—. He cerrado el estudio —continuó Persikov—. No vaya a limpiarlo antes de que yo vuelva, ¿me entiende?

—Sí, se-ñor —farfulló Pankrat.

—Excelente. Ahora, vuelva a dormir.

Pankrat dio media vuelta, desapareció tras la puerta e inmediatamente se desplomó sobre la cama. Mientras, el profesor empezaba a abrigarse en el vestíbulo del Instituto. Se puso su abrigo gris de entretiempos y su suave sombrero de fieltro. Luego, recordando lo que había visto en el microscopio, fijó la vista en sus chanclos durante largo rato, como si fuera la primera vez que los veía. Acto seguido, y tras calzarse el chanclo del pie izquierdo, intentó ponerse el del derecho encima del que ya llevaba, pero no hubo forma para que éste le entrara.

—¡Qué fantástico accidente el que me llamase Ivanov! —dijo el científico—. De otra manera nunca lo habría advertido. Pero, ¿qué es lo que representa? ¡Sólo el diablo sabe qué puede traer esto!

El profesor hizo una mueca; se miró los pies de soslayo, se quitó el chanclo izquierdo y se puso el del pie derecho.

—¡Santo Dios! Uno no puede ni imaginarse las consecuencias...

Tiró desdeñosamente el chanclo izquierdo, que le había estado irritando por negarse a entrar sobre el derecho, y se fue hacia la puerta llevando puesto uno solo. Se le cayó el pañuelo y salió a la calle cerrando la pesada puerta tras de sí.

El científico no encontró ni un alma en todo el trayecto hasta la catedral. Una vez allí, alzó la vista y la cúpula dorada le asombró. El sol la bañaba vistosa y alegremente por un lado.

—¿Cómo es que nunca hasta ahora la había visto? Qué extraña coincidencia. Maldita sea, que loco.

El profesor se inclinó ligeramente y, a la vista de sus pies, calzados de distinta forma, se sumió en profundas vacilaciones.

«Hum... ¿Qué hacer ahora? Sería una lástima tirar el chanclo. Me lo llevaré», se dijo, al tiempo que se lo quitaba para transportarlo con mano escrupulosa.

Un pequeño y desvencijado coche dobló por la esquina de Prechistenka. Dentro iban tres hombres, al parecer bebidos, y una mujer, muy pintada, sobre las rodillas de uno de ellos, con pijama de seda, última moda, estilo 1928.

—¡Eh, papi! —gritó la mujer con voz ronca y cascada—. ¿En qué taberna dejaste el otro?

El profesor los miró con severidad por encima de sus gafas, pero al cabo de un momento ya no se acordaba de ellos.

Los hechos se habían desarrollado así:

Cuando el profesor llevó su inspirada mirada de genio sobre el ocular del microscopio, advirtió por primera vez en su vida la presencia de un rayo particularmente espeso y vívido en la multicoloreada espiral. El rayo era de un rojo encendido y emergía de la espiral por un pequeño punto del tamaño de una cabeza de alfiler. No había pasado de ser un golpe de suerte —mala— el que ese rayo llegase a captar la atención del virtuoso durante varios segundos.

En su interior, el profesor había intuido el signo de algo que era mil veces más significativo que el rayo en sí, frágil biproducto accidental del movimiento de la lente y del espejo del microscopio. Gracias a que su asistente le había llamado, las amebas se habían quedado durante hora y media bajo la acción del mencionado rayo, y los resultados fueron los

siguientes: mientras las amebas granulares que el rayo no alcanzaba estaban débiles y empezaban a mostrar signos de tumefacción, extraños fenómenos tenían lugar en el área iluminada por el fino hilo rojo. La zona encarnada se estremeció y vibró, y las grises y desmayadas amebas, estirando sus pseudópodos, alcanzaron el hilo y revivieron como por causa de un milagro. Alguna fuerza pareció infundirles energía vital. Se agitaron en enjambres luchando unas con otras por conseguir un sitio bajo el rayo. Entonces se desencadenó un frenético (ninguna otra palabra puede describirlo con propiedad) proceso de multiplicación. Desafiando las leyes que Persikov conocía como la palma de su mano, las amebas brotaban ante su vista con la velocidad del relámpago, sin ningún respeto para con las citadas leyes. Se separaban bajo el rayo y, dos segundos después, cada parte se convertía en un nuevo y fresco organismo. En pocos instantes, esos organismos alcanzaban su completo desarrollo y madurez exclusivamente para, a su vez, producir nuevas generaciones.

El espacio rojo, y luego todo el disco estuvieron pronto superpoblados, y así sobrevino el inevitable forcejeo. Las amebas recién nacidas se atacaban furiosamente entre sí, y las que caían en la lucha eran desgarradas y engullidas sin tardanza por las demás participantes en aquel combate por la supervivencia. La victoria fue para las mejores y más fuertes. Y éstas eran terroríficas. Para empezar, tenían aproximadamente el doble del tamaño de las amebas ordinarias. En segundo lugar, se distinguían por una extraordinaria y agresiva acción. Sus movimientos eran, en efecto, rápidos, a la par que sus pseudópodos eran mucho más largos que lo normal, y se servían de ellos, sin exageración, como un pulpo lo hace de sus patas.

La tarde siguiente el profesor, pálido y encogido, estudiaba la nueva generación de amebas. No había comido en todo el día y se mantenía sólo a base de los gruesos cigarros que él mismo se hacía uno tras otro. Al tercer día llegó a la fuente de energía: el rayo escarlata.

Al caer la tarde, mientras el gas silbaba levemente en el quemador y el tráfico se deslizaba ruidosamente sobre el pavimento del exterior, el profesor se dejaba caer sobre su silla giratoria, envenenado por el centésimo cigarrillo.

—Sí, ahora todo está claro —musitó Persikov—. El rayo las resucitó. Se

trata de un nuevo rayo, nunca estudiado hasta ahora ni descubierto por nadie. Lo primero que hay que hacer es descubrir si esto sólo lo produce la luz eléctrica o si puede ser generado también por luz solar.

La respuesta a esta pregunta le fue dada en el curso de la noche siguiente. En efecto, habiendo conseguido tres rayos en tres microscopios distintos y sin haber podido obtener ninguno del sol, dijo en voz alta, aunque estaba solo:

—Tenemos que admitir que esto no existe en el espectro solar... Hum... En pocas palabras, concluimos que sólo puede ser obtenido de la luz eléctrica.

Tras contemplar amorosamente la lámpara de vidrio esmerilado que pendía del techo y estar un rato meditando profundamente, invitó por fin a Ivanov a su estudio. Le contó toda la historia y le enseñó las amebas.

El profesor asistente Ivanov quedó aturdido, completamente abrumado. Maldición, ¿cómo una cosa tan simple como esa delgada línea nadie la había advertido hasta entonces? ¿Nadie? Caramba, ¿ni siquiera él mismo?

—¡Pero mire, Vladimir Ipatievich —gritaba Ivanov con su horrorizado ojo pegado al ocular—, mire lo que está ocurriendo! ¡Crecen ante mis ojos...! ¡Mire, fíjese...!

—Las he estado observando durante tres días —contestó Persikov, extasiado.

Los resultados de la conversación que se desarrolló entonces entre ambos científicos pueden resumirse como sigue: el profesor asistente se encargaría de construir una cámara con lentes y espejos capaces de producir un rayo de más envergadura y susceptible de ser proyectado fuera del microscopio. Ivanov esperaba que eso fuera sencillo, aunque, a decir verdad, estaba completamente seguro de ello. Obtendría el rayo. Vladimir Ipatievich no necesitaba ponerlo en duda. Luego quedaron en silencio.

—Cuando publique mi trabajo, Piotr Stepanovich, tendré que indicar que las cámaras fueron construidas por usted —apuntó Persikov para romper la pesadez de aquel silencio.

—Oh, no tiene importancia... Sin embargo, está claro que...

Y, de esta forma, aquella pausa quedó rota, y el rayo absorbió también a Ivanov. Mientras Persikov se agotaba al estar todo el día y la mitad de la

noche sentado ante el microscopio, Ivanov trabajaba sin descanso en el laboratorio de física, en el cual destellaban las luminosas combinaciones de lentes y espejos. Un mecánico le ayudaba en la colocación y ensamblajes.

Tras una solicitud al comisario de Educación, Persikov recibió tres paquetes de Alemania en los que había espejos y una colección de lentes pulidas, biconvexas, bicóncavas y hasta cóncavo-convexas. Y cuando Ivanov terminó la construcción de la cámara y consiguió captar en ella el rayo escarlata, hubo que reconocer que había hecho un trabajo de experto: el rayo era grueso y compacto, casi de cuatro centímetros de diámetro; fuerte y poderoso.

A primeros de junio la cámara estaba instalada en el cuarto de Persikov, y éste empezó ávidamente a experimentar con huevas de rana exponiéndolas ante el rayo. Los experimentos produjeron resultados sorprendentes: en dos días, miles de renacuajos salieron de las huevas, y al día siguiente, transformados ya en ranas, éstas resultaron ser tan viciosas y glotonas que la mitad de ellas devoraba inmediatamente a la otra mitad. Las supervivientes empezaron sin tardanza ni miramientos a reproducirse en abundancia, de tal manera que, antes de que hubieran pasado otros dos días, habían producido una nueva generación, esta vez sin la ayuda del rayo y en cantidad extraordinaria. La oficina del científico se convirtió en escenario de un bullicio inimaginable, y los renacuajos empezaron a arrastrarse por todo el Instituto. Del terrario, del suelo, de cada rincón y hendidura llegaban los coros graves que suelen surgir de un pantano. Pankrat, que siempre había sentido algo de miedo de Persikov, se hallaba ahora poseído de un solo sentimiento hacia él: terror mortal. Pasada una semana, el mismo científico empezó a notar que su mente empezaba a dar vueltas. El Instituto despedía olor a éter y ácido prúsico, y Pankrat, que se había quitado su máscara en un descuido, escapó por muy poco a la intoxicación.

La abrumadora población de los pantanos fue finalmente exterminada con la ayuda de venenos, y los cuartos y oficinas fueron aireados a conciencia.

Terminada aquella pesadilla, Persikov dijo a Ivanov:

—Sabe usted, Piotr Stepanovich, que el efecto del rayo sobre el óvulo y el deuteroplasma es realmente notable...

Ante lo que Ivanov, que era de ordinario un caballero reservado y frío, no pudo contenerse e interrumpió al profesor, con un tono inusitadamente acalorado, con las siguientes palabras:

—Vladimir Ipatievich, ¿por qué hablar sobre detalles insignificantes como el del deuteroplasma? ¡Seamos francos! ¡Usted ha descubierto algo sin precedentes!

Luego, y tras, al parecer, un gran esfuerzo, Ivanov concluyó:

—Profesor Persikov, ¡usted ha descubierto el rayo de la vida!

Un desmayado color se extendió por las pálidas mejillas sin afeitar de Persikov.

—Bueno, bueno... —murmuró.

Pero Ivanov continuaba:

—Caramba, va a hacerse usted famosísimo... Me da vueltas la cabeza de pensarlo, ¿entiende? Ya sabe, Vladimir Ipatievich, los héroes de H. G. Wells no son nada comparados con usted —prosiguió apasionadamente—. Eche una mirada a esto.

Ivanov recogió de una mesa de cristal una rana muerta de increíble tamaño e hinchado vientre que allí yacía, sosteniéndola por una de sus ancas. Incluso sin vida, la faz del animal conservaba una expresión de absoluta maldad.

—¡Es monstruoso!

Sólo Dios sabe cómo ocurrió; si fue por medio de la indiscreción de Ivanov o a causa de algún fenómeno misterioso que hizo que las sensacionales noticias se transmitieran a sí mismas por el aire, pero lo cierto es que todo el mundo, en el gigantesco e hirviente Moscú, empezó de pronto a hablar del profesor Persikov y de su rayo. Al principio se trataba de un vago rumor circunstancial, pero pronto las noticias del milagroso descubrimiento se extendieron por la bien iluminada capital como si se tratara de un pájaro herido, ora decayendo, ora elevándose de nuevo. Y así hasta mediados de julio, cuando un corto artículo sobre el rayo apareció en la página veinte del periódico *Izvestia* bajo el encabezamiento de «Noticias de ciencia y

tecnología». El artículo se limitaba a informar que un conocido profesor de la Universidad del Cuarto Estado había descubierto un rayo que estimulaba sobremanera los procesos vitales de los organismos inferiores, y que este rayo requería más estudio y comprobación. El nombre aparecía, naturalmente, mal escrito y convertido en «Pevsikov».

Pero, por desgracia, el mal deletreo de su nombre no salvó al profesor del fluir de acontecimientos que dieron comienzo al día siguiente y que trastornaron inmediatamente el curso normal de su vida.

Tras unos preliminares golpes a la puerta, Pankrat entró en el despacho y alargó a Persikov una magnífica tarjeta satinada.

—Está ahí fuera —añadió Pankrat, con timidez.

La tarjeta llevaba la siguiente leyenda, impresa en exquisita grafía:

Alfred Arkadievich Bronsky.

Colaborador de los diarios moscovitas *Chispa Roja*, *Lezna Roja* y *Proyector Rojo*, y del periódico de la tarde *Moscú Rojo*.

—Mándale al infierno —dijo Persikov monótonamente, tirando la tarjeta sobre la mesa.

Pankrat dio media vuelta y salió. Cinco minutos más tarde volvía con cara de sufrimiento y un segundo ejemplar de la misma tarjeta en la mano.

—¿Está burlándose de mí? —gruñó Persikov con terrible aspecto.

—El caballero es de la GUP, y dice... —contestó Pankrat con creciente palidez.

Persikov asió la tarjeta con tal brusquedad que casi la partió en dos. Sobre ella, con primorosa letra, se leía un mensaje:

«Ruego sinceramente se me disculpe y solicito, estimado profesor, ser recibido durante tres minutos en relación a un asunto del que debe participar la prensa, así como el diario satírico *El Cuervo Rojo*, publicado por la GUP.»

—Hazle pasar —dijo Persikov mientras respiraba hondo.

Al poco hizo su aparición un joven muy bien afeitado y de cara aceitosa, con las cejas permanentemente altas. Era como la de un muñeco chino. Sus ojos, como ágatas pequeñas, nunca se encontraban con los de su interlocutor. Además, el joven vestía a la última moda y de una forma impecable: una chaqueta larga y estrecha que le llegaba hasta las rodillas, los más anchos pantalones acampanados, y zapatos de cuero anormalmente planos con punteras en forma de pezuñas. Llevaba también un bastón en la mano, un sombrero de copa acentuadamente puntiaguda y un cuaderno de notas.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó Persikov con una voz que hizo que Pankrat desapareciera al instante tras la puerta—. Se le dijo que estaba ocupado.

—Mil excusas, mi muy estimado profesor —comenzó el joven con tenue voz aflautada—, por irrumpir en su casa y robarle su precioso tiempo; pero las noticias sobre su descubrimiento, capaces de conmover al mundo, en el que han resonado, impulsan a nuestro periódico a rogarle toda clase de explicaciones...

—¿Qué clase de explicaciones sobre lo que ha resonado? —chilló Persikov con voz de falsete y poniéndose amarillo—. No estoy obligado a dar ninguna explicación. Estoy ocupado..., terriblemente ocupado.

—Pero, ¿en qué trabaja usted? —preguntó el joven suavizando el tono, al tiempo que empezaba a hacer anotaciones en su cuaderno.

—Oh, pues... ¿por qué me hace preguntas? ¿Se proponen ustedes publicar algo?

—Sí —respondió el joven mientras se daba a un furioso garabateo sobre las páginas de su bloc.

—Pues, en ese caso... Primero, no tengo la intención de publicar nada hasta tanto no haya completado mi trabajo, y, particularmente, en esas hojas tuyas... Segundo, ¿cómo sabe usted todo eso?

Persikov sintió de pronto que estaba perdiendo terreno.

—¿Es verdad que usted ha descubierto el rayo de la nueva vida?

—¿Qué nueva vida? —estalló groseramente el profesor—. ¿Qué clase de tonterías está usted barbotando? El rayo sobre el que estamos hablando está

todavía lejos de haber sido investigado a fondo, y, de hecho, nada se sabe todavía. Es posible que pueda estimular los procesos vitales del protoplasma...

—¿Cuánto? ¿Cuántas veces? —inquirió el joven con prisa.

Persikov se había puesto muy nervioso.

—¿Qué clase de preguntas son éstas? Suponga que le digo... pues... ¡mil veces!...

Un pícaro destello de satisfacción cruzó por los sagaces ojos del visitante.

—Entonces, produce organismos gigantes —siguió, dispuesto a no perder la oportunidad.

—¡Nada de eso! Bueno, es cierto que los organismos que obtuve son mayores de lo normal... Poseen ciertas nuevas características. Pero lo importante no es el tamaño, sino la increíble rapidez de su reproducción —dijo Persikov para salir del mal paso, pero en seguida se desanimó al darse cuenta de su error. El joven había llenado ya una página completa—. Pero, ¡no escriba! —suplicó con voz ronca el desesperado Persikov, sintiéndose ya completamente a merced del periodista.

—¿Es cierto que usted ha obtenido un millón de renacuajos a partir de las huevas de una sola rana y en el espacio de dos días?

—¿Con qué cantidad de huevas? —gritó Persikov, montando de nuevo en cólera—. ¿Ha visto usted una hueva alguna vez en su vida?

—¿De doscientos gramos? —preguntó el joven, impertérrito.

Persikov enrojeció.

—¿Cómo mide esto de esa manera? ¡Maldita sea! ¿De qué está hablando? Desde luego, a partir de doscientos gramos de huevas, se obtiene...

Las chispas volvieron a brotar en los ojos del joven, que cubrió de un tirón una nueva página.

—¿Es verdad que su descubrimiento causará una revolución en la crianza de ganado?

—¿Qué clase de preguntas de periódico arruinado son éstas? —aulló Persikov.

—Su fotografía, profesor. Se lo ruego urgentemente —dijo el joven, mientras cerraba con viveza el cuaderno.

—¿Qué? ¿Mi foto? ¿Para que salga con lo que ha escrito ahí? ¡No, no y no!

—Aunque sea vieja. Se la devolveremos al momento.

—¡Pankrat! —tronó el profesor encolerizado.

—Con mis respetos —dijo el joven antes de desaparecer.

Esta vez, en lugar de Pankrat, se abrió paso hasta el profesor el extraño ritmo crujiente de una máquina que se hallaba tras la puerta, el sonido de un metal golpeando el suelo; y en eso, un hombre de extraordinario volumen apareció en el estudio. Vestía camisa y pantalones de burdo tejido parecido al de las mantas. Su pierna izquierda era ortopédica y en la mano llevaba una cartera. Su afeitada cara redonda ostentaba una sonrisa llena de amabilidad. Se inclinó ante el profesor a la manera militar y luego se enderezó, maniobra que motivó que su pierna se enderezase bruscamente como si fuese una palanca. Persikov no se movió de su asiento ni hizo la menor indicación.

—Señor profesor —comenzó el visitante con una voz agradable y algo cascada—, perdone a este simple mortal que se atreve a invadir su retiro.

—¿Es usted periodista? —preguntó Persikov, quien, sin esperar la respuesta, gritó—: ¡Pankrat!

—De ningún modo, señor —contestó el hombre grueso—. Permita que me presente: capitán de Marina y colaborador del periódico *Noticias de Industria*, publicado por el Consejo de Comisarios del Pueblo.

—¡Pankrat! —gritó, ya histérico, el profesor. En ese momento se encendió la luz roja en el teléfono de la habitación y el aparato se puso a sonar suavemente—. ¡Pankrat! —repitió el profesor—. Diga, le escucho —añadió dirigiéndose esta vez a su interlocutor del otro lado del hilo.

—*Verzeihen sie, bitte, Herr professor* —graznó el teléfono en alemán—, *dass ich store. Ich bin ein Mitarbeiter des Berliner Tageblatts...*

—¡Pankrat! —aulló el profesor al auricular.

Al mismo tiempo, la campana de la puerta del domicilio del científico sonaba sin cesar.

—¡¡Extraño crimen en la calle Bronny!! —gritaban voces anormalmente

roncas sumergiéndose y saliendo de entre la corriente de ruedas y de luces que se deslizaban sobre el templado asfalto—. ¡¡Repentino brote de plaga de los pollos en el patio de la diaconisa Drozdova, con su retrato!! ¡Sorprendente descubrimiento del rayo de la vida por el profesor Persikov!

Al oír esto, Persikov retrocedió tan violentamente que le faltó poco para caer bajo las ruedas de un coche. Se acercó al vendedor y le arrebató un periódico de las manos.

—¡Tres kopecs, camarada! —dijo con voz aguda el muchacho, antes de adentrarse nuevamente en el gentío que llenaba la acera.

—¡*Crepúsculo Rojo*, descubrimiento del rayo X! —siguió vociferando.

El aturdido Persikov abrió el periódico y se apoyó en un farol. Desde un sucio recuadro de la segunda página le miraba de hito en hito un hombre calvo, de ojos huraños y fijos y mandíbula caída, fruto de los desvelos artísticos de Alfred Bronsky, con las palabras:

«V. I. Persikov, descubridor del misterioso rayo rojo.»

El artículo que le seguía bajo el encabezamiento «Suspense en todo el globo», empezaba de la siguiente forma:

«Hagan el favor de sentarse —nos dijo el venerable científico con afabilidad...» El artículo terminaba con la firma «Alfred Bronsky».

En eso, una luz verdosa destelló sobre el tejado de la Universidad y las vehementes palabras *Diario hablado* cruzaron el espacio, con lo que Mokhovaya se llenó al momento de hormigueante muchedumbre.

«Hagan el favor de sentarse —aulló de súbito el altavoz del tejado, en el más repulsivo tono agudo, réplica exacta del de Alfred Bronsky, pero convenientemente amplificado— nos dijo el venerable científico con afabilidad. Esperaba con impaciencia el momento de poner al corriente al proletariado de Moscú sobre los resultados de mis experimentos.»

Un débil chirrido mecánico se oyó a la espalda de Persikov y alguien le tiró de la manga. Al volverse, el profesor vio la redonda cara amarilla del propietario de la pierna ortopédica. Los ojos de aquel hombre estaban húmedos y sus labios temblaban.

—Usted se negó a informarme de los resultados de su asombroso descubrimiento, profesor —dijo lúgubrememente, con una mirada profunda—.

Adiós a mis dos arreglos...

Y, dicho esto, se puso a mirar con tristeza hacia el tejado de la Universidad, donde el invisible Alfred bramaba por las brillantes fauces del altavoz. Por alguna razón, Persikov se sintió profundamente apenado por el hombre grueso.

—¡Yo nunca le dije a nadie que hiciera el favor de sentarse! —musitó cogiendo con rabia las palabras del aire—. ¡Ese tipo es simplemente un desvergonzado de extraordinarias proporciones! Perdóneme, por favor, ¿se hace cargo? Cuando estás trabajando y la gente te interrumpe... No hablo de usted, por supuesto.

—¿Quizá, señor, me daría finalmente una descripción de su laboratorio? —rogó el hombre con una mezcla de modestia y pesadumbre—. Después de todo, a usted ya le es lo mismo...

«En el espacio de tres días, sale tal multitud de unos pocos gramos de huevas, que es imposible contarla», rugía mientras tanto el altavoz.

—El muy pícaro... ¿Y bien? —siseó Persikov al hombre gordo, temblando de indignación—. ¿Qué dice usted a eso? Hay que ver; deberíamos compadecerle...

—Ultrajante —agregó el interpelado.

De pronto, una deslumbrante luz hirió los ojos del profesor y el fogonazo iluminó cuanto había a su alrededor: los postes, una porción del embaldosado pavimento, una pared amarilla, las caras expectantes...

—Eso es para usted, profesor —susurró extasiado el hombre gordo, y se colgó de la manga del profesor como una pesa de plomo. Algo chasqueó con rapidez en el aire y nuevamente quedó iluminada la escena.

—¡Al diablo con todos ellos! —exclamó Persikov desesperado, corriendo con su lastre por entre la multitud—. ¡Eh, taxi! ¡A Prechistenka!

El viejo y desvencijado coche, cosecha del 24, se acercó hasta donde se hallaba el profesor, que trató de subir al vehículo al tiempo que intentaba desembarazarse del hombre gordo.

—¡Me está molestando! —murmuró, cubriéndose la cara con las manos para protegerse de la luz.

Las voces que se levantaban de entre la multitud decían:

—¿Lo ha leído? ¿Qué están diciendo? ¡El profesor Persikov y sus hijos fueron encontrados con la garganta abierta en la calle Bronny...!

—¡No tengo hijos, hijos de perra! —gritó Persikov un segundo antes de advertir que una negra cámara le enfocaba y le estaba sacando de perfil con la boca abierta y los ojos furibundos.

En un pequeño pueblo de provincias llamado oficialmente Troisk y corrientemente Steklovsk, en el departamento de Steklovsk de la provincia de Kostrona, una mujer con mantón y vestido gris con flores rosas, de algodón, salió a la escalera de una casa de la antigua catedral y estalló en lágrimas. Esta mujer, la viuda del diácono de la citada catedral, sollozó tan fuertemente que pronto otra figura femenina, cubierta con un blanco chal de lana, apareció en la ventana de la casa del frente y dijo:

—¿Qué es eso, Stepanovna? ¿Otra vez?

—¡La que hace sesenta! —contestó la viuda sollozando amargamente.

—¡Ay, pobrecita, pobrecita! —se lamentó la mujer del chal moviendo la cabeza—. ¡Qué desgracia, la cólera de Dios! ¿Se ha muerto?

—Ven a ver, Matrena —musitó la diaconisa entre sollozos fuertes y sentidos—, ¡ven a ver lo que ha pasado!

La puertecilla gris y combada se cerró de golpe. Los pies desnudos de la mujer pisaron los polvorientos baches de la calzada y la viuda, deshaciéndose en lágrimas, llevó en seguida a Matrena a su corral de gallinas.

A decir verdad, la viuda del reverendo Savvaty Drozdov, que había muerto en 1926 víctima de angustias antirreligiosas, no sólo no había perdido nunca su presencia de ánimo, sino que había fundado un floreciente negocio de aves. Tan pronto como los asuntos de la viuda empezaron a prosperar, el Gobierno la gravó con un impuesto tal que sus actividades estuvieron a punto de venirse abajo. Pero había gente buena en el mundo. Aconsejaron a la viuda que informara a las autoridades locales que ella estaba organizando una cooperativa de obreros en la granja avícola. Los miembros de la cooperativa eran la propia Drozdova, su fiel sirvienta Matreshka y su nieta, que era sorda. Los impuestos fueron inmediatamente revocados y el negocio de pollos se

extendió y floreció. Hacia 1928, de esta forma, la población del corral de la viuda, rodeado de filas de gallineros, se había elevado a doscientas cincuenta gallinas; contaba incluso con algunas de la especie *cohin-china*. Los huevos procedentes de la granja de la viuda aparecían en el mercado de Steklovsk cada domingo; también se vendían en Tambov y alguna vez llegaban a ser vistos en los escaparates de la tienda que antiguamente era conocida como Chickin, Quesos y Mantequilla. Moscú. Y ahora, una preciosa Brahma-putra, la favorita de todo el mundo, se había paseado de arriba abajo del corral, vacilando, vomitando y haciendo rodar sus melancólicos ojos hacia el sol como si estuviera viéndolo por última vez. Había abierto al máximo el pico estirando el cuello hacia el cielo. Luego, empezó a vomitar sangre.

—¡Divino Jesús! —gritó la vecina, dándose una palmada en el muslo—. ¿Qué pasa aquí? Nunca vi un pollo quejarse del estómago como si fuese un ser humano.

Y ésas fueron las últimas palabras que oyó el pobre animalito, pues, de pronto, cayó de lado, picoteó débilmente el polvo y cerró los ojos para siempre. Luego, rodó hasta quedar de espaldas, tensó sus patas como queriéndolas clavar en el cielo y quedó inmóvil.

—Stepanovna, quizá me equivoque, pero juraría que a tus pollos les han echado mal de ojo. ¿Quién ha visto nunca una cosa igual? ¡Caramba! Las gallinas nunca han enfermado así.

—¡Los enemigos de mi vida! —clamó al cielo la diaconisa—. ¿Es que acaso lo que quieren es llevarme de este mundo?

Sus palabras fueron contestadas por un recio quiquiriquí, tras el cual un gallo sucio y flaco voló oblicuamente desde un gallinero como un borracho escandaloso que sale de una taberna. Miró con ojos desorbitados a las dos mujeres, anduvo como loco por un rincón del corral y extendió sus alas como si fuera un águila, pero no se elevó del suelo. En lugar de eso, empezó a correr en círculo por el patio. A mitad de la tercera vuelta se paró y dio muestras de estar muy enfermo; empezó, en efecto, a toser y a resollar, esparció a su alrededor varios escupitajos sanguinolentos, se desplomó y apuntó al sol con sus patas crispadas como garfios.

Una nueva explosión de gemidos femeninos llenó el ámbito, siendo esta

vez contestada por ansiosos cloqueos, batir de alas y ruidoso alboroto, proveniente todo ello de los gallineros.

—Bueno, ¿es o no es mal de ojo? —exclamó triunfalmente la vecina—. Llama al padre Sergy para que oficie un servicio.

A las seis de la tarde, cuando el sol, ya bajo, quedó como una faz hirviente entre las redondas caras de los girasoles, el padre Sergy, prior de la iglesia catedral, se quitaba los ornamentos tras haber completado su servicio. Cabezas curiosas aparecían sobre la vieja valla combada y se entreveían por las rendijas que dejaban entre sí las tablas que la componían. La afligida viuda había besado la cruz, vertido copiosas lágrimas sobre el desgastado rublo amarillo canario, y se lo había dado al padre Sergy; él, en respuesta, suspiró y murmuró algo a propósito de la cólera del Señor.

Después de eso la multitud de la calle se dispersó y, como las gallinas se retiran temprano, nadie supo que tres de ellas y un gallo habían muerto en el mismo momento en el corral de la vecina más próxima a la Drozdova. Vomitaban, tal como hacían las de esta última, pero con la única diferencia que sus muertes ocurrían en un gallinero cerrado, por lo que el ruido no trascendía al exterior. El gallo cayó de cabeza desde el palo, y murió en esa postura. Como ocurrió en el corral de la viuda, al atardecer todos los demás gallineros estaban mortalmente tranquilos, con las aves yacentes sobre el suelo, amontonadas, tías y frías.

A la mañana siguiente el pueblo se despertó como herido por un rayo debido a que el asunto había adquirido proporciones monstruosas. Hacia el mediodía, sólo tres gallinas quedaban aún vivas en la calle Personal; las que pertenecían a los dueños de la última casa, donde vivía el inspector financiero del departamento. Pero incluso éstas murieron hacia la una del mediodía. Al atardecer, la temida palabra «plaga» agitaba como una colmena al pueblo de Steklovsk. El nombre de Drozdova apareció en el periódico local *El Guerrero Rojo* en un artículo intitulado «¿Se tratará de una plaga avícola?». Y de ahí llegó a Moscú.

Mientras tanto, la vida del profesor Persikov había alcanzado un extraño

estado de inquietud y desorden. Ya no era posible trabajar. Al día siguiente de haberse desembarazado de Alfred Bronsky se vio forzado a desconectar el teléfono de su oficina del Instituto arrancando de un tirón el hilo del receptor. Y por la tarde, mientras iba a su casa en el trolebús que circulaba a lo largo del polígono Okhotny, el profesor tuvo ocasión de contemplarse en un gran cartel, instalado en el tejado de un edificio, cuyo pie ostentaba un letrero negro con las palabras *Diario de los Obreros*. Visiblemente indignado, temblando de ira y con el rostro amarillento, el profesor aparecía subiendo a un taxi, y tras él, tironeándole de la manga, avanzaba un globo ortopédico envuelto en tela de manta. El científico se cubría con las manos protegiéndose del campo de acción de la cámara que lo estaba fotografiando. Luego, apareció una leyenda dorada sobre el cartel:

«El profesor Persikov, en un taxi, explicando su descubrimiento a nuestro famoso reportero el capitán Stepanov.»

Esa misma tarde, cuando volvía a sus habitaciones en la Prechistenka, el ama de llaves, María Stepanovna, le dio al profesor, apuntados en un papel, setenta números de teléfono de la gente que había llamado durante su ausencia, además de la declaración verbal respecto a que se hallaba completamente agotada. El profesor iba a romper la nota cuando sus ojos se posaron sobre las palabras «Comisario de Salud Pública del Pueblo».

—¿Qué es esto? —preguntó el sabio, absolutamente perplejo—. ¿Qué mosca les pica a todos?

Serían las diez y cuarto cuando sonó el timbre de la puerta. El visitante, un ciudadano muy bien vestido, consiguió permiso para entrar gracias a su carta de presentación, que declaraba —sin nombre ni iniciales—: «Jefe Plenipotenciario del Departamento de Asuntos con las Embajadas Extranjeras en la Unión Soviética.»

—¿Por qué no se va al diablo? —gruñó Persikov, tirando su lupa y algunos diagramas sobre el tapiz verde de la mesa.

Luego añadió, dirigiéndose a María Stepanovna:

—Haz pasar a mi estudio a ese «plenipotenciario».

Minutos después preguntaba en un tono que hizo sobresaltar al visitante:

—¿En qué puedo servirle?

Persikov se subió las gafas hasta la frente, luego se las puso otra vez sobre la nariz, y, para terminar, fijó la vista en el recién llegado que resplandecía con su vestimenta de piel auténtica y piedras preciosas. En su ojo derecho se asentaba un monóculo.

«¡Qué fisonomía más vil!», se dijo Persikov para sus adentros.

El individuo en cuestión empezó de manera indirecta. Pidió permiso para encender un cigarro, tras lo que Persikov, de peor humor que antes, le invitó a sentarse, y procedió entonces a ofrecer sus disculpas por lo avanzado de la hora, «pero es que el profesor es muy difícil de abordar... hi-hi... perdón, de encontrar, durante el día» (cuando reía, el visitante se parecía mucho a una hiena).

—¡Sí, estoy muy ocupado! —contestó Persikov tan taxativamente que el visitante se estremeció nuevamente.

Sin embargo, se había permitido molestar al famoso científico.

—El tiempo es dinero, como dicen por ahí... ¿Le molesta el cigarro, profesor? —trató de ser amable.

—Hum, hum, hum —contestó el profesor.

—Tenemos entendido que usted ha descubierto el rayo de la vida. ¿...?

—En nombre del cielo, ¿de qué vida? ¡Todo esto es sólo una historia de periodistas! —Persikov se animó un tanto.

—Oh, no, hi-hi-hi... Entiendo perfectamente que la modestia es el verdadero mérito de los auténticos hombres de ciencia... Pero, ¿por qué andarse por las ramas? Hubo muchos comunicados... En muchas capitales del mundo, como Varsovia y Riga, ya lo saben todo acerca del rayo. El nombre del profesor Persikov está en los labios de todo el mundo, y el mundo le sigue con el aliento entrecortado. Pero todos conocen la difícil posición de los científicos en Rusia. *Entre nous soit dit...*, ¿no hay aquí nadie más? ¡Cielos! En este país no saben apreciar la labor del científico. Y así, él querría hablar de algunas cosas con el profesor. Cierta estado extranjero ofrecía, desinteresadamente, ayudar al profesor Persikov en sus investigaciones. ¿Por qué arrojar perlas aquí, como dicen las Sagradas Escrituras...? En ese estado conocen las penalidades que el profesor tuvo que soportar en 1919 y 1920, durante aquella... hi-hi... revolución. Bien, por supuesto, en la más estricta

confidencia..., el profesor podría informar a dicho estado sobre los resultados de sus trabajos, a cambio de financiar al profesor. Coja, por ejemplo, la habitación que él había preparado. Sería interesante que le acompañara para hacer los planos del acondicionamiento...

En ese momento, el visitante sacó del bolsillo interior de su chaqueta un deslumbrante legajo de blancos billetes...

—Un pequeño adelanto. Vea —dijo—, cinco mil rublos que pueden ser puestos a disposición del profesor en este mismo momento. Y, claro está, no es necesario recibo... por el contrario, el jefe plenipotenciario se sentiría ofendido si usted mencionara su necesidad.

—¡Fuera! —rugió súbitamente el profesor, de tal manera que el piano del gabinete resonó con sus notas más altas.

El personaje se evaporó tan rápidamente que Persikov, trastornado como estaba por la cólera, empezó a preguntarse si realmente había estado allí o no. ¿Había sido una alucinación?

Persikov volvió a su estudio y a sus diagramas, pero no le dejaron concentrarse en su trabajo. El teléfono volvió a sonar y una voz femenina inquirió si al profesor le gustaría casarse con una atractiva y ardiente viuda, propietaria de un piso de siete habitaciones. No había hecho más que colgar cuando el teléfono sonó de nuevo. Esta vez Persikov se azoró levemente; un conocido personaje le estaba llamando desde el Kremlin. Le preguntó por su trabajo con simpatía y gran interés, y expresó el deseo de visitar su laboratorio. Cuando se apartó del teléfono, Persikov debió enjugarse la frente. Luego, se acercó de nuevo y volvió a descolgarlo. Pero en ese momento hubo una súbita explosión de trompetas en el aire, seguida de los gritos de las *Valkirias*; el director del Sindicato de Manufacturas de la Lana, que vivía en el piso de arriba, había sintonizado con su aparato de radio una emisión del concierto de Wagner retransmitida desde el Bolshoi. Por encima del griterío y del estrépito que se vertían desde el piso superior, Persikov gritó a María Stepanovna que demandaría al director, haría pedazos la radio, abandonaría Moscú y se iría a cualquier maldito rincón del mundo, porque resultaba obvio

que la gente había decidido echarle de allí. Rompió la lupa y se echó sobre el sofá de su estudio. Se quedó dormido con el encantador murmullo de las notas de piano...

Las sorpresas continuaron al día siguiente. Cuando llegó al Instituto, Persikov se encontró a un ciudadano desconocido, con elegante sombrero hongo de color verde, situado a la entrada. Aquel ciudadano estuvo vigilando de cerca al profesor, pero, al no dirigirle pregunta alguna, Persikov le ignoró. No obstante, ya en el vestíbulo, el científico recibió la visita del aturdido Pankrat al que seguía un nuevo sombrero hongo, que le saludó con toda cortesía.

—Buenos días, ciudadano profesor.

—¿Qué desea? —preguntó Persikov en tono amenazador, mientras se quitaba el abrigo ayudado por Pankrat. Entonces, el sombrero hongo procedió a tranquilizar rápidamente al profesor, susurrando, con un suavísimo tono de voz, que no tenía por qué inquietarse. Él, el sombrero hongo, estaba allí con el único propósito que el profesor no fuese molestado por ningún visitante inoportuno...—. Hum... Diría que están ustedes bien organizados —murmuró Persikov: y añadió ingenuamente—: Y qué, ¿comerá usted aquí?

El sombrero hongo sonrió y explicó que sería relevado.

Después de este episodio transcurrieron tres días de magnífica calma. El profesor tuvo dos visitas del Kremlin. Los otros visitantes fueron sólo los estudiantes que acudían a buscar los resultados de sus exámenes. Eran, generalmente, reprobados, y sus caras mostraban que Persikov se había convertido para ellos en objeto de terror supersticioso.

—¡Váyanse y métanse a chóferes! No sirven para estudiar Zoología —se oía desde la oficina.

—Severo, ¿eh? —preguntó a Pankrat el sombrero hongo.

—Un santo terror —contestó Pankrat—. Incluso los que han sido aprobados salen serios y pálidos. Pobres almas. Les hace sudar. Salen dando traspiés y, rápido, a la taberna.

Ocupado en estos asuntos menores, el profesor no se dio cuenta que habían pasado ya tres días, y durante el transcurso del cuarto se le devolvió de nuevo a la realidad. La causa de esto fue una aguda voz de falsete que le

llegó desde la calle.

—¡Vladimir Ipatievich! —irrumpió la voz desde abajo a través de la ventana abierta de la oficina.

La voz estaba de suerte. Encontraba a Persikov exhausto por los acontecimientos de los días anteriores. En ese momento estaba descansando en su sillón, con los débiles ojos enrojecidos, y fumando. Se hallaba demasiado cansado para poder proseguir con su trabajo. De ahí que mirase con cierta curiosidad por la ventana y viera a Alfred Bronsky en la acera. El profesor reconoció al momento al dueño titular de las tarjetas satinadas por su sombrero puntiagudo y su bloc de notas. Ante la ventana, Bronsky saludó con deferencia y simpatía.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo el profesor.

El siempre presente hongo de la esquina dirigió instantáneamente la totalidad de sus sentidos hacia el periodista, en cuya cara estaba apareciendo justamente la más desarmante sonrisa.

—Sólo un par de minutos, querido profesor —dijo Bronsky, forzando la voz desde la calle—. Sólo una pequeña pregunta puramente de zoología. ¿Me la permitirá?

—Adelante —contestó Persikov, breve e irónicamente, pensando para sí: «Después de todo, hay algo americano en este bribón.»

—¿Qué diría usted a propósito de para las gallinas, querido profesor? —gritó Bronsky haciendo bocina con las manos.

Persikov estaba al borde del abismo. Se sentó en la ventana, luego se apartó, presionó un botón y gritó señalando con el dedo hacia la calle:

—¡Pankrat, deje entrar a ese tipo de la acera!

Cuando Bronsky apareció en la oficina, Persikov alargó su cortesía al extremo de espetar:

—¡Siéntese!

Por lo que Bronsky, con una arrebatadora sonrisa, se sentó en el taburete giratorio.

—Va a contestarme a una cosa —empezó Persikov—. Usted escribió para esos periódicos, ¿no es así?

—Sí, señor —contestó Alfred con gran respeto.

—Bien; hay algo que me resulta incomprensible. ¿Cómo puede usted escribir si ni siquiera habla correctamente? ¿Qué clase de expresiones son ésas, «un par de minutos», «a propósito de para las gallinas»? Probablemente querría decir «a propósito de las gallinas», ¿no?

A Bronsky se le escapó una leve y respetuosa risita.

—Valentín Petrovich lo aprueba —aclaró.

—¿Quién es Valentín Petrovich? —preguntó Persikov.

—El jefe del departamento de literatura —volvió a informar Alfred.

—Ah, está bien. Olvidemos a su Petrovich. ¿Qué era, en concreto, lo que quería saber sobre gallinas?

—Todo lo que pueda decirme, profesor.

Bronsky se armó de lápiz y papel, y chispas de felicidad brotaron en los ojos del científico.

—No debería haberse dirigido a mí; no soy especialista en el reino de las plumíferas. Mejor habría sido que fuera a ver a Emelyan Ivanovich Portugalov, de la primera Universidad. Yo, de hecho, sé muy poco...

Bronsky siguió con su sonrisa de adoración, como para indicar que había entendido la broma del profesor. «Broma: poco», apuntó en el cuaderno.

—Sin embargo, si está interesado... Muy bien. Gallinas, o *Pectinates*... Género: pájaros. Orden: gallinae. Subespecie: faisán...

Persikov recitó en alta voz, mirando, no a Bronsky, sino a algo situado más allá de él, donde un millar de personas estaban, presumiblemente, escuchando...

—Familia del faisán... Faisánidas. Pájaros de carnosas crestas y dos lóbulos sobre la mandíbula inferior... hum... a veces, por supuesto, sólo hay uno, en el centro del mentón... ¿Qué más? Alas: cortas y redondeadas... Cola: mediana, algo aserrada, con las plumas del centro dispuestas en orden creciente... Pankrat... tráigame el modelo número 705 de la sala de exposición. Se trata de un gallo seccionado transversalmente... Pero, espere, ¿no lo necesita? Déjelo, Pankrat... Repito, no soy un especialista. Vaya donde Portugalov. En realidad yo estoy familiarizado con seis especies de gallinas salvajes... hum... Portugalov conoce más. En la India y en el archipiélago Malayo... por ejemplo: el gallo de Banki, hallado en las faldas

del Himalaya, en la India, en Assam y Burma... Luego, existe el gallo de cola de frac o *Gallus varius*, de Lombok, Sumbawa y Flores. En la isla de Java hay un notable gallo, el *Gallus cneus*. Al sudeste de la India, puedo alabar al muy hermoso gallo Zonnerat. Y en Ceilán encontramos al gallo Stanley, propio exclusivamente de esta isla.

Bronsky estaba en su asiento escuchando con gran interés y garabateando con furia.

—Me gustaría saber algo sobre las enfermedades de los pollos —musitó Alfred modestamente.

—Hum, no soy un especialista... Pregunte a Portugalov... Bien, están las lombrices del intestino, el trematodo hepático, las garrapatas, la sarna roja, los piojos de los pollos, los piojos de las aves de corral, o *Mallophaga*, las pulgas, el cólera de las gallinas, la inflamación crupo-diftérica de las membranas mucosas..., la neumonomicosis, la tuberculosis, la sarna de los pollos... Hay toda clase de enfermedades —brillaban chispas en los ojos de Persikov—. Puede haber envenenamiento, tumores, raquitismo, ictericia, reumatismo, y el *Fungus achorium Schoenleinii*... una enfermedad muy interesante. Produce pequeñas manchas en la cresta, parecidas al mohó.

Bronsky se secó la frente con un pañuelo vivamente coloreado.

—Y, ¿cuál es en su opinión, profesor, la causa de la actual catástrofe?

—¿Qué catástrofe? —se extrañó el científico.

—Cómo, ¿no lo ha leído, profesor? —exclamó Bronsky con gran asombro al tiempo que sacaba de su cartera una hoja del *Izvestia*.

—No leo periódicos —contestó Persikov frunciendo el ceño.

—Pero, ¿por qué, profesor? —preguntó Alfred con ternura.

—Porque escriben cosas sin sentido —contestó Persikov sin un segundo de vacilación.

—Pero ¿qué dice a esto, profesor? —susurró Bronsky mansamente al tiempo que desdoblaba la hoja.

—¿Qué es esto? —preguntó Persikov, estirándose incluso un poco en su silla; ahora las chispas brillaban en los ojos de Bronsky.

Con una uña puntiaguda subrayó el gran titular que llenaba la parte superior de la página: «Plaga avícola en la República.»

—¿Qué? —preguntó Persikov, con las gafas en la frente.

Las blancas luces delanteras de los autobuses y las verdes del trolebús se deslizaban arriba y abajo de la plaza del Teatro. Sobre el antiguo «Muir y Murrilis», encima del décimo piso levantado allí, una mujer formada por bombillas eléctricas de colores saltaba arriba y abajo mientras tiraba letras que se unían para formar las palabras «Crédito de los Trabajadores». En la plaza del frente, ante el teatro Bolshoi y situada alrededor de la brillante fuente que soltaba chorros de agua multicolores por la noche, una muchedumbre se apiñaba y bullía. Y, sobre el Bolshoi, un altavoz gigante tronó:

«Las vacunas experimentadas en el Instituto Lefort de Veterinaria han dado excelentes resultados. El número de pollos muertos ha descendido, por el momento, a la mitad.»

Luego, el altavoz cambió de timbre; algo gruñó en su interior, se apagó y volvió a surgir, y el locutor se lamentó en un profundo bajo:

«La Comisión Especial elegida para combatir la plaga que afecta a los pollos, y que consta del comisario de Salud Pública del Pueblo, el comisario de Agricultura del Pueblo, el director del Departamento de la Crianza de Ganado, camarada Fowlin-Hamsky, el profesor Persikov y el camarada Rabinovich...» «Nuevas tentativas de intervención...»

El locutor se rió y lloró, y su risa fue como el llanto de una hiena.

«... En relación a la plaga que ataca a los pollos.»

La gente, amontonada, se apretaba contra las paredes cubiertas con anchos carteles iluminados con reflectores rojos.

«Bajo la amenaza de severas sanciones se prohíbe a la población consumir carne de pollo y huevos. Los comerciantes particulares que intenten venderlos en los mercados serán objeto de procesamiento criminal y les serán confiscadas sus propiedades. Todos los ciudadanos que tengan en su poder huevos de gallina deben llevarlos rápidamente a las jefaturas de policía.»

En el tejado de la *Gaceta de los Obreros*, los pollos eran amontonados hasta gran altura sobre la mampara, y los bomberos, vestidos de verde,

temblorosos y brillantes, echaban queroseno sobre ellos con largas mangueras; en aquel momento se encendieron las letras de neón: «Quema de cadáveres de gallinas en la Khodynka.»

Entre los rabiosamente iluminados escaparates de las tiendas abiertas hasta las tres de la mañana (con dos descansos para comer y cenar), se abrían de par en par los viejos agujeros de las ventanas bordeadas de letreros, «Huevería. Calidad garantizada». Muy a menudo la policía de tráfico tenía que abrir el paso a coches que ostentaban la placa de «Departamento de Salud Pública de Moscú. Primera Ayuda», que aceleraban, con las sirenas a la máxima potencia, para adelantar a los pesados autobuses.

—Otro que ha ido y se ha hartado de huevos podridos —decía la gente.

Sobre el teatro del difunto Vsevolod Meyerhold, que murió, como es sabido, en 1927, durante la representación del *Boris Godunov* de Pushkin, cuando una plataforma de boyardos (desnudos) le cayó sobre la cabeza, relampagueaba un letrero móvil y multicolor que anunciaba una reposición teatral, *El graznido de la gallina*, escrita por el dramaturgo Erendorg y producida por un discípulo de Meyerhold, director honorario del Kukhtherman. La puerta de al lado, perteneciente al Restaurante Aquarium, centelleaba por los anuncios eléctricos, y, en el interior del local resonaban los salvajes aplausos de los convidados que contemplaban, en el verdor del escenario, una revista del escritor Perezov titulada *El hijo de la gallina*. En el exterior, por la Tverskaya, marchaba una procesión de asnos del circo con linternas suspendidas de la cabeza y brillantes letreros que anunciaban la reposición de la obra de Rostand, *Chantecler*, en el teatro Korsh.

Los repartidores de periódicos gritaban entre el gentío: ¡Estremecedor hallazgo en una gruta! ¡Preparativos de Polonia para la guerra! ¡Experimentos del profesor Persikov!

Sin mirar a nadie, sin ver a nadie siquiera, insensible a los pequeños codazos y a las dulces y tiernas insinuaciones de las prostitutas, Persikov, inspirado y solitario, coronado de súbita fama, se dirigía por la Mokhovaya hacia el vistoso reloj del Manège. Una vez allí, siempre sin ver a nadie y absorto en sus pensamientos, se topó con un extraño individuo vestido con ropa pasada de moda, y se golpeó dolorosamente los dedos contra la pistolera

que el hombre llevaba colgada del cinturón.

—¡Ay, maldita sea! —profirió Persikov—. Lo siento.

—Lo siento —contestó el extraño con desagradable voz, y luego ambos se separaron en el espeso río humano. Mientras volvía a la Prechistenka, el profesor olvidó completamente el encuentro.

No podemos asegurar a qué fue debido el éxito de las vacunas de la Veterinaria Lefort, si a la pericia de las unidades de contención de Samara, al efecto de las tajantes medidas aplicadas a los comerciantes de huevos o al eficiente trabajo de la comisión extraordinaria de Moscú; pero lo cierto es que dos semanas después de la última entrevista de Persikov con Alfred Bronsky, la crisis de los pollos en la Unión de Repúblicas Soviéticas era ya un hecho del pasado.

Habiendo alcanzado Arkángel y Syumkin, en el norte, la plaga se detuvo por sí sola ya que no podía ir más lejos; como es sabido, no hay gallinas en el mar Blanco. También hizo alto en Vladivostok, allá donde se extiende el océano. En el lejano sur desapareció por las ardientes estepas del Ordubat, Dzulfa y Karabulak. Y en el oeste se detuvo milagrosamente justo en las fronteras con Polonia y Rumanía. La prensa extranjera discutió escandalosa y afanosamente la inaudita catástrofe, mientras que el Gobierno de las Repúblicas Soviéticas, sin ruido inútil, trabajó sin descanso para arreglar las cosas. La Comisión Extraordinaria para Luchar contra la Plaga de los Pollos cambió su nombre por el de Comisión Extraordinaria para el Resurgimiento y el Restablecimiento de la Crianza de Pollos en la República, y se vio aumentada por un nuevo Comité Extraordinario de los Tres, compuesto por dieciséis miembros. Se puso en funcionamiento una oficina «Buenas Aves» con Persikov y Portugalov como presidentes honorarios. Los periódicos publicaron sus retratos en la cabecera de artículos titulados así como «Grandes compras de huevos al extranjero» y «El señor Hughes quiere acabar con la campaña pro-huevos».

El profesor Persikov había trabajado hasta el límite de sus fuerzas. Durante tres semanas, los sucesos relacionados con los pollos habían desbaratado toda su rutina y habían doblado sus quehaceres y obligaciones. Cada tarde había tenido que asistir a conferencias de las Comisiones de los

pollos, y a veces, incluso, fue obligado a sufrir largas entrevistas con Bronsky o con el grueso capitán Stepanov. Había tenido que trabajar con el profesor Portugalov y con los asistentes, profesores Ivanov y Bornhart, disecando y mirando a los pollos por el microscopio en busca del bacilo de la plaga. Incluso llegó a escribir apresuradamente —en tres tardes— un folleto sobre «Resultado de la plaga: Mutaciones en los pollos de Kidney».

Pero el hecho es que Persikov trabajaba en el campo de las gallináceas sin ningún entusiasmo, y se entiende fácilmente el porqué: su mente estaba en otro lugar, luchando a brazo partido con el problema más importante, con el problema capital del que había sido apartado por la catástrofe avícola, con el apasionante problema del rayo rojo.

Los últimos días de julio vieron un ligero apaciguamiento de la tensión hasta entonces reinante. El trabajo de la renombrada Comisión se redujo a un ritmo normal, y Persikov pudo volver a su interrumpido trabajo. Los microscopios fueron provistos de nuevas preparaciones y, bajo el rayo, huevas de pez y de rana se abrieron en la cámara con prodigiosa velocidad. Llegó desde Konisberg, por vía aérea, un cristal encargado especialmente, y durante la última semana de julio los mecánicos que trabajaban a las órdenes de Ivanov construyeron dos nuevas y amplias cámaras en las que el rayo alcanzaba la anchura de un paquete de cigarrillos en el orificio de salida, mientras que en su parte más ancha llegaba a abarcar algo más de un metro. Persikov, que se frotaba las manos por este éxito, empezó a preparar ciertos misteriosos y difíciles experimentos. Para empezar se puso al habla con el comisario de Educación del Pueblo, quien le dio las máximas seguridades sobre toda posible asistencia y colaboración. Después de esto, Persikov telefoneó al camarada Fowlin-Hamsky, director del Departamento de la Crianza de Ganado de la Comisión Suprema.

Fowlin-Hamsky hizo objeto a Persikov de sus más amables agasajos. El asunto había motivado una gran demanda de información por parte del extranjero, y Fowlin-Hamsky le comunicó que debía telegrafiar inmediatamente a Berlín y Nueva York. Al cabo de un rato inquirieron del Kremlin cómo marchaban los trabajos de Persikov, y una voz importante y afable preguntó al científico si le gustaría que se pusiera un coche a su

disposición.

—No, gracias. Prefiero el trolebús —aseguró Persikov.

—Pero, ¿por qué? —preguntó la misteriosa voz.

—Es más rápido —repuso Persikov.

Pasó otra semana, y el profesor, desentendiéndose más y más del asunto de las gallinas, se dedicó por completo al estudio del rayo. Debido a las muchas noches de insomnio y excesivo trabajo, acabó sintiéndose en un estado de perenne mareo, y la cabeza parecía habersele hecho ingrávida y transparente. El científico se pasaba casi todas las noches en el Instituto, y las enrojecidas ojeras ya nunca le abandonaban. En cierta ocasión salió de su refugio zoológico para dar una conferencia en la Sala Tsebuku de la Prechistenka sobre el rayo y sus efectos en las células del huevo. El excéntrico zoólogo obtuvo un éxito colosal. En el escenario, y en una mesa con la superficie de cristal que había próxima al conferenciante, se veía, sobre una especie de fuente, un húmedo sapo gris que respiraba con gran ruido.

Al terminar la conferencia, el presidente de la Tsebuku arrastró a Persikov otra vez sobre el escenario para que saludara al público, cosa que éste hizo irritado. Cientos de caras pálidas y de pecheras blancas oscilaron ante él en la penumbra, y, de pronto, la cartuchera amarilla de un revólver relampagueó un momento para desaparecer en seguida tras una columna. Persikov lo advirtió vagamente, pero lo olvidó al instante.

Era un soleado día de agosto. El profesor, cerrando los porticones, se encargó de quedar rodeado por las sombras. Un «flexo» proyectaba su luz sobre la mesa de cristal, llena de instrumentos y plaquillas de microscopio. Recostado, al borde del agotamiento, contra la espalda de su sillón, Persikov fumaba. Sus ojos, exhaustos pero satisfechos, miraban a través de las columnas de humo a la entreabierta puerta de la habitación donde el rojo haz de su rayo yacía en calma, exudando su débil calidez en el aire, ya sofocante y viciado, del cuarto. En éstas, alguien llamó a la puerta:

—¿Sí? —preguntó Persikov.

La puerta chirrió levemente al dejar entrar a Pankrat, el conserje. Con los

brazos caídos y pálido de terror reverencial ante el ser sobre-humano, dijo:

—Señor profesor, hay alguien ahí afuera que pregunta por usted. Su nombre es Porvenir.

La sombra de una sonrisa se extendió por las mejillas del científico, que entornó los ojos y musitó:

—Eso es muy interesante. Pero estoy ocupado.

—Dice que trae un certificado oficial del Kremlin —insistió Pankrat.

—¿Porvenir con un certificado? Extraña mezcla —repuso Persikov, y añadió—: Está bien, déjele pasar.

—Sí, señor —dijo Pankrat mientras se deslizaba hacia el vestíbulo como una anguila.

Unos segundos después la puerta volvía a chirriar y un hombre hacía su aparición en el umbral. El sillón de Persikov hizo ruido al moverse éste, que miró de hito en hito al visitante por encima del hombro y de sus gafas. Persikov estaba demasiado lejos de la realidad —no le interesaba en absoluto—, pero a pesar de todo se sintió impresionado por las notables y sobresalientes características del recién llegado.

Vestía de forma particularmente pasada de moda. Llevaba un abrigo de cuero con una pequeña capa sobre los hombros, pantalones verde oliva, botines y polainas, así como una enorme pistola «Máuser», de anticuada fabricación, a la cintura, dentro de una agrietada cartuchera amarilla. La cara del visitante provocó en Persikov la misma impresión que le produjera cierto caballero extremadamente desagradable. Sus pequeños ojos miraban al mundo con asombro, pero, al mismo tiempo, con seguridad; además, había algo insolente y agresivo incluso en sus cortas piernas y pies planos. Iba muy bien afeitado y su cara tenía un tinte algo azulado.

Persikov frunció el ceño y dijo:

—Trae usted un certificado. ¿Dónde está?

El recién llegado estaba obviamente anonadado por lo que veía. De ordinario no era propenso a desconcertarse, pero en este caso lo estaba. A juzgar por la dirección de sus ojos, se encontraba aturdido sobre todo por la biblioteca de doce estantes que llegaba al techo, atestada de libros. Y luego, por supuesto, por las cámaras, en las cuales, como en el infierno, oscilaba el

rayo escarlata difundido y aumentado por las paredes de cristal.

El visitante miró al profesor y el respeto que sintió hizo estremecer la usual firmeza de sus ojos. No sacó ningún papel, pero dijo:

—Soy Alexander Semionovich Porvenir.

—¿Sí? ¿Y qué?

—He sido nombrado gerente de la granja modelo del Soviet «Sovjós del Rayo Escarlata» —explicó el recién llegado.

—¿Y?

—Y así, he venido con un memorándum secreto, camarada.

—Interesante. Pero sea breve, por favor.

El visitante se desabrochó el abrigo y sacó una orden, impresa en excelente papel de barba. Se la tendió a Persikov y luego, sin esperar invitación, se sentó en un taburete giratorio.

—No empuje la mesa —dijo Persikov con odio.

El visitante miró con algo de temor a la mesa, en cuyo extremo más lejano, en un orificio oscuro, dos ojos sin vida brillaban como esmeraldas.

Cuando Persikov hubo leído el papel se levantó de un salto y corrió al teléfono. Unos segundos después hablaba apresuradamente y con extrema irritación:

—Perdone... No entiendo... ¿Cómo puede ser...? Yo... Sin mi consentimiento o consejo... ¡Pero sólo Dios sabe qué hará este hombre con eso!

El extraño, entonces, se dio la vuelta y le miró, ofendido en extremo.

—Perdone —empezó—. Soy el geren...

Pero Persikov le hizo una seña con el índice.

—Perdone, no puedo entenderlo... En suma, protesto enérgicamente. No puedo consentir ninguna prueba con huevos antes de que yo mismo experimente con... —seguía Persikov, enarbolando el teléfono.

Se oyeron quejas y chasquidos por el auricular, incluso desde lejos daba la impresión de que la voz que se oía, paciente y condescendiente, estaba dirigiéndose a un niño enfadado. Al terminar la conversación, Persikov, encarnado, colgó violentamente el teléfono y gritó al vacío:

—¡Yo me lavo las manos!

Volvió hacia la mesa, cogió el papel y, tras releerlo de arriba abajo, se encaró con el visitante.

—Muy bien... Me someto. No es de mi incumbencia. Y, además, no me interesa.

Porvenir no estaba tan ofendido como asombrado.

—Perdone, camarada... —empezó—, pero ¿usted está...?

—Camarada... Camarada... —le espetó—. ¿Es eso lo único que sabe decir? —exclamó hoscamente Persikov sin poderse contener.

«¡Bien!», parecía decir el rostro de Porvenir.

—Perd... —dijo éste de viva voz.

—Y ahora, si me hace el favor... —le interrumpió Persikov—. Éste es el arco de la bombilla generadora. Con su ayuda se obtiene, manipulando el ocular —Persikov asió el objetivo de la cámara que parecía un aparato fotográfico—, un haz de rayos que pueden unirse moviendo el objetivo número 1 hasta aquí, y el espejo número 2.

Persikov apagó el rayo; a continuación volvió a encenderlo enfocándolo sobre el suelo de amianto de la cámara.

—Sobre el suelo puede disponer lo que quiera y proceder al desarrollo del experimento. Muy simple, ¿no cree?

Persikov quería expresar ironía y desprecio, pero el funcionario no lo advirtió, mirando la habitación, como estaba, con sus atentos ojillos.

—Pero le aviso —siguió Persikov—. Mantenga sus manos lejos del rayo, porque, según he observado, provoca un crecimiento del epitelio..., y, por desgracia, todavía no he establecido si es maligno o no.

El visitante se llevó rápidamente las manos a la espalda.

—¿Y cómo lo hace usted, profesor?

—Puede comprar guantes de goma en Schwab, de Puente Kuznetsky —contestó irritado el profesor—. No tengo por qué ocuparme de eso.

Persikov miró de pronto a Porvenir, como si estuviera examinándole a través de una lupa:

—¿De dónde viene? Y, en general, ¿por qué? —le preguntó.

Porvenir se sintió verdaderamente ofendido.

—Perd...

—¿Después de todo, uno tiene derecho a saber bien de qué se trata! ¿Por qué se han agarrado a este rayo?

—Porque es un asunto de sumo interés.

—¿Ah! El sumo... En ese caso... ¡Pankrat!

Pero cuando Pankrat apareció, dijo:

—Espere, tengo que pensar.

Y Pankrat desapareció, obediente.

—Hay una cosa que no consigo entender —dijo Persikov—. ¿Por qué esta precipitación y secreto?

—Usted me asombra, profesor —contestó Porvenir—. ¿Sabe que todos los pollos han muerto? ¡Hasta el último!

—¿Y qué tiene eso que ver? —chilló Persikov—. ¿Van a intentar resucitarlos al momento? ¿Es eso? ¿Y por qué con la ayuda de un rayo que aún no ha sido estudiado debidamente?

—Camarada profesor —repuso Porvenir—, debo decir que usted me confunde. Le digo que tenemos que restablecer la cría de pollos porque en el extranjero están escribiendo toda clase de improcedencias sobre nosotros. Por eso.

—Me gustaría saber de quién fue la idea de criar pollos a partir de los huevos...

—Mía —contestó Porvenir.

—Hum... Ya veo... ¿Y por qué, sí se puede saber? ¿Dónde aprendió usted las propiedades del rayo?

—Bueno, asistí a su conferencia.

—¡Todavía no he hecho nada con huevos! ¡Sólo estoy preparándome para hacerlo!

—¡Funcionará, juro que funcionará a la perfección! —gritó súbitamente Porvenir con convicción—. ¡Su rayo es tan famoso! Y usted puede hacer surgir elefantes con él, no ya pollos.

—Dígame —dijo Persikov—, usted no es zoólogo, ¿verdad que no? Lástima... Sería un muy audaz experimentador... Sí... Pero corre el riesgo de acabar con... Y me está haciendo perder el tiempo...

—Le devolveremos sus cámaras.

—¿Cuándo?

—Tan pronto como críe el primer grupo.

—Habla usted con mucha confianza. Muy bien. ¡Pankrat!

—Traigo hombres conmigo —dijo Porvenir—, y guardias...

Por la tarde, la oficina de Persikov había quedado desmantelada y desolada. Sobre las mesas no se veía ningún objeto. Los hombres de Porvenir se habían llevado las tres cámaras grandes, dejando al profesor solo la primera, la cámara pequeña de su propiedad, en la que había comenzado sus primeros experimentos.

En aquel crepúsculo de agosto, el Instituto se volvió gris; la tristeza y soledad fluctuaban por los corredores. Se oía el monótono ruido de unas pisadas en el estudio; Persikov se paseaba desesperadamente por la habitación, de la puerta a la ventana... Tenía lugar un extraño fenómeno: una inexplicable sensación de decaimiento se había abatido sobre el edificio y sus habitantes, tanto humanos como animales.

Sonó la campana del estudio de Persikov. Pankrat apareció en el umbral. Llevaba consigo una extraña fotografía. Perdido y solitario, el científico siguió sin inmutarse en el centro de la habitación y miró las mesas vacías. Pankrat tosió y permaneció inmóvil.

—Aquí, Pankrat —dijo Persikov señalando una de las mesas.

Pankrat se asombró. Le pareció que los ojos del profesor brillaban en la oscuridad bañados en lágrimas. Era extraordinario y, a la vez, terrible.

—Ya sabes, mi buen Pankrat —continuó Persikov, volviéndose hacia la ventana—, que mi mujer me abandonó hace quince años por un tenor..., y ahora se dice que ha muerto... Qué historia, querido Pankrat... Me han enviado una carta...

Los sapos clamaron lastimeramente y pareció como si el crepúsculo envolviese al profesor. Pankrat, confundido y acongojado, permanecía con las manos caídas, rígido de miedo.

—Vaya, Pankrat —dijo pesadamente el profesor al tiempo que hacía una señal con la mano—, váyase a dormir ya.

Verdaderamente, el mes que mejor sienta al campo es agosto, y sobre todo en la provincia de Smolensko. El verano de 1928, como es sabido, fue uno de los más agradables, ya que las lluvias de primavera habían llegado en su justo momento, el sol era caliente y despejado y se preveía una excelente cosecha. El hombre cambia cuando se halla en contacto con la naturaleza. E incluso Alexander Semionovich habría parecido menos antipático aquí que en la ciudad. Ya no llevaba el detestable abrigo de cuero. Su cara estaba bronceada por él sol; su camisa indiana, desabrochada, ponía de manifiesto un pecho cubierto por densos pelos negros; sus piernas estaban envueltas en pantalones de lona; y, además, sus ojos parecían más apacibles y amables.

Alexander Semionovich bajó rápidamente los escalones del pórtico de columnas sobre el que había puesto un rótulo que ostentaba las siguientes palabras:

«El Rayo Escarlata»
«Sovjós»

Una vez en el patio, se dirigió hacia el camión que le había traído, bajo guardia, dos cámaras oscuras. Todo el día estuvo Alexander Semionovich atareado con sus asistentes, acomodando las cámaras en el antiguo invernadero de los Sheremetyev. Al atardecer todo estaba listo. Una polvorienta bombilla blanca brillaba bajo el techo de cristal; las cámaras habían sido armadas sobre ladrillos, y el técnico que había llegado con las cámaras oprimió y dio la vuelta a los brillantes contactos y encendió el rayo rojo enfocándolo sobre el suelo de amianto.

Alexander Semionovich se movía nervioso de un lado a otro e incluso subió él mismo a la escalera para inspeccionar el tendido de los hilos.

Al día siguiente volvió el camión y trajo tres grandes cestos hechos de excelente madera contrachapada y cubiertos de yeso, con etiquetas y avisos en alemán y en letras blancas sobre fondo negro:

«Vorsicht: Eier!» («Cuidado: huevos».)

—Pero, ¿por qué habrán enviado tan pocos? —se preguntaba Alexander Semionovich.

Sin embargo, se aplicó inmediatamente a desempaquetar los huevos. La labor fue llevada a cabo en el mismo invernadero con la participación de todos: el mismo Alexander Semionovich, su esposa, Manya, una mujer de extraordinario volumen, el antiguo jardinero tuerto, que servía de ordinario en el sovjós en la universalizada calidad de vigilante, el guardia, condenado a vivir en el sovjós, y la chica de servicio, Dunia. Aquello no era Moscú y todo resultaba más sencillo y amistoso. Alexander Semionovich dirigía el trabajo y miraba los cestos como si fuesen algo a lo que tuviese gran cariño.

—Con cuidado, por favor —pidió al guarda—, con cuidado. ¿Se da cuenta? ¡Tenemos huevos aquí!

Los huevos habían sido empaquetados perfectamente bien: bajo la tapa de madera venía una capa de papel parafinado; luego, otra de papel absorbente; a continuación iba una espesa capa de virutas de madera; finalmente, aserrín, entre el que aparecían los blancos contornos de los huevos.

—Empaquetado extranjero —dijo admirado Alexander Semionovich mientras removía el aserrín—. No como hacemos nosotros las cosas. Manya, ten cuidado, los vas a romper.

—Pareces tonto, Alexander Semionovich —contestó su mujer—. Imagínate, una joya semejante... Como si nunca hubiera visto huevos. ¡Oh...! ¡Qué grandes!

—Eso es Europa —dijo Alexander Semionovich depositando los huevos sobre la mesa de madera—. ¿Acaso esperabas recibir nuestros pequeños y moteados huevos de pájaro? No entiendo, sin embargo, por qué están sucios —dijo reflexivamente—. Manya, ocúpate de todo. Haz que sigan desembalándolos; voy a telefonar.

Aquella misma tarde sonó el teléfono en la oficina del Instituto Zoológico. El profesor Persikov acudió al aparato.

—¿Sí? —dijo.

—Llamada de larga distancia, un momento —contestó por el sibilante receptor una voz de mujer.

—Diga, escucho —repuso el profesor Persikov sobre la negra boca del

teléfono.

Hubo algunos tecleos y chasquidos y, luego, una voz masculina habló ansiosamente al oído del profesor:

—¿Deben lavarse los huevos, profesor?

—¿Qué? ¿De qué se trata? ¿Qué pregunta usted? —gritó Persikov irritado

—. ¿Quién está al habla?

—Desde Nikolsky, provincia de Smolensko —contestó el aparato.

—No sé de qué está hablando. ¿Quién es usted?

—Porvenir —afirmó el receptor con decisión.

—¿Porvenir? Ah, sí... es usted... bueno, ¿qué pasa?

—Si deben lavarse... Me han enviado del extranjero un cargamento de huevos...

—¿Y bien?

—Parecen algo babosos.

—Qué absurdo... ¿Cómo pueden estar «babosos»? Bueno, claro, pueden tener algo de... quizá haya un poco de excremento sobre ellos...

—¿De modo que no deben ser lavados?

—¡Claro que no! Así que, ¿ya está dispuesto a llenar las cámaras con ellos?

—Lo estoy —repuso el teléfono.

—Hum... —dijo Persikov con un bufido.

—Han colgado, señor —dijo una voz femenina.

El receptor tecleó y quedó definitivamente en silencio.

—¡Han colgado! —imitó Persikov con odio. Se volvió entonces al profesor asistente Ivanov—. Imagínese, Piotr Stepanovich, que es posible que el rayo produzca el mismo efecto en el deutero plasma del huevo de gallina que en el plasma de los anfibios. Es probable, entonces, que las gallinas salgan del cascarón, pero ni usted ni yo podemos decir qué clase de gallinas serán... Quizá no sirvan para nada. Quizá se mueran en un día o dos. ¡Quizá, incluso, no resulten comestibles!

—Muy cierto —agregó Ivanov.

—¿Puede usted garantizar, Piotr Stepanovich, qué podrán traer al mundo las generaciones futuras?

—Nadie podría hacerlo —agregó Ivanov.

—¡Qué temeridad! —Persikov se encendió más aún—. ¡Qué insolencia!
¡Y me han ordenado que le dé instrucciones a ese bribón!

Persikov señaló el papel que Porvenir había traído, el cual yacía aún sobre la mesa del instrumental.

—¿Y cómo puedo instruir a ese ignorante cuando ni siquiera yo sé algo sobre ese problema?

—¿Era imposible negarse? —preguntó Ivanov.

Persikov se puso lívido, recogió el papel y se lo enseñó a Ivanov. Este último lo leyó y sonrió con ironía.

—Y luego, fíjese... Esperé mi envío durante dos meses y aún no hay el menor rastro de él, mientras que ese tipo recibe al momento los huevos y consigue, en general, cualquier colaboración.

—No llegará a ningún sitio con eso, Vladimir Ipatievich. Y acabarán teniendo que devolverle las cámaras —auguró Ivanov, tranquilizador.

—Si por lo menos no tardaran demasiado... Están interrumpiendo mis experimentos —proseguía el científico con desánimo.

—Es cierto. Eso es lo peor de todo. Yo también lo tenía todo a punto.

—¿Llegaron los trajes aislantes?

—Sí, hoy.

Persikov se calmó un poco.

—Hum... Creo que lo haremos de la siguiente forma: cerraremos bien las puertas del cuarto de operaciones y abriremos la ventana...

—Desde luego —agregó Ivanov.

—¿Tres «astronautas»?

—Sí, tres.

—Bien, eso le incluye a usted y a alguien más; quizá uno de los estudiantes. Le daremos el tercer casco.

—Tendremos que estar despiertos toda una noche —siguió Persikov—. Y, otra cosa, Piotr Stepanovich, ¿ha comprobado ya el gas? Nunca se sabe con éstos de la Buenos Químicos; han podido mandarnos cualquier porquería.

—No, no —dijo Ivanov moviendo las manos—. Hice un ensayo ayer. Debemos reconocérselo, Vladimir Ipatievich; se trata de un gas excelente.

—¿Sobre qué lo probó? —inquirió todavía el profesor.

—Sobre sapos corrientes. Se les envía una pequeña ráfaga y mueren al instante. ¡Ah! Vladimir Ipatievich; también tenemos que hacer otra cosa. Escribir a la GPU y pedir que nos envíen un revólver eléctrico.

—Pero yo no sé cómo se maneja...

—Yo lo llevaré conmigo —contestó Ivanov—. Solíamos practicar en el Klvazma para divertirnos... Había un empleado de la GPU que vivía al frente... Buena cosa. Extraordinaria, silenciosa y mata cabalmente a una distancia de cien pasos Solíamos disparar contra los grajos... Creo que ni siquiera vamos a necesitar el gas.

—Hum... Inteligente idea... Mucho. —Persikov se fue a un rincón de la habitación, descolgó el teléfono y graznó—: Dígame, ¿cómo ha dicho que se llama...? Lubyanka...

Los días eran insoportablemente calurosos. Se podía ver incluso el calor sobre los campos, de tan denso. Y las noches eran mágicas, llenas de misterio, verdes. Al claro de luna era posible leer el *Izvestia* sin dificultad con excepción de la columna de ajedrez. Pero, naturalmente, nadie lee el *Izvestia* en semejantes noches... La criada, Dunia, se dirigió, paseando, hacia el soto que había detrás del sovjós. Y, casualmente, el bigotudo chófer del pequeño y desvencijado camión del sovjós se encontraba allí. Una lámpara alumbraba la cocina donde cenaban dos de los jardineros. Y la señora Porvenir, sentada en la balaustrada y luciendo un vestido blanco, soñaba mientras contemplaba la radiante luna.

A las diez de la noche, cuando se habían extinguido todos los ruidos del cercano pueblo de Kontsovka, resonaron en el idílico paisaje los delicados ecos de una flauta. Es imposible expresar lo apropiados que resultaban para la estampa que formaban las antiguas columnas del palacio de los Sheremetyev. La frágil Lisa del Pique Dame unió su voz en un dúo con el apasionado Polina de la flauta, y la melodía fue flotando hasta el empinado camino del claro de luna como un fantasma del antiguo régimen, pero tan estremecedoramente encantador que incluso lograba hacer saltar las lágrimas.

Los matorrales seguían en completo silencio, y Dunia, fatal como una ninfa tallada, escuchaba con la cara contra la masculina mejilla, rasposa y rojiza, del chófer.

—Toca bien, ese pillo —dijo este último mientras estrechaba con su viril brazo la cintura de la doncella.

El ejecutante era el mismo director del sovjós, Alexander Semionovich Porvenir, y, a decir verdad, tocaba extraordinariamente bien.

La música que flotaba sobre las cristalinas aguas y los matorrales del parque, se vio súbitamente acompañada de un ruido que alteró su melodía. Los perros de Kontsovka, que por lógica tenían que estar ya dormidos a esa hora, rompieron de pronto en un ensordecedor coro de ladridos que se convirtió, gradualmente, en un angustiado aullido general. Extendiéndose y creciendo resonó sobre los campos, y ahora era contestado por un chirriante concierto a mil voces por parte de las ranas de todas las charcas. Todo esto fue tan misterioso que por un momento pareció que la tranquila noche se había excitado repentinamente.

Alexander Semionovich dejó su flauta y saltó por encima la baranda.

—¡Manya! ¿Oyes? Esos malditos perros... ¿Qué crees que puede ser lo que los ha puesto tan frenéticos?

—¿Y cómo voy a saberlo? —contestó mientras alzaba la vista para mirar a la luna.

—Mira, Manechka, vamos a echar una mirada a los huevos —sugirió Alexander.

—Realmente, Alexander Semionovich, estás chiflado por completo con tus huevos y tus pollos. ¡Descansa un poco!

—No, Manechka, vamos.

Una luz muy viva se encendió en el invernadero. Dunia llegaba en aquel momento, con la cara sonrojada y los ojos brillantes. Alexander Semionovich levantó poco a poco los cristales de observación y todos se asomaron expectantes a las cámaras. En el suelo de amianto, los huevos, con manchas color rojo encendido, yacían en filas iguales; las cámaras estaban en silencio mientras la bombilla de 15.000 vatios silbaba mansamente sobre las cabezas de los presentes.

—¡Ah, qué cantidad de pollitos sacaré de aquí! —exclamó Semionovich con entusiasmo.

—Sabe usted, Alexander Semionovich —dijo Dunia, sonriendo—; los campesinos de Kontsovka dicen que usted es el Anticristo y que éstos son huevos diabólicos, y que, según comentan, es un pecado empollar huevos con máquinas. Hablaron de matarle.

Alexander Semionovich se sobresaltó y miró a su mujer. Se le había puesto la cara amarilla.

—Bueno, ¿qué te parece eso? ¡Nuestra gente! ¿Qué se puede hacer con gente así? Manechka, tendremos que convocarlos a un mitin... Mañana llamaré a algunos trabajadores del partido del distrito. Yo mismo me encargaré de dar una charla. Tenemos que intentar arreglar esto... Un número elevado de parroquianos...

—Mentes oscuras —dijo el guardia, sentado sobre su abrigo a la puerta del invernadero.

El día siguiente estuvo marcado por los más extraños e inexplicables sucesos. Por la mañana, cuando el sol brillaba sobre el horizonte, los bosques, que generalmente saludaban al día con el alto e incesante gorjear de los pájaros, se mantuvieron en absoluto silencio. Todos pudieron darse cuenta de ello. Era como si una tormenta estuviera a punto de estallar, aunque no había señales que fuera a ocurrir tal cosa. Las conversaciones en el sovjós asumieron un tono ambiguo y poco usual, muy molesto para Alexander Semionovich, especialmente porque el viejo campesino de Kontsovka apodado Bocio de Cabra, conocido camorrista y sabelotodo, había hecho correr el rumor asegurando que todos los pájaros se habían reunido en bandadas y habían marchado de Sheremetyev volando hacia el norte, lo cual era, simplemente, estúpido. Alexander Semionovich, apuradísimo, estuvo todo el día telefoneando al pueblo de Grachevka, de donde, finalmente, obtuvo la promesa del envío de varios oradores al sovjós, en el espacio de un día o dos, para informar a los campesinos sobre dos asuntos: la situación internacional y la cuestión de la Compañía de Buenas Aves.

La tarde trajo consigo nuevas sorpresas. La mañana había sido testigo del silencio de los bosques, demostrando con la máxima claridad cuán funesta y opresiva puede ser para éstos la ausencia de sonido. Al mediodía todos los gorriones se habían ido de los patios del sovjós. Por la tarde el gran silencio se había extendido también a la balsa de Sheremetyev. Esto último era verdaderamente asombroso, porque todo el mundo, en cuarenta verstas a la redonda, estaba familiarizado con el famoso croar de las ranas de la citada balsa. Pero ahora todas las ranas parecían haber muerto. Y debe admitirse que Alexander Semionovich había perdido la serenidad.

—Es realmente extraño —decía éste a su mujer durante la comida—. No puedo entender por qué se han ido todos esos pájaros.

—¿Y qué sé yo? —contestó Manya—. Quizá sea debido al rayo.

—Estás completamente loca, Manya —dijo Alexander dejando caer su cuchara—. No eres mejor que esos campesinos. ¿Qué tiene que ver el rayo con todo esto?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? ¡Déjame sola!

Llegó la tercera sorpresa. Los perros de Kontsovka volvieron a aullar a la luna, y fue una actuación realmente salvaje. Los campos, iluminados por el satélite, vibraron con el incesante gemir, y con los angustiados e irritados lamentos.

Alexander Semionovich resultó, en cierta manera, sorprendido por un nuevo acontecimiento, esta vez agradable, que tuvo lugar precisamente en el invernadero: el sonido de unos continuos golpecitos llegaba de las cámaras donde se hallaban los huevos rojos. Primero de un huevo, y luego de otro, iba levantándose una cadena de toc-tocs que podía oírse desde el patio exterior. Aquel golpeteo de los huevos fue como una marcha triunfal para Alexander Semionovich, que se olvidó al momento del extraño fenómeno de los bosques y de la balsa. El sovjós se reunió en el invernadero: Manya, Dunia, el vigilante y el guardia, que dejó su rifle a la entrada.

—Bueno, ¿qué me dicen? —exclamó jubiloso el gerente de la granja.

Curiosos, todos aplicaron el oído a la puerta de la primera cámara.

—Son los pollitos que ya dan golpes con el pico —continuó Alexander Semionovich, radiante de felicidad—. ¿Quién dijo que yo no haría salir ni un

pollo? —exclamó rebosante de emoción al tiempo que daba unas palmadas en el hombro al guarda—. Voy a conseguir una nidada tal que van a necesitar prismáticos para abarcarla con la vista. Y ahora, estén atentos. En cuanto empiecen a salir me avisan sin perder un minuto.

—No se preocupe —contestaron a coro el vigilante, Dunia y el guardia.

El toc... toc... toc... era ya continuo en la primera cámara. Y, verdaderamente, el cuadro de una nueva vida naciente ante ellos mismos era tan interesante que todo el grupo se quedaba sentado durante largo rato sobre los cestos vacíos, mirando los huevos color frambuesa que se abrían bajo la misteriosa luz vacilante y tenue. No se fueron a la cama hasta bien entrada la noche. El sovjós y los campos de los alrededores estaban inundados de luz verdosa. La noche era espectral; incluso podría decirse que siniestra, debido quizá a que su absoluto silencio era roto de vez en cuando por las intermitentes e inexplicables explosiones de aullidos provenientes de Kontsovka, aullidos lastimeros que partían el corazón. Resultaba imposible decir qué era lo que hacía comportarse así a aquellos condenados perros.

Por la mañana un nuevo revés esperaba a Alexander Semionovich. El desconcertado guardia se llevaba la mano al corazón y juraba, poniendo a Dios por testigo, que no se había dormido, a pesar de lo cual no había advertido nada.

—Es algo misterioso —insistió el guardia—. No se me puede echar la culpa, camarada Porvenir.

—Gracias, mi más sincero agradecimiento —exclamó Alexander Semionovich—. ¿Qué se ha creído, camarada? ¿Para qué le han puesto ahí? ¡Para vigilar! Ahora, dígame, ¿dónde se han metido? Salieron, ¿no? Eso quiere decir que se han escapado. Eso quiere decir que usted dejó la puerta abierta y se marchó. ¿O quizá pretenderá que los pollos están aún aquí o algo por el estilo?

—¡No he ido a ninguna parte! ¿Acaso no sé yo cuál es mi trabajo? —el guardia acabó por sentirse ofendido—. ¡Me está echando la culpa sin razón, camarada Porvenir!

—Pero, ¿dónde se han ido? —explotó el gerente.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo por último el interpelado—. ¿Quién

podría saberlo? Y, además, ¿cuál es mi trabajo? Vigilar que nadie robe las cámaras, y eso es lo que hago. Aquí están sus cámaras. ¿Quién sabe qué clase de pollos sacaré de aquí? ¡Quizá no se les pueda atrapar ni siquiera persiguiéndolos en bicicleta!

Alexander Semionovich se quedó un poco desconcertado; rezongó un poco más y cayó en un estado de completa perplejidad. Se trataba, verdaderamente, de un asunto extraño. En la primera cámara, que había sido cargada antes que las demás, los dos huevos colocados más cerca de la base del rayo estaban rotos. Uno de ellos incluso había rodado un poco, y algunos trozos yacían dispersos en el suelo de amianto que el rayo iluminaba.

—¡Maldita sea! —dijo Alexander Semionovich—. ¡Las ventanas están cerradas y no pueden haber volado a través de la techumbre!

—¡Qué idea, Alexander Semionovich! —gritó Dunia con incredulidad—. ¿Quién ha visto nunca que los pollitos vuelen? Tienen que estar por aquí, en alguna parte... Titas... titas... titas... —empezó a decir, buscando por los rincones llenos de polvorientos tiestos, tableros y otros desechos.

Pero no encontró pollito alguno. Y aunque todo el personal corrió por los patios del sovjós durante dos largas horas buscando a los pícaros pollitos, nadie encontró nada.

El día pasó con una agitación extrema. La guardia fue doblada por la adición del vigilante, que había recibido órdenes estrictas de mirar por las ventanas de las cámaras cada quince minutos y llamar a Alexander Semionovich en cuanto notara algo raro. El guarda estaba sentado junto a la puerta, enfurruñado y con el rifle entre las rodillas. El mismo Alexander Semionovich se agotó corriendo de acá para allá y no comió hasta casi las tres de la tarde. Después de comer durmió una hora a la sombra fresca del viejo otomán del príncipe Sheremetyev, bebió un poco de sidra fabricada en el mismo sovjós y se convenció que todo estaba ya en perfecto orden. El viejo vigilante permanecía arrellanado sobre un trozo de arpillera y miraba, parpadeando, por la ventana de observación de la primera cámara. El guardia estaba alerta en la puerta.

Pero nuevamente se presentó una extraña circunstancia: los huevos de la tercera cámara, la última que había sido dispuesta para el «empolle»,

empezaron a emitir extraños ruidos parecidos a gorgoteos reprimidos y pequeños cloqueos, dando la impresión de que alguien estaba sollozando en su interior.

—¡Oh, oh! Están madurando —dijo Alexander Semionovich, disponiéndose a salir—. ¿Ha visto? —le preguntó al vigilante.

—Es una maravilla, desde luego —dijo este último en un tono completamente ambiguo, al tiempo que movía la cabeza.

El gerente estuvo en cuclillas durante un rato junto a las cámaras, pero ni un solo huevo se abrió. Se levantó, se estiró, y declaró que ese día no saldría de la finca: tan sólo iría a la balsa para nadar un poco, y, si algo pasaba, tenían orden de avisarle al momento. Subió corriendo al dormitorio de la mansión; éste estaba amueblado con dos camas estrechas, con colchón de muelles, y cubiertas con arrugadas sábanas de lino. El suelo se hallaba lleno de manzanas verdes y de mijo, este último almacenado allí con vistas a las inmediatas nidadas. Recogiendo una toalla playera y, tras un momento de reflexión, su flauta, que se proponía tocar placenteramente sobre las mansas aguas de la balsa, Porvenir salió aprisa del edificio, cruzó el patio del sovjós y caminó por la avenida de sauces en dirección al estanque.

A su derecha se extendía un soto de bardas que golpeó suavemente al pasar, lo que al parecer motivó que se oyera un crujido en la maraña de anchas hojas flotantes; un ruido similar al que produciría alguien que arrastrara un pesado leño. Con un ligero escalofrío, Alexander Semionovich volvió la cabeza hacia el soto de malas hierbas y se puso a observarlo con extrañeza. La balsa hacía dos días que se mantenía en el más absoluto silencio. El susurro se detuvo. La lisa superficie del agua y el tejado gris de la caseta de baño brillaban tentadores más allá de las bardas; iba ya a dirigirse hacia las planchas de madera que llevaban hacia el agua cuando empezó de nuevo el ruido en el matorral, esta vez acompañado de un corto silbido parecido al que emiten las locomotoras al soltar vapor. Alexander Semionovich dio entonces un respingo y metió la cabeza por entre la gruesa muralla de las bardas.

—¡Alexander Semionovich! —llamó la voz de su mujer al momento que su blanca blusa aparecía y desaparecía en el campo de frambuesas—.

¡Espera, voy a nadar contigo!

La mujer se encaminaba de prisa hacia el estanque, pero Alexander Semionovich no le contestó, pues tenía toda su atención fija en los matorrales. Un tronco verde grisáceo empezó entonces a salir de la barda, creciendo por momentos ante él. El tronco, según le pareció al gerente del sovjós, estaba salpicado de húmedas manchas amarillentas. El caso es que empezó a ondularse, y a oscilar, y llegó tan alto que pasó de sobras al pequeño y achaparrado sauce. Luego, la cima del tronco pareció romperse y doblarse en ángulo, y Alexander Semionovich se vio en presencia de algo que recordaba, por la altura y la forma, a un poste eléctrico de los de Moscú. Pero ese algo era tres veces más ancho que un poste y mucho más bonito, a causa, sin duda, de su rasposo tatuaje.

Sin entender nada, pero sintiendo que un rotundo escalofrío le invadía. Alexander Semionovich miró a lo alto del terrorífico poste y su corazón se aceleró notablemente. Le pareció que una fuerte helada había caído de pronto sobre aquel día de agosto, y su vista se oscureció como si estuviera mirando al sol a través de un grueso paño.

Al final del poste había una cabeza. Era plana, puntiaguda, y estaba adornada con una mancha redonda de color amarillo sobre el fondo verde oliva. Un par de ojos sin párpados, estrechos y fríos, brillaban muy abiertos con malicia absolutamente inaudita. La cabeza hizo un rápido movimiento hacia adelante, como para morder el aire; luego, el poste volvió a descender hacia las bardas y sólo quedaron los ojos que miraban sin parpadear a Alexander Semionovich. Este último, cubierto de pegajoso sudor, dejó escapar cuatro palabras absurdas por completo y causadas tan sólo por su terrible pavor (y, sin embargo, ¡qué hermosos eran aquellos ojos!).

—¿Qué clase de broma...?

Luego recordó que los faquires... sí... sí... la India... un cesto y una flauta... encantan a...

La cabeza emergió de nuevo y el cuerpo empezó a surgir tras ella. El gerente se llevó la flauta a los labios hizo un ruido sordo y chirriante, y, parándose a cada instante para coger aliento, empezó a tocar el vals de *Eugenio Onieguin*. En el matorral, los ojos empezaron a arder

inmediatamente de odio implacable hacia aquel sonido.

—Has perdido la cabeza, ¿tocando con este calor? —exclamó la alborozada voz de Manya. A Alexander Semionovich se le cortó la respiración.

Acto seguido, un grito terrible rascó el aire del sovjós y se elevó por el cielo mientras que el vals proseguía renqueando. La cabeza se había disparado hacia adelante y sus ojos apartados de Alexander Semionovich. Una serpiente, larga como de quince yardas y del grueso de un hombre, saltó del soto como un muelle de acero, y una nube de polvo, procedente del camino, cubrió a Porvenir. La serpiente pasó como una flecha junto al gerente en dirección recta a la blusa blanca. Porvenir vio a Manya ponerse lívida al momento que sus largos cabellos se estiraban sobre su cabeza como si fueran de alambre. Ante sus ojos, la serpiente abrió por un momento las fauces y algo parecido a una horquilla chasqueó fuera; luego, asió a Manya, que se estaba desplomando sobre el camino, por los hombros y la levantó del suelo cosa de un metro. Manya repitió su desgarrador grito de muerte. La serpiente se enrolló alrededor de la mujer como un enorme sacacorchos mientras que su cola levantaba una tormenta de polvo y empezó a oprimir a Manya, quien no profirió más ruidos. Porvenir sólo oyó cómo crujían sus huesos.

La cabeza de Manya voló a considerable altura, apretada contra la mejilla de la serpiente. De su boca brotó sangre y pequeñas fuentecillas se abrieron paso por debajo de sus uñas. Luego, con peligro de dislocarse las mandíbulas, la serpiente abrió su enorme boca, puso rápidamente su cabeza frente a la de Manya y empezó a engullir el cadáver de la infortunada mujer. El aliento de la serpiente se dejó sentir y escaldó la cara de Porvenir; y su cola casi lo levantó del camino junto con una nube de polvo áspero y picante. Fue entonces cuando Alexander Semionovich encaneció. Primero la parte izquierda, y luego la derecha de su cabeza, negras hasta entonces como la pez, fueron poniéndose plateadas.

En medio de una terrible náusea salió finalmente del camino y, sin ver ni oír nada más, bramando como una bestia salvaje, se entregó a una precipitada fuga.

Shchukin, el agente de la Administración Política del Estado en la estación de Dugino, era un hombre valiente. Tras reflexionar con calma dijo a su asistente, el pelirrojo Politis:

—Bueno, está bien; creo que vamos a ir, ¿eh? Saque la motocicleta.

Después de un breve silencio añadió, volviéndose al hombre que estaba sentado en el banco:

—Déjenos ver la flauta.

Pero aquel tembloroso hombre de pelo gris que había entrado en la oficina de la GPU de Dugino no les entregó su flauta, sino que prorrumpió en un acceso de llanto y gemidos inarticulados. Shchukin y Politis se dieron cuenta que tendrían que arrancarle la flauta de las manos. Los dedos del hombre parecían haberse helado y tenerla aprisionada con saña. Shchukin, individuo de enorme talla, que incluso podría haberse dedicado a «hombre fuerte» de circo, empezó a estirarle los dedos, uno a uno. Luego, puso la flauta sobre la mesa.

Todo esto tenía lugar en la mañana que siguió a la muerte de Manya.

—Usted vendrá con nosotros —dijo Shchukin a Alexander Semionovich—. Nos enseñará el camino.

Pero Porvenir levantó las manos y se cubrió la cara, horrorizado, como para hacer desaparecer una espantosa visión.

—Tendrá que enseñárnoslo —añadió Politis con firmeza.

—No; dejémosle solo —decidió el otro—. No se encuentra bien.

—¡Envíenme a Moscú! —suplicó Alexander Semionovich entre sollozos.

—¿Ya no quiere volver al sovjós?

En vez de responder, Porvenir se cubrió de nuevo la cara y el horror invadió sus pupilas.

—Está bien —repuso Shchukin—. Veo que realmente no está en condiciones de volver. El expreso pasa por aquí dentro de poco. Puede abordarlo.

Más tarde, mientras que el jefe de estación trataba de reanimar a Alexander con un poco de agua y éste mordía el borde de la taza azul haciendo rechinar los dientes, Shchukin y Politis mantuvieron una corta

charla. Politis era de la opinión de que en realidad, no había pasado nada, y de que Porvenir era simplemente un hombre trastornado que había tenido una terrorífica alucinación. Shchukin, en cambio, tendía a pensar que una gran boa se había escapado del circo recién llegado a Grachevka. Al oír sus escépticos murmullos, Alexander Semionovich se levantó del banco y, tras recobrase un poco, abrió los brazos a la manera de los profetas bíblicos y exclamó:

—¡Escúchenme! ¡Escuchen! ¿Por qué no me creen? ¡Allí estaba! Y si no, ¿dónde se encuentra mi mujer?

Shchukin calló y se puso serio, e inmediatamente envió un telegrama a Grachevka. Ordenó a un tercer agente que acompañara a Moscú a Alexander Semionovich sin dejarle solo ni un momento. Mientras tanto, él y Politis se prepararían para la marcha. Sólo disponían de un revólver eléctrico, pero eso sería, sin duda, suficiente. El modelo era de 1927; cincuenta disparos, orgullo de la técnica francesa y diseñado para ser usado a corta distancia, no alcanzaba a más de cien pasos pero cubría un campo de dos metros de ancho y mataba cualquier cosa que se hallase dentro de ese terreno. Era difícil fallar con aquello. Shchukin se metió en la cartuchera el brillante juguete eléctrico y Politis se armó de una ametralladora ordinaria de las de veinticinco disparos, así como de varias fajas de cartuchos. Hecho esto, montaron en la motocicleta y se dirigieron hacia el sovjós. La motocicleta cubrió las veinte verstas que había entre la estación y la granja en el breve tiempo de quince minutos (Porvenir había caminado durante toda la noche, agachándose de vez en cuando entre los arbustos de la cuneta víctima de paroxismos de pánico mortal).

El sol empezaba a hacerse insoportable cuando la mansión de color blanco destelló entre el verdor de la colina que dominaba los meandros del río Top. Un silencio mortal reinaba en la escena. La moto cruzó como un rayo el puente y Politis tocó el claxon para que alguien saliera. Pero nadie respondió, si exceptuamos a los frenéticos perros de Kontsovka. Dejándose ir, la motocicleta llegó a las puertas guardadas por varios leones de bronce, verdosas por el tiempo y el abandono. Los agentes, polvorientos, se bajaron, haciendo bailar sus polainas amarillas. Amarraron con cadena y candado la

moto contra la misma puerta de hierro y entraron en el patio. El silencio absoluto les sorprendió.

—Hola, ¿no hay nadie aquí? —llamó Shchukin en voz alta.

Al no responder nadie, los agentes dieron la vuelta al patio con creciente asombro. Politis arrugó el ceño. En cuanto a Shchukin, empezó a ponerse más y más serio frunciendo sus pobladas cejas. Miraron por la ventana de la cocina y vieron que se hallaba vacía, pero todo el suelo estaba lleno de fragmentos de porcelana blanca.

—Aquí ha tenido que pasar algo de veras. Ahora estoy seguro. Alguna catástrofe —dijo Politis.

—¡Maldita sea! —gruñó Shchukin—. ¡No ha podido tragárselos a todos a la vez! A no ser que se hayan ido. Vamos adentro.

La puerta de la mansión estaba abierta de par en par y el interior se hallaba completamente desierto. Los agentes subieron hasta el entresuelo llamando por todas partes y abriendo todas las puertas. Pero, al no descubrir nada en absoluto, volvieron al patio por el pórtico vacío.

—Vamos a la parte de atrás. Miraremos en el invernadero —planeó Shchukin—. Buscaremos allí y luego llamaremos por teléfono.

Los agentes se encaminaron hacia el patio posterior por entre los macizos de flores que había a los lados de un pavimentado pasillo, y, al llegar, vieron las brillantes ventanas del invernadero.

—Espera un momento —susurró Shchukin, sacando el revólver. Politis, expectante y tenso, quitó el seguro a su ametralladora.

Un extraño ruido llegó del invernadero y más concretamente de su parte trasera. Era como el silbido de una locomotora. Zau... zau... z-zau..., s-ss..., silbaba.

—Vigila con cuidado —dijo Shchukin.

Y, esforzándose en andar sin hacer ruido, los agentes llegaron de puntillas hasta las ventanas y miraron al interior del jardín abierto.

Politis dio instantáneamente un salto hacia atrás y su cara adquirió un tinte palidísimo. Shchukin abrió la boca y se quedó atónito, con el revólver en la mano.

Todo el invernadero bullía como un puñado de gusanos. Enrollándose y

desenrollándose, silbando y estirándose, deslizándose y moviendo la cabeza como si se tratara de un péndulo, enormes serpientes se arrastraban por el suelo del invernadero donde las cáscaras de huevos, rotas y esparcidas por el piso, crujían bajo su peso. En el techo había encendida una bombilla de gran potencia que bañaba el interior del local con extraño brillo. En el suelo yacían tres cajas negras parecidas a enormes cámaras fotográficas. Dos de ellas, que estaban inclinadas, eran oscuras; en la tercera resplandecía una pequeña pero fuerte luz escarlata.

Serpientes de todos los tamaños reptaban siguiendo la dirección de los cables eléctricos y se abrían paso a través de las aberturas del tejado. De la misma bombilla llegó a colgarse una serpiente negra de varios metros de longitud, con la cabeza oscilando como un péndulo de reloj frente a la misma luz. El silbido era acompañado por curiosos cascabeleos y chasquidos, y el invernadero difundía un apestoso y singular olor parecido al hedor del agua estancada. Los agentes también vieron montones de huevos dispuestos en los polvorientos rincones, un exótico pájaro gigante que yacía inmóvil junto a las cajas y el cadáver de un hombre con un rifle, próximo a la puerta.

—¡Atrás! —gritó Shchukin, y empezó a retroceder tirando de Politis con la mano izquierda y levantando el revólver con la derecha. Alcanzó a disparar nueve veces con el arma, que silbaba y lanzaba relámpagos verdosos.

Los ruidos del interior crecieron violentamente en respuesta al fuego de Shchukin; todo el ámbito hervía con frenético nerviosismo, y planas cabezas, rápidas como dardos, surgían de cada abertura. Por el sovjós resonó una larga serie de detonaciones y sobre los muros se reflejó el fulgor de los rayos que lanzaba la pistola eléctrica. Politis, siempre retrocediendo, disparó por fin su ametralladora. De pronto, oyó un extraño y pesado andar de cuadrúpedo a su espalda y, con un horrible grito, cayó al suelo. Una criatura verde pardusca parecida a un lagarto de gran talla, de patas aplanadas y torcidas hacia afuera, con un hocico enorme y puntiagudo y el espinazo sobresaliendo por toda la cola, se había aproximado desde la cochera y mordió con saña el pie del agente haciéndole caer.

—¡Socorro! —gritó Politis antes de que su mano izquierda desapareciera en la boca del animal.

Tratando en vano de levantar la derecha, arrastró su arma por el suelo. Shchukin se volvió y empezó a moverse, presa del nerviosismo, sin ver qué podría hacer. Disparó una vez, pero erró a propósito por miedo a herir a su compañero. Su siguiente disparo fue en dirección al invernadero, porque la cabeza de una enorme serpiente verdosa había surgido de entre las menores y se precipitaba hacia él. El disparo acabó con ella, y de nuevo, saltando y dando vueltas alrededor de Politis, medio muerto ya entre las fauces del enorme cocodrilo, Shchukin intentó afinar la puntería para matar a la horrible bestia sin tocar a su compañero.

Finalmente lo consiguió. El revólver eléctrico abrió fuego dos veces lanzando su verde luz sobre el animal, que dio un salto, se estiró, quedó tieso y soltó a Politis. Pero ya la sangre salía por la boca y la manga vacía del agente, que, apoyándose en su brazo derecho, trataba de arrastrar lo que quedaba de su pierna izquierda. Sus ojos se apagaban por momentos.

—Corre... Shchukin... —sollozó.

Shchukin hizo fuego varias veces en dirección al invernadero, rompiendo los cristales de varias ventanas. Y entonces, un enorme resorte, verde y sinuoso, saltó de una oquedad que se abría a su espalda, reptó por el patio, ocupándolo con su tremenda longitud, y, en un instante, se enrolló en las piernas de Shchukin. Éste cayó al suelo y el brillante revólver fue a parar lejos de su alcance. Shchukin dio un terrible grito y abrió desmesuradamente la boca para aspirar aire antes de que los anillos le cubrieran totalmente, dejando sólo libre la cabeza. Uno de los círculos se deslizó sobre el cráneo, desgarrando el cuero cabelludo con su increíble potencia, y la cabeza crujió.

No se oyeron más tiros en el sovjós. Todo quedó anegado en el constante silbido. Como respuesta, el viento trajo de la lejanía los aullidos de Kontsovka. Pero se había hecho imposible distinguir si el aullido era de perros o de hombres.

La oficina del periódico *Izvestia* estaba potentemente alumbrada y el grueso redactor jefe se dedicaba a ordenar la segunda página, que contenía despachos de la «Unión de Repúblicas». Uno de los informes atrajo su

atención, así que lo miró a través de sus anteojos de nariz y rompió a reír.

A continuación llamó a los correctores y a los de la compaginación y les enseñó una de las pruebas tipográficas. La fina lámina de papel humedecido llevaba las siguientes palabras:

«*Grachevka, provincia de Smolensko*. Una gallina del tamaño de un caballo y que coceaba con la fuerza de un semental ha sido vista en el distrito. En vez de cola tiene un manojito de plumas de adorno como los de las damas burguesas.»

Los correctores se rieron de buena gana.

—En mis tiempos —dijo el editor entre francas risotadas— cuando trabajaba para el *Ruscoye Novo* de Vania Sitin, algunos se emborrachaban hasta el punto de creer ver elefantes. Y los veían. Pero ahora parece que lo que ven son avestruces.

Los correctores volvieron a reír.

—Es verdad; debe ser un avestruz —dijo el compaginador—. ¿Vamos a sacarlo, Iván Vonifatievich?

—¿Habéis perdido el juicio? —preguntó el redactor—. Me pregunto cómo el secretario lo ha dejado pasar. Está bien claro que este mensaje lo ha enviado un borracho.

—Debió coger una buena cogorza —agregaron los de la compaginación, y uno de ellos retiró de la mesa la noticia de la gran gallina.

Por consiguiente, el *Izvestia* apareció al día siguiente con su contenido usual de interesantes noticias, pero ni una palabra sobre el avestruz de Grachevka.

El profesor asistente Ivanov, que leía *Izvestia* regularmente y a fondo, dobló en su despacho el periódico, bostezó, comentó «nada de interés» y empezó a ponerse su bata blanca. Un poco más tarde los quemadores crepitaban en calma en su habitación, y las ranas comenzaban a croar. Pero en la oficina del profesor Persikov reinaba una notable agitación.

El asustado Pankrat estaba atento, con los brazos caídos como de costumbre.

—Entiendo... Sí, señor —asentía.

Persikov le tendió un sobre sellado con cera y dijo:

—Va a ir directamente al Departamento de Crianza de Ganado y le dice a ese chiflado de director Fowlin-Hamsky que es un completo cochino. Háglele saber que lo he dicho yo, el profesor Persikov. Y dele este sobre.

Persikov se enfurecía por momentos.

—¡Malditos sean! ¡Ni siquiera saben lo que tienen entre manos! —se quejaba paseándose por el cuarto mientras se retorció las manos enguantadas—. ¡Es ultrajante! ¡Una burla que me infieren a mí y a la zoología! Envían montones de esos condenados huevos de pollo durante meses, pero de lo que yo había pedido, ¡nada! ¡Como si estuviéramos tan lejos de América...! Eterna confusión, eterno sinsentido... —y empezó a contar con los dedos—: Veamos, diez días, todo lo más, para reunirlos..., o, bueno, quince. ¡Incluso veinte! Luego, dos días para el viaje en avión; un día de Londres a Berlín... Seis horas de Berlín a Moscú... ¡Increíbles chapuceros!

Agarró con furia el teléfono y se puso a llamar a alguien. Su oficina estaba lista para un misteriosísimo y altamente peligroso experimento. Sobre la mesa se veían hojas de papel preparadas para sellar las puertas, cascos de buzo con tubos para el aire y varios cilindros brillantes con la etiqueta de «Compañía de Buenos Químicos», «No tocar», y adhesivos de la calavera y las tibias cruzadas.

El profesor necesitó más de dos horas para calmarse y poderse ocupar de asuntos de menor importancia. Estuvo trabajando en el Instituto hasta pasadas las once de la noche, y por consiguiente no se enteró de nada de lo que acontecía al otro lado de las paredes color crema. Ni el absurdo rumor sobre extrañas serpientes que se estaban acercando a Moscú, ni el despacho de los periódicos de la tarde, anunciado a voz en cuello por los vendedores, habían alcanzado al sabio; el profesor asistente Ivanov estaba en el Teatro del Arte contemplando *El zar Fiodor Ioanovich*, y no había nadie más susceptible de poderle llevar la noticia a Persikov.

Sobre la medianoche Persikov volvió a casa por la Prechistenka, y al llegar se acostó. Durmió bien. Moscú, vivo y hormigueante hasta muy entrada la noche, también dormía. Sólo permanecía en vela el enorme edificio gris de la Tverskaya que se estremecía por el bramar y zumbir de las máquinas de prensa del *Izvestia*. La oficina del redactor jefe parecía un

pandemonio. Iván Vonifatievich, furioso y con los ojos rojos, se movía nerviosamente de un lado a otro sin saber qué hacer y mandando a todo el mundo al diablo. El compaginador, despidiendo olor a vino, le seguía, diciendo:

—Pero bueno, no es tan terrible; siempre podemos publicar mañana un suplemento extra. Después de todo, ya no podemos sacar de prensa la edición...

Los de la compaginación y confección no se fueron a casa, sino que pululaban en bandadas y se reunían para leer los telegramas que llegaban cada quince minutos, cada uno más fantástico y terrorífico que el anterior. El puntiagudo sombrero de Alfred Bronsky apareció como un rayo cortando la luz rosada de la imprenta, y el grueso capitán Stepanov rechinaba y cojeaba nervioso. Las puertas de entrada se abrían continuamente, y, durante toda la noche, llegaron corriendo reporteros de todas partes. Los doce teléfonos de la habitación de prensa estaban ocupados; la central contestaba ya casi automáticamente «comunica» a cada nueva llamada, y los timbres sonaban y sonaban ante las despiertas telefonistas.

Los confeccionistas se reunieron en torno al gordo Stepanov, y el antiguo capitán de navío les decía:

—Tendrán que enviar aviones lanzagases.

—Seguro —contestaban a coro los confeccionistas—. Dios sabe qué estará pasando allí.

Impublicables juramentos cruzaban el aire, y una fina voz exclamó:

—¡A ese Persikov habría que pegarle un tiro!

—¿Qué tiene que ver Persikov con esto? —preguntó alguien entre la multitud—. ¡El culpable es ese hijo de perra del sovjós!

—¡Tendrían que haber puesto un guardia! —gritó otro.

—¡Pero si quizá no tiene nada que ver con los huevos!

El edificio temblaba y zumbaba a causa de las rotativas. El feo inmueble parecía despedir un extraño fluido eléctrico que el despuntar del día no disipó. Al contrario, lo que hizo fue intensificarlo, aunque las luces ya habían sido apagadas.

Una tras otra rodaban las motocicletas sobre el suelo de asfalto,

alternándose con coches de vez en cuando. Todo Moscú se había despertado y los diarios se desparramaron sobre él como pájaros. Las hojas iban de mano en mano y, hacia las once de la mañana, los repartidores estaban sin ejemplares a pesar que el *Izvestia* alcanzó aquel mes una tirada de un millón y medio de ejemplares.

El profesor Persikov abordó el autobús en la Prechistenka para ir al Instituto. Allí le esperaba una sorpresa: había tres cajas de madera en el vestíbulo, pulcramente forradas con láminas de metal y cubiertas con etiquetas escritas en alemán. Sobre las etiquetas había una sola línea en ruso, que rezaba: «Cuidado: Huevos.» El profesor estaba abrumado por la alegría.

—¡Por fin! —gritó—. ¡Pankrat, abra inmediatamente las cajas, pero tenga cuidado no vaya a romper los huevos! ¡Tráigalos a mi oficina!

Pankrat llevó a cabo la orden inmediatamente y quince minutos después la voz del profesor se alzaba con rabia en la oficina, que estaba cubierta de aserrín y de trozos de papel:

—¡Maldita sea! ¿Están jugando conmigo? —gritó el profesor con los huevos entre las manos, que movía furioso—. ¡Ese Fowlin-Hamsky es una bestia inmundada, pero no voy a consentir que me vuelva loco! ¿Qué es esto, Pankrat?

—Huevos, señor —contestó Pankrat, lúgubrememente.

—¡Huevos de gallina! ¿Comprende? ¡De gallina! ¡El diablo se los lleve! ¡No me sirven para maldita la cosa! ¿Por qué no se los envían a ese bribón del sovjós?

Persikov corrió al teléfono del rincón, pero, antes de que hubiera tenido tiempo de marcar, la voz de Ivanov le llegó desde el pasillo:

—Vladimir Ipatievich. ¡Profesor Persikov!

Persikov se apartó del teléfono como una tromba, y Pankrat debió ladearse de un salto para dejarle paso libre. El profesor asistente corría a la habitación sin, como siempre había sido su educada costumbre, quitarse el sombrero que ahora llevaba inclinado hacia atrás sobre el pescuezo. Llevaba un periódico en la mano.

—¿Se ha enterado, Vladimir Ipatievich? —gritaba, moviendo ante los ojos de Persikov una hoja encabezada con las palabras suplemento extra y

embellecida con una foto a todo color.

—No, pero escuche lo que han hecho —exclamó Persikov a su vez y sin querer atender—. Han decidido sorprenderme con más huevos de gallina. ¡Ese Fowlin-Hamsky es un completo idiota! ¡Eche una mirada!

Ivanov estaba totalmente confundido. Miró con horror los abiertos cajones, luego el periódico, y sus ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas.

—¡Eso ha sido! —musitó sofocado—. Ahora lo entiendo... No, Vladimir Ipatievich, lea usted esto —abrió rápidamente el periódico y señaló una de las fotos con dedo tembloroso.

Se trataba de una enorme serpiente enrollada como una terrorífica manguera sobre un humeante fondo. El cauto fotógrafo la había tomado desde arriba, desde un aeroplano que había descendido en picado sobre la serpiente.

—¿Qué diría usted que es esto, profesor?

Persikov se llevó las gafas a la frente, luego volvió a bajarlas, miró la foto y dijo con gran asombro:

—¡Demonios! Es... vaya, es una anaconda, una boa de río.

Ivanov tiró el sombrero, se sentó pesadamente y dijo, acentuando cada palabra con un puñetazo sobre la mesa:

—¡Vladimir Ipatievich, esa anaconda procede de la provincia de Smolensko! ¡Y es monstruosa! ¿Se da cuenta? ¡Ese bribón ha empollado serpientes en vez de pollos y se han multiplicado tan fenomenalmente como las ranas!

—¿Qué? —gritó Persikov con el rostro lívido—. ¡Está de broma, Piotr Stepanovich...! ¿De dónde han salido?

Ivanov se quedó sin habla durante un momento; luego recobró la voz y, señalando con el dedo una caja abierta donde los extremos de los huevos brillaban blancos entre el aserrín, dijo:

—De ahí.

—¿Quéeee? —aulló Persikov, empezando a comprender. Ivanov, moviendo sus cerrados puños de arriba abajo, dijo:

—Puede estar seguro. Enviaron su pedido de serpientes y avestruces al

sovjós, y a usted le han mandado los huevos de gallina.

—¡Cielo santo..., cielo santo! —gimió Persikov al tiempo que se ponía rojo y se hundía en su silla giratoria.

Pankrat permanecía en la puerta, completamente aturdido, pálido y sin habla. Ivanov dio un salto, cogió el periódico y, subrayando una línea con su larga uña puntiaguda, dijo al oído del profesor:

—Ahora van a tener que solventar un bonito negocio. No puedo en absoluto imaginarme qué va a pasar después. Mire, Vladimir Ipatievich —y se puso a leer en voz alta el primer párrafo de la arrugada hoja que cayó bajo sus ojos—: «Las serpientes viajan en hordas hacia Mozhaisk dejando enormes cantidades de huevos a su paso. En el distrito de Dukhovsk se encontraron huevos... Cocodrilos y avestruces corren por la campiña. Unidades especiales de tropa contuvieron el pánico en Vyazma tras rodear el bosque con una barrera de fuego que impedía a los reptiles aproximarse al pueblo...»

Persikov, al llegar a este punto, se levantó de la silla con ojos de loco y empezó a gritar, jadeante y sofocado:

—Anacondas..., anacondas..., boas de río... ¡Señor!

Ni Ivanov ni Pankrat le habían visto nunca en semejante estado. Se quitó la corbata, se arrancó los botones de la camisa, se puso de un púrpura lívido, como el de un hombre con..., con un ataque de apoplejía, y vacilando, con los ojos muy abiertos y vidriosos, salió afuera. Sus gritos reverberaron bajo las arcadas de piedra del Instituto:

—Anacondas..., anacondas... —retumbaba el eco.

—¡Coja al profesor! —gritó Ivanov a Pankrat, al que no llegaba la camisa al cuerpo—. Tráigale un vaso de agua... ¡Le ha dado un ataque!

Moscú resplandecía aquella noche. Nadie dormía en la ciudad, que tenía una población de cuatro millones de habitantes, salvo los bebés, que no estaban al corriente de nada. En todas las casas, gente enloquecida comía y bebía, entregada al desenfreno, todo lo que encontraba a mano; por todas partes se oían gritos y a cada minuto caras descompuestas aparecían por las

ventanas de los apartamentos, mirando al cielo que surcaban los focos.

El espacio zumbaba a causa de los aeroplanos que volaban bajo. La calle Tverskaya-Yamskaya era la peor de todas. Cada diez minutos llegaban trenes a la estación Alexander. Estaban compuestos por vagones de carga y de pasajeros de las tres clases, e incluso de tanquetas, todos ellos llenos de personas histéricas de miedo, que luego corrían por la Tverskaya-Yamskaya alocadamente. La gente iba en autobuses, sobre los techos de los troles, se empujaban unos a otros y caían bajo las ruedas de los vehículos.

En la estación, de vez en cuando, sonaban rápidos disparos al aire sobre las cabezas de la multitud. Las unidades de tropa intentaban detener el pánico de los fanáticos que corrían por los carriles del tren que iba desde la provincia de Smolensko hasta Moscú. A veces, las ventanas de la estación saltaban hechas añicos con un ruido agudo que se extinguía al momento, y las locomotoras aullaban sin cesar.

Las calles estaban cubiertas de carteles pisoteados en los que nadie se fijaba. Lo que decían ya era sabido por todo el mundo, y nadie se tomaba el trabajo de leerlos. Proclamaban el estado de emergencia en Moscú, y, a la vez, amenazaban con sanciones a los que se dejaran llevar por el pánico e informaban que unidades del Ejército Rojo, armadas con gases, se dirigían en masa hacia la provincia de Smolensko. Pero los carteles eran, naturalmente, incapaces de contener el tropel de gente despavorida.

Todas las estaciones que llevaban al norte y al este fueron acordonadas por una gruesa línea de infantería. Grandes camiones fueron cargados hasta los topes con cajas, ocupándose de esto soldados de puntiagudos cascos y armados con bayonetas que se erizaban en todas direcciones. Estaban acarreando las reservas de oro desde los sótanos del Comisariado de Finanzas del Pueblo, así como enormes cajones marcados con: «Cuidado: Galería de Arte Tretyakov.» Sobre todo Moscú bramaban en precipitada carrera montones de automóviles.

En el lejano horizonte, el cielo se encendía con el resplandor de distantes hogueras, y la densa oscuridad de agosto se estremeció por el bronco tronar de los cañones.

Hacia la madrugada, una masiva columna de caballería se abría paso por

el despierto Moscú, en el que aún no había sido apagada una sola luz. La hormigueante y ensordecedora muchedumbre pareció recobrase a la vista de las apretadas filas que marchaban hacia delante, implacables, por entre el hirviente océano de locura. Las masas de las aceras empezaron a clamar con renovada esperanza.

—¡Viva la caballería! —gritaban frenéticas voces femeninas.

—¡Hurra! —añadían los hombres.

Paquetes de cigarrillos, monedas de plata y relojes de pulsera empezaron a volar sobre las filas, provenientes de las aceras. Ocasionalmente, las voces de los jefes de pelotón se elevaban sobre el incesante repicar de los cascos:

—¡Tened las riendas!

Una alegre y atolondrada canción se elevó de alguna parte, y las caras, bajo las vistosas capuchas escarlata, aparecían sonrientes a la movediza luz de los anuncios. De vez en cuando, alternándose con la columna de jinetes encapuchados, pasaban figuras que cabalgaban con cascos extrañamente coronados, con tubos echados sobre los hombros y cilindros atados con correas a la espalda. Tras ellos rodaban enormes camiones cisterna con las más largas mangueras, parecidas a lanzagranadas, y pesados tanques oruga que hacían crujir el pavimento, cerrados herméticamente y dejando escapar tan sólo una raya de luz por sus troneras.

Luego llegaron nuevas columnas montadas y, tras ellas, más vehículos con sólidos blindajes grises y tubos parecidos a los de los cascos saliéndoles hacia afuera y con calaveras blancas pintadas a los lados sobre las palabras «Gas» y «Buenos Químicos».

—¡Salvadnos, hermanos! —gritaba la gente desde la acera—. ¡Acabad con las serpientes...! ¡Salvad Moscú!

Una suave canción que amansaba y llegaba al corazón empezó a extenderse por las filas:

Ni élites, ni reyes, ni lacayos.

Acabaremos con la sucia jauría de reptiles...

Estruendosos «hurra» rodaron sobre la enredada masa humana en respuesta a los rumores que a la cabeza de las columnas, con la misma capucha escarlata que el resto de los jinetes, iba el ya cano comandante de caballería que había ganado legendaria fama diez años antes. La muchedumbre bramó y el griterío, ensordecedor, subió al cielo, llevando algún consuelo a los desesperados corazones.

El Instituto estaba en la penumbra. Los acontecimientos del exterior sólo le llegaban en forma de vagos y fragmentarios ecos. Una ráfaga de disparos dejó sus señales en abanico bajo el brillante reloj del Manège: los soldados estaban ejecutando a unos facinerosos que habían intentado robar un piso en la Volkhonka. Había poco tráfico de automóviles por allí ya que la mayoría de ellos se dirigían en masa hacia las estaciones de ferrocarril. En el estudio del profesor, iluminado por una simple bombilla. Persikov permanecía sentado, silencioso, con la cabeza entre las manos. En torno a él flotaban columnas de humo. Ya no había rayo en la cámara y las ranas del terrario estaban en silencio porque dormían. El profesor no trabajaba ni leía. Bajo uno de sus codos yacía la edición de las pocas noticias despachadas por la tarde: una estrecha hoja de papel que informaba que todo Smolensko estaba en llamas y que la artillería procedía a rodear sistemáticamente el bosque Mozhaisk, sector por sector, para destruir los montones de huevos de cocodrilo puestos en cualquier cavidad natural. Otro informe decía que un escuadrón aéreo había logrado considerable éxito en Vyazma al gasear casi todo el distrito, pero que el número de víctimas humanas en el área era imposible de calcular debido a que, en lugar de evacuar ordenadamente, la gente se había lanzado en grupos, divididos y enloquecidos por el pánico, en todas direcciones y sin contar con los planes establecidos por las autoridades.

Había también un informe sobre la División Especial del Cáucaso, emplazada junto a Mozhaisk, que había obtenido una brillante victoria sobre manadas de avestruces y había hecho pedazos y destruido impresionantes cantidades de huevos. La misma división había sufrido lamentables pérdidas. El Gobierno anunciaba que, si se demostraba la imposibilidad de detener a

los reptiles a dos verstas de la capital, ésta debería ser evacuada de forma ordenada. A los trabajadores y empleados se les ordenaba conservar absoluta calma. El Gobierno tomaría las más drásticas medidas para prevenir una catástrofe como la de Smolensko. Allí, la gente, llevada al más desaforado pánico por el súbito ataque de una legión de varios miles de serpientes de cascabel, se había lanzado a una huida desesperada, abandonando cocinas encendidas que pronto hicieron de la ciudad una hoguera de enormes llamas.

Asimismo, se informaba que Moscú tenía suficientes provisiones como para resistir un mínimo de seis meses, y que el comandante en jefe aconsejaba tomar rápidas medidas a fin de fortificar y armar todas las casas para poder luchar contra los reptiles en cada calle de la capital en caso que el Ejército Rojo y las Fuerzas Aéreas no consiguieran detener su espantoso avance.

El profesor no había leído nada de eso. Ahora miraba delante de sí, con ojos vidriosos, y fumaba. Sólo había dos personas más en el Instituto, Pankrat y el ama de llaves, María Stepanovna, que estaban junto a él. La mujer, de vez en cuando, rompía a llorar. La anciana no había dormido en tres noches al haberlas pasado en el estudio del profesor, debido a que éste se había negado a abandonarlo.

María Stepanovna, acurrucada sobre el sofá de hule, en un sombrío rincón, mantenía una silenciosa y afligida vigilancia, mirando cómo la tetera, con algo de infusión para el profesor, borbollaba sobre el trípode del quemador a gas.

El Instituto estaba silencioso y todo ocurrió de manera súbita.

En la acera se elevó un estallido de irritados gritos que hicieron que la pobre ama se sobresaltase y se pusiese a llorar. Destellaron focos y linternas y la voz de Pankrat se oyó en el vestíbulo del edificio. Pero todo este ruido significaba poco para el profesor. Levantó un momento la cabeza y murmuró:

—Se están volviendo locos... ¿Qué puedo hacer ahora?

Luego, volvió a abismarse en un estupor que le fue súbitamente interrumpido: las puertas de hierro del Instituto que daban a la calle Herzen resonaron con golpes violentos y las paredes del edificio temblaron ligeramente. El firme espejo que colgaba de la pared de la oficina contigua se

partió en dos. La ventana del estudio del profesor voló en pedazos. El adoquín, tras pulverizar el vidrio, cayó sobre el cristal de la mesa de escritorio, destrozándolo por completo y atemorizando a los presentes. Las alarmadas ranas comenzaron a dar saltos en el terrario, produciendo un alboroto tremendo. María Stepanovna empezó a dar vueltas gritando:

—¡Corra. Vladimir Ipatievich, corra!

Éste se levantó del taburete, se enderezó, y, levantando sentenciador su dedo índice, contestó, mientras sus ojos recobraban algo del poderoso resplandor del muy inspirado Persikov de antaño:

—No me voy a ningún sitio. Esto es estúpido —dijo—. Pululan al igual que maníacos como si todo Moscú se hubiese vuelto loco. ¿Adónde puedo ir yo? ¡Pankrat! —llamó, al tiempo que apretaba un botón.

Probablemente quería a Pankrat para que acabara con el desorden, que siempre había detestado. Pero Pankrat ya no podía hacer nada. Se terminaron los golpes cuando las puertas del Instituto se abrieron por la furia de los empujones; se oyó un cercano restallar de disparos y todo el edificio de piedra retumbó con el tronar de la gente que corría por sus pasillos vociferando y con el ruido de los cristales que se rompían. María Stepanovna sujetó fuertemente la manga de Persikov y empezó a arrastrarle, pero el profesor se deshizo de ella, se estiró en toda su estatura, y, tal como estaba, con su bata blanca, salió al corredor.

Las puertas se abrieron con un estampido y lo primero que apareció fue la espalda de un militar con gorra roja y una estrella en la manga izquierda. El oficial, al tiempo que era empujado hacia atrás por una muchedumbre furiosa, disparaba su revólver. Luego se volvió y, dando un salto, quedó tras Persikov, al tiempo que le gritaba:

—¡Sálvese, profesor, corra, no puedo hacer nada más!

Sus palabras fueron contestadas por un histérico chillido de María Stepanovna. El oficial saltó más allá de Persikov, que todavía estaba en pie como una estatua blanca, y desapareció en la oscuridad de los tortuosos corredores del otro lado. La gente avanzó entonces gritando:

—¡Cogedle, matadle...!

—¡Es un enemigo público!

—¡Nos ha lanzado las serpientes!

Por los pasillos llegaba un tropel de caras descompuestas. Alguien disparó. Los bastones eran enarbolados con saña. Persikov dio un paso atrás para obstruir la puerta del estudio, donde María Stepanovna se había arrodillado presa del terror, y abrió los brazos como un crucificado... Quería impedir que la gente entrase, y gritó con irritación:

—¡Esto es una verdadera locura...! ¡Son unas bestias salvajes! ¿Qué quieren? —y luego exclamó—: ¡Fuera de aquí!

Completó su discurso con un agudo grito familiar:

—¡Pankrat! ¡Échelos de aquí!

Pero Pankrat ya no podía echar a nadie. Destrozado y pisoteado yacía inmóvil en el vestíbulo, donde la multitud seguía pateándolo sin prestar atención a los disparos de la milicia que había en la calle.

Un hombre bajo, de piernas torcidas y con una camisa hecha andrajos, se adelantó de repente a los demás, dio un salto hacia Persikov y le abrió la cabeza de un tremendo bastonazo. El científico se tambaleó y cayó lentamente. Sus últimas palabras fueron:

—Pankrat... Pankrat...

María Stepanovna resultó muerta y despedazada en el estudio. La cámara, en la que el rayo se había extinguido hacía ya tiempo, y el terrario, fueron hechos añicos, y las enloquecidas ranas se vieron perseguidas y pisoteadas. Las mesas de cristal quedaron reducidas a fragmentos, al igual que los reflectores, y una hora después el Instituto era una enorme hoguera.

La noche del 19 al 20 de agosto, una helada sin precedentes se abatió sobre el país, y ni siquiera los más viejos ciudadanos pudieron compararla con ningún caso anterior. Llegó y duró dos días y dos noches, haciendo bajar el termómetro a 18 °C bajo cero. Moscú cerró todas sus puertas y ventanas.

Hasta el tercer día los habitantes de la capital no se dieron cuenta que el frío había salvado a la ciudad y a las vastas comarcas que gobernaba y que habían sido el escenario de la terrible catástrofe.

La caballería de Mozhaisk había perdido tres cuartos de sus hombres y

estaba al borde mismo del agotamiento, y los escuadrones de gas no habían podido detener el avance de los repugnantes reptiles, que cercaban Moscú por el oeste, sudoeste y sur, en un semicírculo cada vez más próximo. Los reptiles debieron ser, entonces, aniquilados por la helada.

Y, en efecto, dos días y dos noches a 18 °C bajo cero fueron demasiado para las abominables manadas. Cuando la helada levantó, no dejando más que charcos y barro sobre la tierra, húmeda la atmósfera y toda la cosecha perdida por la súbita helada, ya no quedaba, de hecho, nadie para luchar. Pero la catástrofe había concluido.

Durante mucho tiempo vastas extensiones de tierra estuvieron putrefactas por los innumerables cadáveres de cocodrilos y serpientes, llamados a la vida por el misterioso rayo que había nacido bajo los ojos del genio de la calle Herzen. Pero ya no eran peligrosos; las criaturas de las exuberantes y cálidas marismas tropicales habían perecido en dos días, dejando en el territorio de las tres provincias la terrible huella de su recién terminada existencia.

En la primavera de 1929 Moscú vibraba otra vez con gran cantidad de luces. De nuevo se oía el crujir de carruajes mecánicos sobre el pavimento mientras que la luna, en cuarto creciente, colgaba, como suspendida de un hilo de araña, sobre la torre de la catedral. En el lugar del Instituto que había sido quemado en agosto de 1928 se elevaba ahora un nuevo palacio zoológico. Su director era el antiguo profesor asistente Ivanov. Persikov ya no estaba allí. El rayo y la catástrofe del año anterior fueron largamente discutidos en todo el mundo, pero, gradualmente, el nombre del profesor Persikov pasó a segundo plano y acabó hundiéndose en la oscuridad, como lo hiciera el rayo escarlata descubierto por él en una noche de abril.

A pesar de lo simple que había sido la combinación de las lentes y los reflejados haces de luz, nadie consiguió volver a obtenerlo, no obstante los esfuerzos de Ivanov. Evidentemente, se requería algo especial además del conocimiento; algo sólo poseído por un hombre en el mundo: el fallecido profesor Vladimir Ipatievich Persikov.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<